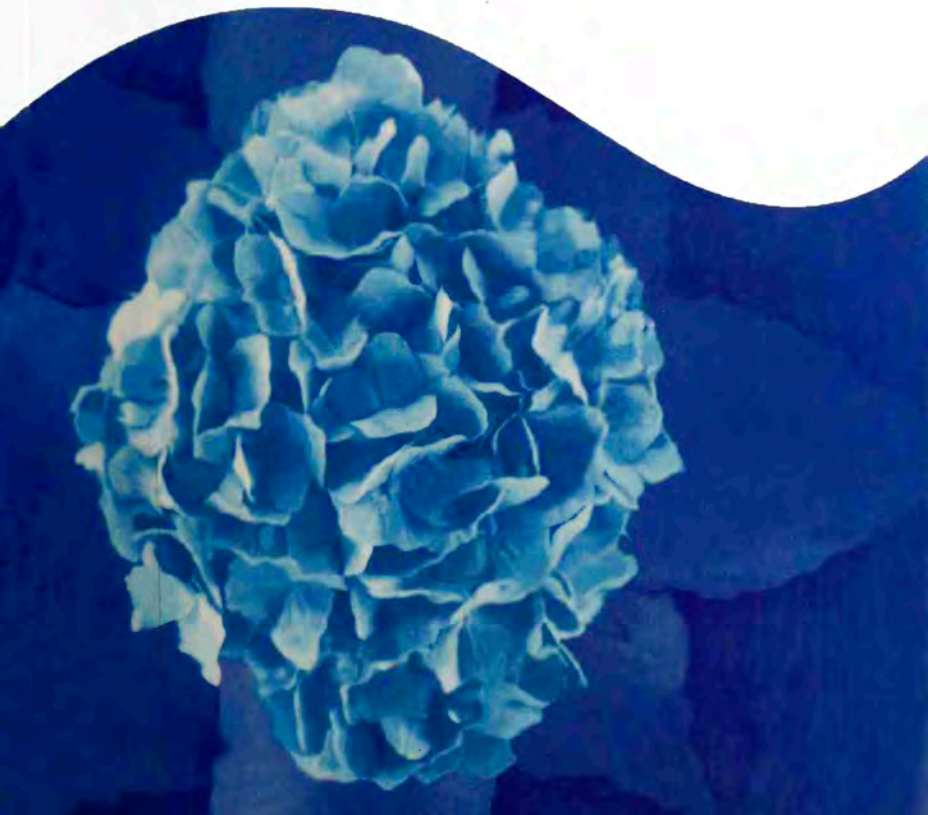
Kevin J. Todeschi

Edgar Cayce:
Doce lecciones de espiritualidad



Kevin J. Todeschi

Edgar Cayce:
Doce lecciones de espiritualidad

PLAZA JANÉS

EDGAR CAYCE:
Doce lecciones de espiritualidad

Kevin J. Todeschi

Edgar Cayce:
Doce lecciones de espiritualidad

PLAZA JANÉS

Título original: *Edgar Cayce: Twelve Lessons in personal spirituality*

Primera edición: noviembre, 1998

© 1996, Kevin J. Todeschi.
Publicado por acuerdo con A.R.E. Press, Virginia
© de la traducción, Elvira Heredia
© 1998, Plaza & Janés Editores, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 84-01-01187-6
Depósito legal: B. 44.343 - 1998

Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L.

Impreso en A&M Gràfic, s. l.
Ctra. N-152, km. 14,9
Pol. Ind. «La Florida» - Recinto Arpesa, nave 28
08130 Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

L 011876

A Mary,
por ayudarme a comprender la esencia
de la transformación personal.

Índice

Nota del autor 11
Prefacio 13
Las doce lecciones 17
Importancia de la meditación en la transformación personal 19

LAS LECCIONES

una: Cooperación 27
dos: Autoconocimiento. 41
tres: Ideales 57
cuatro: Fe 73
cinco: Virtud y comprensión 85
seis: Fraternidad 99
siete: Paciencia 113
ocho: La puerta abierta 127
nueve: Ante Su presencia 143
diez: La Cruz y la Corona 157
once: Unidad 173
doce: Amor 189

Afirmaciones para la meditación 207

Nota del autor

La naturaleza de nuestro sistema personal de creencias puede describirse al hilo de la conocida historia de los ciegos y el elefante. En la jungla, cinco hombres ciegos se acercaron a un elefante. Uno de ellos palpó la ijada del animal, otro lo agarró de la cola, el tercero le acarició la trompa, el cuarto le tocó la oreja y el último se sentó recostando su espalda contra una de las patas de la criatura. Tras llevar a cabo su particular examen, cada uno de ellos describió la naturaleza del elefante a los demás. El primero dijo: «En realidad el elefante es como un muro.» El que había sostenido la cola del animal, disintió: «No; estás equivocado, el elefante es como una cuerda.» En desacuerdo con sus amigos, el que había acariciado la trompa del animal lo identificó con una serpiente. Sin dar crédito a las descripciones de los demás, el cuarto hombre exclamó, al tiempo que agitaba la oreja de la criatura: «¿Estáis locos? El elefante es como una gigantesca hoja.» Por último, el quinto hombre, fuera de sus casillas, empezó a golpear la pata del animal y gritó: «Ninguno de vosotros estáis en lo cierto. El elefante se parece a un árbol.»

No cabe duda de que, en mayor o menor grado, todos nos asemejamos a uno de esos cinco personajes. A menudo, en lugar de contemplar la posibilidad de ampliar nuestro campo perceptivo, reducimos la visión de la realidad a la mera percepción individual. Cegados en nuestro limitado intento

por comprender y defender nuestra verdad particular, solemos rechazar la opinión de los demás obviando incluso la información que podría guiarnos a lo largo del camino que conduce hacia la búsqueda del sentido personal de nuestra vida.

Sin embargo, en un futuro no muy lejano llegará el día en el que, afortunadamente, todos y cada uno de nosotros lograremos ser más receptivos y podremos contemplar al elefante en su totalidad.

NOTAS ACERCA DE LAS LECTURAS DE EDGAR CAYCE:

Las lecturas de Edgar Cayce están clasificadas por número de caso. Por ejemplo, la lectura 262-3 hace referencia a la tercera lectura de las que componen el caso 262 (correspondiente al grupo de estudio original).

No hemos alterado el lenguaje original de las lecturas para que éste resulte «políticamente correcto» ya que, en realidad, trasciende cualquier consideración genérica. Así pues, cuando Cayce emplea conceptos como «la naturaleza del hombre» no se refiere a género específico alguno, sino a todos los seres humanos en general. Otra de las características propias del lenguaje original de las lecturas es el abundante uso de la terminología cristiana. Sin embargo, y a pesar de los ecos bíblicos, Cayce otorga un nuevo sentido a los términos y sentencias cristianas. Por ejemplo, el concepto «Cristo» no siempre es identificado con la figura de Jesús; al margen de cualquier consideración religiosa, «Cristo» es también un modelo de consciencia innata a toda alma.

Prefacio

En septiembre de 1931, un heterogéneo grupo de personas se reunió con Edgar Cayce, considerado por muchos el gran místico de todos los tiempos. A pesar de que el objetivo de aquel primer encuentro era que cada uno de los participantes trabajara personalmente con la información psíquica de Cayce, en ningún momento imaginaron la repercusión que dicha reunión y las posteriores (casi cincuenta sesiones de trabajo en torno a las doce primeras lecciones) tendría en sus vidas, y mucho menos previeron el efecto que su trabajo obraría en las vidas de cientos de personas décadas después.

El Grupo de Estudio 1, nombre que asignaron al grupo sus propios integrantes, trabajó durante años compilando doce ensayos sobre espiritualidad. Con la lección «Cooperación» como introducción, los ensayos fueron reunidos y publicados en 1942 bajo el título *Una búsqueda de Dios, Libro I*. El propósito inicial del grupo era trabajar con el material de Cayce para aplicarlo, comprenderlo e incluso «vivirlo» en el quehacer cotidiano. Conscientes de que la actualización y práctica de los conceptos universales podían aportar al ser humano la auténtica consciencia del Espíritu viviente y con la esperanza de que dicho proceso podía afectar positivamente su relación personal con los demás, el Grupo de Estudio 1 materializó en las presentes doce lecciones el resultado de su trabajo e investigación. Estas *Doce lecciones de espiritualidad* han sido

reconocidas como las primeras y más efectivas bases para la transformación personal introducidas en Occidente.

Aunque emerge de una base cristiana, el material de Cayce es profundamente ecuménico. Las *Doce lecciones de espiritualidad* enfatizan la unidad inherente a la vida, el amor y la tolerancia hacia los demás, así como el respeto y la comprensión hacia las religiones mayoritarias del mundo. En realidad, uno de los pasos más importantes de la transformación personal se asienta precisamente en la importancia de cultivar la consciencia de nuestra unidad en relación directa con nuestros semejantes. Fiel a esta máxima, el prefacio de *Una búsqueda de Dios, Libro I,* finaliza con la siguiente afirmación:

> La búsqueda de Dios es tan antigua como el propio hombre. Este libro ha sido escrito con el deseo de que, en lo sucesivo, muchos puedan vislumbrar un rayo de luz; con la esperanza de que despierte en otros corazones una nueva esperanza y con la perspectiva de construir un mundo mejor, observando siempre las leyes divinas en nuestra vida cotidiana.

El Grupo de Estudio 1 fue alentado para «aportar la luz a un mundo en espera» e incluso se predijo que sus lecciones serían tenidas en cuenta cien años después de su publicación. Décadas después, este material ha sido estudiado por miles de personas de distinta clase social y credo religioso que, a través de la cooperación, la consciencia personal, la fe, la meditación y el amor, han logrado ser más conscientes de la vida propia y ajena. En la actualidad, grupos interconfesionales diseminados por todo el mundo siguen estudiando y analizado el material acerca del desarrollo personal del alma con el mismo espíritu que el de aquel legendario Grupo de Estudio 1. (Si está interesado en visitar uno de estos grupos,

por favor contacte con ARE, Apartado de Correos 595, Virginia Beach, VA 23451-0595.)

La actual tecnología informática facilita el acceso directo al trabajo de Cayce desde cualquier punto del planeta, algo que ni el propio místico hubiera previsto. Por otra parte, al utilizar el mismo material de investigación facilitado por el grupo de estudio original, este volumen presenta una visión panorámica de los temas que constituyen el corpus de las lecturas de Edgar Cayce para cada una de las doce lecciones. La mayoría de las lecturas abordan los mismos temas presentados en su día al Grupo de Estudio 1, aunque de forma mucho más amplia, ya que el acceso actual al legado de Cayce cuenta con la clasificación temática finalizada en 1971, información de la que no pudieron disfrutar sus primeros seguidores. Las *Doce lecciones de espiritualidad* han sido compiladas con la esperanza de actualizar uno o varios de los objetivos siguientes: ser un instrumento para la reflexión y el estudio personal; ser un manual de debate para grupos reducidos y una fuente de aliento en esos momentos críticos en que las adversidades parecen eclipsar la belleza de la vida.

La máxima de este material es sugerirnos la existencia del verdadero objetivo de nuestra vida y mostrarnos el camino espiritual que conduce a la comprensión de dicho propósito. Nuestra presencia en el mundo responde a una razón común, una razón que nos une en la búsqueda de nuestra herencia común. Aunque el idioma, la religión, las costumbres, la raza o incluso la distancia nos separe, todos convivimos y compartimos la tierra, nuestro hogar temporal, todos somos hijos del mismo Dios, todos somos peregrinos que caminan por la misma senda.

Kevin J. Todeschi
Virginia Beach, Virginia

Las doce lecciones

El fin último de la entidad en la tierra es conocerse a sí misma, ser en sí misma y, en unión con las Fuerzas Creativas, cumplir los fines de su existencia terrena: aceptar, creer y conocer su relación con esta Fuerza Creativa. Porque Él le ha llamado amigo; no siervo, sino amigo; hermano y hermana. (*3508-1*)

Importancia de la meditación en la transformación personal

> Al igual que aprendieron a caminar, a hablar..., deben también aprender a meditar. (*281-41*)

Las lecturas de Edgar Cayce han jugado un papel decisivo en las vidas de muchas personas al proporcionarles una total comprensión de su relación con Dios. Desde la perspectiva de Cayce, esta relación no es trascendente ni está relegada a la vida en el «más allá». Se trata de una conexión personal que puede experimentarse desde el presente de la vida cotidiana: «Somos hijos de Dios; Él es consciente de nosotros en todo momento.» Así pues, la meditación es importante porque nos proporciona la posibilidad de alcanzar la consciencia personal de esta relación:

> ¿Qué es meditar? No es reflexionar ni soñar despierto, sino preparar el cuerpo física, mental y espiritualmente; es armonizar el cuerpo mental y el cuerpo físico con su energía espiritual. Muchos sostienen no ser conscientes de poseer alma, sin embargo, el mero hecho de albergar esperanzas, de desear mejorar la realidad, de ser capaces de sentir dolor o alegría, indica una actividad de la mente que emerge de algo cuya naturaleza es atemporal; de algo que no se extingue con el último aliento y que se mantiene intacto y homogéneo

> desde el principio: el alma, creada a imagen y semejanza de su Hacedor. Así pues, no siendo cuerpo ni tampoco mente, sino la viva imagen del Creador, meditar es armonizar los atributos físicos y mentales en la búsqueda por conocer y entrar en contacto con Él. (*281-41*)

Aunque en el mundo occidental la meditación emergió con furor en los años sesenta y setenta, su práctica existe desde hace siglos. Para algunos meditar es algo tan natural como rezar. Meditar es tranquilizar nuestro cuerpo y nuestra mente y concentrar interiormente nuestra atención en lugar de limitarla al mundo que nos rodea. La meditación potencia la coordinación en tres niveles: físicamente, favorece la relajación; mentalmente, ordena nuestros pensamientos y posibilita la concentración voluntaria; espiritualmente, sintoniza y regenera la presencia de lo divino. Desde un punto de vista práctico, cada uno de estos tres niveles nos permite relacionarnos positivamente con los demás y afrontar con optimismo los acontecimientos que nos sobrevengan.

Las lecturas sugieren repetidamente combinar la meditación y la oración. Aunque creamos que rezar es rogar a Dios para que nuestros deseos o necesidades se materialicen, Cayce considera que el verdadero sentido de la oración no es tanto una súplica, cuanto una expresión del deseo personal por alcanzar la plena consciencia de los designios del Creador. En otras palabras, si orar es una invitación para que Dios se manifieste en nosotros, meditar es despejar nuestra mente de todo pensamiento superfluo que nos impida entrar en sintonía con lo divino. Según las lecturas:

> Orar es demandar una dirección, suplicar la comprensión. Meditar es escuchar la voz interior de lo divino. (*1861-19*)

> Así pues, dediquen un tiempo a la oración; dediquen un tiempo a la meditación. Aprendan a discernir entre orar y meditar. Orar es suplicar a lo divino desde el interior y el exterior del yo; meditar es escuchar corporal, mental y espiritualmente la voz del Creador. (*5368-1*)

Si bien ciertas escuelas filosóficas sostienen que la mente supone un obstáculo para el ejercicio de la meditación y que, en consecuencia, quien la practica debe conseguir dejarla en blanco, Cayce sugiere que en cualquier ejercicio en el que la mente se concentre, ya sea meditar o pensar, ésta constituye, junto con el nivel corporal y espiritual, una de las partes que integran al individuo. En realidad, si la potenciamos constructivamente, la mente es un poderoso vehículo que favorece una mayor relajación y una mayor consciencia de la armonía alcanzable a través de la meditación. En este sentido, las lecturas proporcionan una afirmación para meditar en consonancia con cada una de las doce lecciones de espiritualidad.

El potencial creativo de la mente humana es tan poderoso que el primer grupo de estudio aprendió que un individuo que sólo se concentra en lo espiritual puede llegar a ser una «luz que ilumina al mundo» mientras que, por el contrario, quien sólo busca su propia satisfacción se convertirá literalmente en un Frankenstein. Por este motivo, es de suma importancia ser plenamente consciente del enfoque personal de nuestra meditación que, en última instancia, no es otro que aprender a expresar mejor el amor divino en nuestra interacción con los demás. En este sentido, las lecturas sugieren también que la práctica de la meditación debe llevarse a cabo con absoluta responsabilidad y recordando siempre que se trata de un vehículo para cultivar nuestra relación personal con Dios:

> Purifique su cuerpo. Libérese de las preocupaciones del mundo. Piense en la meditación como en un encuentro cara a cara con Dios. Pero no todos son capaces de hablar con Dios, pensará. Muchos tienen miedo. ¿Por qué? ¿Se han alejado tanto que ya no son capaces de acercarse a Él, plena gratitud? Él conoce sus deseos y necesidades, que sólo podrá satisfacer en la medida en que sus propósitos emerjan de su propio yo. Así pues, purifique su cuerpo físicamente. Santifique su cuerpo, pues ya hace tiempo que las leyes fueron pronunciadas y mañana el Señor se comunicará con usted a través de ellas como un padre que habla a sus hijos... Sepa que su cuerpo es el templo vivo de Dios, el lugar donde Él ha prometido encontrarse con usted. (*281-41*)

Teniendo siempre presente este consejo y siguiendo unos simples pasos, todos podemos dedicar un tiempo a la meditación. En primer lugar, adopte una posición confortable. La más adecuada es sentarse en una silla, mantener erguida la columna vertebral, apoyar los pies en el suelo y cerrar los ojos. Descanse cómodamente las manos sobre su regazo o a ambos lados del cuerpo. Para equilibrar el flujo de energía del cuerpo físico, las lecturas sugieren mantener las palmas hacia abajo o bien sobre el estómago o pegadas a las piernas. Aspire profundamente, contenga durante uno segundos el aire en sus pulmones y a continuación exhale lentamente. Recorra su cuerpo con la mente a efectos de eliminar cualquier tensión o rigidez muscular. Elimine la posible tensión respirando de nuevo profundamente o practicando un suave masaje con la yema de los dedos sobre la zona afectada. En el instante en que se sienta relajado y más aliviado que antes de sentarse, puede continuar la práctica. Si lo desea, las lecturas de Cayce recomiendan llevar a cabo un ejercicio de respiración para alcanzar incluso un mayor nivel de relajación y

armonía. Es muy sencillo. En primer lugar, respire lentamente tratando de inhalar el aire sólo por la fosa nasal derecha (cubra la izquierda con su mano y mantenga la boca cerrada) y, a continuación, tápese la nariz y expulse el aire por la boca. Repita este ejercicio tres veces. En segundo lugar, con la boca cerrada, inspire lentamente por la fosa nasal izquierda (cubriendo esta vez la derecha), cubra luego la izquierda y expulse el aire por la derecha. Repita este ejercicio tres veces.

Cuando haya completado los ejercicios de respiración, concentre su mente en un único pensamiento apacible y tranquilo. En lugar de pensar en cómo le ha ido el trabajo o las obligaciones que debe cumplir a lo largo del día, intente concentrarse en un pensamiento simple, como «estoy tranquilo» o «estaré tranquilo y relajado». Si lo prefiere, puede incluso repetir mentalmente un verso bíblico (el salmo 22 o el Padrenuestro) o concentrar su mente espiritualmente afirmando «Dios es amor». Este tipo de pensamientos reciben el nombre de «afirmaciones».

El primer estadio de la presente meditación implica reflexionar acerca del mensaje de su afirmación. De elegir como afirmación uno de los ejemplos citados anteriormente, el siguiente paso será pensar el verdadero significado de las palabras. Transcurridos unos minutos, deberá ascender al segundo estadio de la meditación, que consiste en sentir el significado de dichas palabras. Si sigue pronunciando la afirmación «estoy tranquilo», advertirá que el sentimiento subyacente puede ser mucho más significativo que las palabras en sí mismas.

En este segundo estadio ha de intentar abrazar en silencio el sentimiento experimentado, es decir, sin pronunciar las palabras de la afirmación. No obstante, si su mente se dispersa, concéntrese de nuevo en ellas y en el sentimiento implícito que conllevan. No se desanime si, al principio, mientras

se concentra en la afirmación, su mente sigue ocupada con otro tipo de pensamientos; aprender a hacerlo lleva su tiempo. Dedique diariamente entre tres y quince minutos a meditar la afirmación en silencio. Con tiempo y experiencia, estos largos períodos de meditación se convertirán para usted en una práctica habitual.

Para finalizar su ejercicio de meditación, proyecte buenos pensamientos u oraciones hacia las personas o situaciones vitales que le rodean. Extienda la palma de sus manos para que la energía de su meditación fluya hacia ellos. Por ejemplo, si su afirmación tiene que ver con la paz, concentre este sentimiento en la persona que desee. La práctica diaria de la meditación le ayudará notablemente a conseguirlo e incluso a advertir que ese sentimiento de paz interior experimentado durante el ejercicio le acompañará durante todo el día.

A veces, mientras meditamos, es posible notar ciertas sensaciones físicas: sentir cómo la energía asciende por la columna vertebral o ligeros movimientos circulares en la cabeza y el cuello. Esta clase de sensaciones son el resultado del aumento del movimiento de energía (llamado «hundalini» o incluso «energía espiritual») en las glándulas endocrinas: gónada, suprarrenal, tiroidea, timos, pineal y pituitaria.

Con la práctica regular de la meditación se puede alcanzar la sanación de los distintos niveles que integran al individuo. Así, si se concentra en una afirmación positiva advertirá que sus hábitos negativos irán cambiando progresivamente. Practicar la meditación en silencio, relajando su cuerpo físico y tranquilizando su mente consciente, le ayudará a liberarse, por un momento, de sus preocupaciones diarias y a entrar en armonía con su verdadero ser espiritual. De hecho, meditar es simplemente armonizar la mente y el cuerpo con su fuente espiritual:

> Meditar es liberar el yo de todos aquellos obstáculos que impiden que las fuerzas creativas fluyan por los canales naturales del cuerpo físico y se diseminen por los centros y fuentes que generan la actividad física, mental y espiritual del hombre. La práctica correcta de la meditación nos fortalece mental y físicamente. ¿Acaso no fue Él quien infundió la fortaleza de la sustancia que nos caracteriza? ¿Acaso no fue Él quien nos mostró el camino? Cuando nos detenemos, alteramos la unidad de nuestro ser, física y mentalmente nuestra fortaleza se debilita. Sin embargo, si penetramos en el silencio de la meditación con las manos, el cuerpo y la mente limpias, recibiremos esa fortaleza y energía que mantienen el estado ideal del ser humano y del alma, para que, en este mundo material, nuestra actividad sea superior. (*281-13*)

Si dedicamos un tiempo a alejar de nuestra mente aquellos pensamientos superfluos que la bombardean diariamente, restablecemos la consciencia de nuestra propia naturaleza espiritual. En cierto sentido, orar es hablar con Dios y meditar es prestar atención y escuchar esa parte de nuestro ser que está en constante comunicación con lo divino.

La relación más importante que todos compartimos es con Dios. Explorar esta relación nos permitirá conocernos y ser conscientes de la interconexión existente entre nosotros y los demás. Una de las formas más óptimas para alcanzar el pleno conocimiento de esta relación es, sin duda, la práctica regular de la meditación.

NOTA: Al principio de cada una de las doce lecciones encontrará una AFIRMACIÓN PARA LA MEDITACIÓN. Es recomendable memorizarlas y utilizarlas en sus períodos de meditación y también al leer la correspondiente lección.

LECCIÓN UNA

Cooperación

Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra todo en todos. (1 Co 12, 4-6)

Afirmación para la meditación

No mi voluntad, sino la vuestra, Oh Señor, haced que se haga en y a través de mí. Permitid que sea siempre un canal de bendiciones para los demás. Guiadme para que cumpla vuestra llamada. Escuchad mi súplica: «Aquí estoy, haced de mí vuestra voluntad.» (*262-3*)

Cooperación

Introducción

> La primera lección –tal como fue impartida– explica cómo cooperar siguiendo los designios de Dios; cómo prepararse día y noche preguntándole: «¿Qué deseas que haga, Oh Señor?» Y todos aquellos que la busquen en Su nombre hallarán sin duda la respuesta... (*262-1*)

Cuando decidimos dedicar más tiempo y energía a la espiritualidad personal, solemos pensar en la meditación, en la oración o en comprometernos más en nuestra fe o religión específica. Si bien estas actividades son realmente importantes para alcanzar la consciencia del Espíritu reinante en nuestras vidas, no son suficientes. Por sorprendente que pueda parecer, tal como se desprende de las lecturas de Edgar Cayce, el paso previo a la transformación personal, a la verdadera comprensión de nuestra herencia natural en tanto que seres espirituales, no es otro que el título de la presente lección, la «Cooperación».

Todos creemos conocer el significado de la palabra «cooperación». Es más, relacionarse con los demás es algo tan habitual que ni siquiera nos lo planteamos. Sin embargo, desde la perspectiva de Cayce, cooperar no es sólo entrar en

relación con los demás, sino potenciar un estado de ser, al margen de las obligaciones personales, motivos y deseos, para que Dios se manifieste a los demás a través de nosotros, para que nos convierta en un «canal de bendiciones». En este sentido, cooperar es prepararse para que el Espíritu fluya a través de nosotros. Como señalan las lecturas:

> Tal y como se nos dijo desde el principio, sabed que el Señor, nuestro Dios, es uno. Sabed que vuestra capacidad, vuestro servicio, se inicia siendo un canal de cooperación a través del cual la gloria del Señor pueda manifestarse en la tierra. (*262-92*)

El dinamismo de la cooperación

Individual y colectivamente ejercemos una gran influencia tanto en nuestra situación presente como en la de nuestro entorno. Si nos relacionamos con los demás sin espíritu de cooperación alguno, potenciamos el desorden en nuestra vida y en nuestro mundo. Es más, el hecho de no cooperar con alguien puede incluso afectar la armonía de todo el planeta. En efecto, al igual que el cuerpo humano depende del buen funcionamiento de las partes que lo integran, la armonía del mundo en su totalidad depende del impacto que nuestros pensamientos, sentimientos y obras ejercen en los demás. Según las lecturas:

> Al margen de cuántas formas de cooperación existan, cooperar activamente favorece la armonía universal. La cooperación humana potencia la paz y la armonía, mientras que el egoísmo, la vanidad y el orgullo potencian el desorden, la confusión, las guerras y los conflictos. (*1297-1*)

La cooperación nos brinda la oportunidad de intervenir positivamente en el ámbito material. En este sentido, las lecturas señalan la existencia de unos principios de armonía y unidad universales que se manifiestan en la tercera dimensión. Sin embargo, dicha manifestación sólo será posible si nos convertimos en canales desinteresados a través de los cuales pueda fluir el espíritu; en definitiva, sólo si cooperamos con los demás. Cuando no hay cooperación, la armonía del entorno se desvanece y reina el caos. Con la cooperación, todo es posible. La cooperación, según reza la lectura (*262-4*), armoniza nuestro entorno: «la armonía favorece la paz; la paz, la comprensión; la comprensión, la iluminación».

En opinión de Cayce, el poder del pensamiento ejerce la misma influencia en la cooperación que el potencial creativo de nuestras obras. Por esta razón, tanto la mente como el cuerpo son imprescindibles en la auténtica cooperación. Mentalmente, la cooperación depende de la unidad de propósito; físicamente, de la armonía de la acción. El logro de cualquier objetivo en la vida depende, pues, de la cooperación personal con los demás. En este sentido, las lecturas advierten que «si la base de la cooperación no reside en la unidad de propósito, independientemente de cuál sea la posición, condición o relación con el otro, jamás se alcanzará el resultado deseado» (*254-42*). Así pues, la auténtica cooperación favorece la unidad de la mente, la unidad del fin y la unidad del resultado, al tiempo que facilita la manifestación en la tierra de las leyes y preceptos del Creador, leyes que, por otra parte, conforman nuestra herencia natural.

Todos somos responsables de nosotros mismos y de nuestra contribución particular en la totalidad. Cualquier pensamiento, cualquier deseo, incluso cualquier obra que llevemos a cabo influye, directa o indirectamente, en los demás. Gra-

cias a la cooperación somos conscientes de esta interconexión. La verdadera cooperación no persigue el beneficio individual sino el de la totalidad:

> Cooperar es brindarse a ser un canal de acción y de pensamiento; porque, al igual que un precepto precede a otro, la cooperación emerge de la total entrega del yo; porque, al igual que quien posea vida debe ofrecer vida, quien rebose amor debe entregar amor, quien tenga amigos debe mostrarse amigable, quien coopere debe entregarse a sí mismo en su propósito, ya sea aportando luz, fuerza, salud o comprensión a los demás, que son uno en Él. (262-3)

En este sentido, la cooperación no es tanto una actividad de consenso cuanto una actividad desinteresada. Su objetivo no es desintegrar el yo sino convertirlo voluntariamente en un canal para ayudar a los demás. En última instancia, la mejor forma de expresar el verdadero significado de la cooperación es adoptar una actitud de total entrega y servicio a los demás.

La cooperación como modelo de consciencia

Todos llevamos un modelo aletargado de perfección que sólo nuestra voluntad puede despertar. Cuando abrimos la mente, el corazón y el alma para convertirnos en un canal de bendiciones, armonía y cooperación, entramos en sintonía con ese modelo interno de unidad. En opinión de Cayce, el mejor ejemplo de la auténtica comprensión de dicha unidad fue, quizá, la vida de Jesús, un hijo de Dios (como nosotros) que, desinteresadamente, se despreocupó de sí mismo y consiguió armonizar sus pensamientos y obras con lo mejor de

su ser. Al hacer esto, Jesús asumió la «mente de Cristo» y se convirtió en el modelo espiritual de las almas terrenales. Esta consciencia de Cristo fue descrita como «la consciencia interior del alma, grabada en la mente como modelo que aguarda ser actualizado por la voluntad de la unicidad del alma con Dios» (*5749-14*), y cuya manifestación no es otro que el destino final de toda alma.

En general, el nombre «Cristo» o «Jesús» suele asociarse con una tradición o educación religiosa concreta. A lo largo de la historia, la vida y doctrina de Jesús ha sido considerada desde muy diversas perspectivas. En este sentido, mientras la llamada «filosofía de la nueva era» y diversos estudios religiosos comparativos consideran que Jesús fue «sólo un maestro», las religiones no cristianas ignoran su vida y ministerio o le consideran un blasfemo por creerse el hijo de Dios. Incluso entre los propios cristianos hay discrepancias acerca de su divinidad y del verdadero significado de su vida y doctrina que han acarreado escisiones en la propia Iglesia cristiana, acusaciones de herejía e incluso guerras santas. ¿Fue Jesús sólo un profeta? ¿Fue realmente el hijo de Dios? ¿Fue un Dios que llegó a ser hombre, o siempre un Dios? Estas y otras preguntas siguen todavía abiertas. Sin embargo, el material de Edgar Cayce ofrece una nueva visión de la vida de Jesús, un enfoque que, en lugar de dividir a la humanidad, la unifica. El Jesús de las lecturas de Cayce no coincide necesariamente con el personaje histórico que la mayoría de nosotros, seamos cristianos, judíos, musulmanes, budistas, hindúes o agnósticos, conocemos.

En esencia, las lecturas presentan a Jesús como nuestro «hermano mayor», un alma que vino a mostrarnos el camino de vuelta a nuestra Fuente espiritual actualizando las leyes de nuestro Creador. Parte de su misión fue manifestar la consciencia viviente del espíritu en la tierra, un modelo de

servicio y amor incondicionales que debemos imitar en nuestra vida temporal. La entrega de Jesús al servicio de los demás es, según Cayce, un ejemplo a seguir por toda la humanidad. Como una de las lecturas específicas:

> Porque el Maestro, Jesús, incluso el Cristo, es el modelo a observar por el hombre en la tierra, ya sea gentil o judío, asiático o griego. Porque todos contemplan su modelo, tanto si le adoran con ese nombre o no. Porque no hay otro nombre bajo el cielo que pueda salvarlos. (*3528-1*)

La verdadera cooperación es, en definitiva, permitir que esta consciencia de servicio –la misma que vivió nuestro hermano mayor Jesús–, se manifieste en y a través de nosotros. Las lecturas llaman a esto participar de la mente de Cristo:

> Mientras abrimos nuestros corazones, nuestras mentes, nuestras almas, para convertirnos en un canal de bendiciones para los demás, participamos de la mente de Cristo. Él llevó sobre sus hombros la carga del mundo y nosotros, desde nuestra limitada esfera particular, debemos seguir sus pasos. Porque el gozo, la paz y la felicidad se alcanzan ayudando al prójimo. Porque sólo conociendo y observando las leyes que rigen la correcta moral, lograremos sintonizar con las Fuerzas Creativas que emanan de Su consciencia. Porque sólo participando de Su consciencia podremos actualizar aquello que conocemos. (*262-3*)

Cómo cooperar

Ser conscientes de que la verdadera cooperación es llegar a ser un canal de bendiciones para el mundo que nos rodea, favorece una atmósfera de paz, armonía y comprensión. Sin embargo, a menudo olvidamos anteponer las necesidades de los demás a las propias. Por este motivo, cultivar la conciencia de la interacción humana nos brinda la oportunidad de reconocer tanto nuestras debilidades como nuestra fortaleza interna. En este sentido, las lecturas señalan que nuestras relaciones con los demás nos ayudan a conocernos a nosotros mismos. La cooperación es pues indispensable para descubrir quiénes somos y qué necesitamos aprender.

> Determine sus metas y propósitos. El propósito, más que glorificar las capacidades, los dones, los anhelos y deseos del individuo, debe potenciar que éste, a través de su cooperación con los demás, llegue a ser un canal que transmita las bendiciones de Dios. (*254-57*)

Cuando en nuestra relación con los demás abandonamos nuestros intereses personales y el egoísmo, participamos por completo del espíritu de la cooperación. Cooperar es ser conscientes de los demás, estar siempre a su servicio, sacrificarse por ellos y vivir en armonía con nuestros semejantes. En efecto, cooperar es, en lugar de establecer diferencias, compartir la herencia común que une al género humano, la responsabilidad que todos tenemos hacia los demás. Según Cayce, toda persona que se cruza en nuestro camino lo hace por alguna razón constructiva:

> ... esté en posición de satisfacer los fines por los que uno es dependiente del otro, pues éste es el deseo unitario que anhela expresión. Aléjese de las reacciones combativas, del narcisismo, del egotismo, del egoísmo, del instinto de autoprotección. Si se mantiene esa unidad perfecta, si se lleva a cabo esa actividad que todos debemos conocer, el mundo aprenderá a cooperar. (*759-13*)

Si aprendemos a manifestar lo mejor de nuestro ser a los demás, ofreciéndoles esperanza, paz y comprensión, lograremos que la Fuerza Creativa penetre en sus vidas a través de nosotros. Pero ¿cómo cooperar con alguien si tenemos dificultad para relacionarnos con él? La forma más sencilla de conseguirlo es reemplazando nuestros pensamientos negativos por otros más positivos. ¿Alguna vez hemos caído en la cuenta de que incluso nuestro peor enemigo puede tener un amigo? ¿Qué cualidad positiva, que hemos sido incapaces de descubrir, posee esa persona? Las lecturas aconsejan ser amables y bondadosos incluso con quienes nos hayan injuriado. Debemos tratar a los demás del mismo modo que deseamos ser tratados. Sólo a través de este planteamiento podremos encontrar la paz interior que resulta de la verdadera cooperación.

> Haga hoy cuanto sepa hacer, teniendo en poco las necesidades del mañana, porque en el mañana se le dará cuanto necesite. ¿Cómo da Él? «Danos hoy nuestro pan cotidiano», no sólo el material, sino también el mental y espiritual. «Guiadme como yo guío a mi semejante, perdonadme como yo perdono.» Sólo así podremos contemplar cómo la cooperación, la fraternidad, la paciencia, la misericordia, la gentileza y la bondad se manifiestan, a través de nuestra experiencia, en el corazón, la mente y la vida de los demás. Porque éstos son los auténticos frutos del espíritu. Y así, al sembrar

> dichos frutos en nuestra vida cotidiana, se convertirán en los escalones de esa escalera que, tanto nosotros como los demás, debemos subir. No pida a los demás lo que usted mismo no esté dispuesto a hacer. Debe cumplir cuanto se proponga, en cuerpo, mente y espíritu. (*165-26*)

Albergar pensamientos positivos activa nuestra cooperación con los demás. Lo semejante engendra lo semejante. Si queremos tener amigos, tenemos que ser amigables. Debemos estar dispuestos a ofrecer a nuestros semejantes cuanto deseemos experimentar en nuestra vida. Si deseamos que en ella reine la armonía y la cooperación, debemos estar dispuestos a compartir nuestra experiencia con los demás.

> La entidad debe proyectar su identidad a través del servicio a los demás, recordando que ser egoísta, narcisista y autosuficiente es menospreciar el Espíritu que se manifiesta en nosotros. Porque sólo cooperando interiormente con el Espíritu el yo puede ser magnificado, pacificado, apaciguado y glorificado. (*2675-4*)

Cooperar es anteponer las necesidades de los demás a las nuestras en pos del bien común, es permitir que la voluntad del Creador se manifieste en la tierra a través de sus hijos. Para lograr que la cooperación alcance su máxima expresión debemos tener siempre presente el consejo que nos brindan las lecturas:

> Haga todo cuanto esté en su mano. Que esta máxima esté siempre presente en usted como lo estuvo en Él: «Hágase Vuestra voluntad, que no la mía, tanto en la tierra como en el cielo.» Haga de usted mismo un canal de bendiciones para los demás. Y así, en tanto que individuo e integrante del gru-

po, recibirá Sus bendiciones. «Aquellos que busquen mi rostro lo encontrarán.» (262-3)

El verdadero gozo y la auténtica felicidad sólo se alcanza entregándonos al servicio de los demás con ese espíritu de cooperación que el Creador ha impreso en cada uno de nosotros.

Conclusión

Independientemente del tipo de cooperación que busquemos, ya sea física, mental, o espiritual, el primer paso debemos darlo nosotros. Si queremos unirnos a los demás en una causa común debemos unir activamente nuestros esfuerzos, siendo conscientes de que las necesidades de los demás son tan importantes como las nuestras. En el mundo físico o material la cooperación es unificar cualquier esfuerzo o acción que llevemos a cabo con los demás: en el mental y en el espiritual, es anteponer las necesidades de los demás a nuestros intereses personales y estar siempre al servicio de quienes precisan nuestra ayuda. Si logramos ayudar a nuestros semejantes, si somos capaces de dar prioridad a sus necesidades, experimentaremos la esencia de la cooperación en acción, seremos un «canal de bendiciones» para los demás, colmaremos de gozo y felicidad a las personas de nuestro entorno y manifestaremos el amor de Dios por sus hijos en la tierra.

–¿No es la cooperación el resultado natural de la entrega del yo a un ideal?

–Es la consecuencia natural del servicio, del sacrificio y

> de la entrega personales en Su nombre. Cooperar es ser el canal de Sus bendiciones en la tierra. (*262-3*)

La cooperación es ofrecer nuestro yo para que sea un canal de acción y pensamiento. Si somos capaces de sintonizar nuestros pensamientos y nuestras obras en el quehacer cotidiano, nuestra vida transcurrirá de acuerdo con el deseo de cooperación propio del alma. Sin embargo, dicho equilibrio se consigue gradualmente, «línea tras línea, precepto tras precepto». Al poner en práctica la esencia de la cooperación para, a través de nuestros pensamientos y obras, ser bondadosos, pacientes, humildes y amables con los demás, alcanzaremos la paz interior, es decir, seremos plenamente conscientes de que cooperar es ser un canal de las bendiciones de Dios.

LECCIÓN DOS

Autoconocimiento

Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo. (Jn 17, 16)

Afirmación para la meditación

Padre, así como anhelamos contemplar y conocer Vuestro rostro, haced que cada uno de nosotros, personal y colectivamente, nos conozcamos a nosotros mismos, para que, siendo partícipes de Vuestra luz, podamos conocer mejor el Espíritu que habita este mundo. (262-5)

Autoconocimiento

Introducción

> ¿Cuál es, pues, el propósito de la manifestación material del alma? Desde el principio y en las obras en las que el alma se manifestó individualmente, fue ser la compañera de la Fuerza Creativa de Dios; convertirse en el cuerpo de Dios en sí mismo, siguiendo Su modelo, Su salvación, Su guía y Su protección, para conocerse a sí misma y a ella en Él. Éste es pues el propósito que toda alma debe perseguir al materializar sus obras. (*1650-1*)

> Conózcase a sí mismo si quiere conocer a su Dios, si quiere estar al servicio de su hermano. (*1256-1*)

El mayor reto en tanto seres espirituales es conocer nuestro verdadero yo. Sin embargo, dado que solemos identificarlo con la vida física, la personalidad y las experiencias terrenales en lugar de con la esencia espiritual, no resulta fácil lograr dicho objetivo. Prestamos tanta atención a nuestras preocupaciones diarias que apenas nos resta tiempo para potenciar nuestra espiritualidad. A menudo olvidamos que, en esencia, somos seres espirituales y que el reto en cuestión no es llegar a ser alguien distinto de quienes so-

mos, sino conservar esa espiritualidad innata que nos caracteriza.

Los escritos de Cayce ponen de manifiesto que a menudo olvidamos nuestra verdadera naturaleza. Muchos consideran erróneamente que nuestro fin es alcanzar el cielo, la iluminación o, simplemente, «trascender el mundo terrenal». Este enfoque respecto a nuestra herencia dista mucho de la perspectiva que hallamos en las lecturas. Según Cayce, Dios desea manifestarse al mundo a través de nosotros, por eso el ejemplo de Jesús es el modelo que toda alma debería seguir. Somos hijos de Dios y nuestra misión es sembrar el espíritu en la tierra. Una de las lecturas describe con suma belleza la naturaleza espiritual de la humanidad en los siguientes términos:

> Ustedes son como un corpúsculo en el cuerpo de Dios y, por lo tanto, coautores de cuanto piensan y hacen. Literal o mentalmente, ustedes son quienes poseen el poder de cambiar sus almas pues, en tanto que entidades individuales, son testigos a favor o en contra del Señor, de Dios. Ésta es la aspiración literal de la entidad espiritual del hombre en la tierra, una entidad dotada de atributos materiales que algunos ni siquiera consideran. No obstante, ningún alma puede entrar en contacto con la entidad sin cambiar de cuerpo, mente y propósito. (*2794-3*)

En tanto que artífices de nuestra propia vida, de nuestras experiencias y relaciones e incluso de los acontecimientos mundiales, es imprescindible conocernos a nosotros mismos. La persona que realmente somos suele ser muy distinta de la que los demás, e incluso nosotros mismos, creemos ser. Así pues, deberíamos conocernos de igual modo que nos conoce el Creador.

La naturaleza trinitaria del género humano

Una de las tesis más citadas de Edgar Cayce dice que «el Espíritu es la vida: la mente el artífice; lo físico, el resultado». En otras palabras, el espíritu proporciona el impulso creativo y la energía en nuestra vida y la mente concentra, positiva o negativamente, dicha energía. El resultado final de nuestra interacción con las obras del espíritu, actualizado por el poder de la libre voluntad y de la mente, se manifiesta en nuestra vida. Esta tesis sugiere que toda vida posee la capacidad de ser fortalecida por el espíritu, por la Fuerza Creativa y por Dios. Sin embargo, el uso de dicha influencia espiritual en nuestra vida está determinado por el poder de la mente, por la acción de la libre voluntad. El impacto de nuestra elección hallará temporalmente su expresión final en lo físico y repercutirá tanto en nosotros como en nuestra relación con los demás.

Nuestro cuerpo físico es la representación material de la necesidad de expresión del yo interior. A través de los sentidos logramos conocer de qué modo la combinación de nuestros pensamientos y obras, positivas y negativas, influyen en nosotros. Cualquier pensamiento, obra o deseo tendrá un efecto temporal en lo físico. Es más, a la larga, nuestros pensamiento y deseos más sublimes se verán reflejados incluso en nuestra fisionomía. El cuerpo físico es una parte de la Fuerza Creativa, es la manifestación del espíritu en el mundo material.

La forma a través de la cual enfocamos la mente (el «cuerpo mental») es sumamente importante ya que constituye el mejor aliado, o peor enemigo, de nuestro yo interior. Ésta fue sin duda la razón por la que el apóstol Pablo advirtió a sus seguidores: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos

que Cristo...» (Flp 2,5). Todo aquello en lo que nos concentremos formará parte de nosotros mismos y nos impulsará a alcanzar el autoconocimiento.

Desde la perspectiva de Cayce, este proceso se inició hace mucho tiempo. El género humano está integrado por un conjunto de factores que no se reducen meramente al azar, la herencia y el entorno. Cada uno de nosotros es una combinación de pensamientos, deseos, acciones, oportunidades, e incluso del *karma* (definido como la memoria del alma y nuestras respuestas, conscientes e inconscientes, a esa memoria). En realidad, somos el resultado de todo aquello que determinó nuestro desarrollo individual desde la creación de nuestra alma.

En la Biblia leemos que «en la casa de mi Padre hay muchas mansiones» (Jn 14,2). Este versículo sugiere la existencia de distintos estados de consciencia que transcienden lo físico y que el modo en que se manifestaron dichas experiencias ha contribuido en la constitución del individuo que realmente somos. Nuestra actividad física, mental y espiritual repercute en la capacidad del alma para expresarse en el mundo material. El alma se perfila a sí misma a través de sus pensamientos, deseos y obras previas. Gracias a nuestro autoconocimiento, tomamos plena consciencia de que esta relación de causalidad hace que cualquier experiencia vivida sea una lección necesaria para el crecimiento del alma.

La parte espiritual inherente a todo individuo (el «cuerpo anímico») es un modelo de perfección latente en nuestro interior, en espera de ser actualizado por nuestra libre voluntad. Esta consciencia es mucho más elevada que cualquier conocimiento posible sobre nosotros mismos. Sin embargo, en lugar de asociar esta consciencia con nuestro verdadero yo, o con nuestra individualidad espiritual, a menudo lo hacemos

con nuestra personalidad. En otras palabras, nuestra personalidad es lo que de nosotros mostramos al mundo, mientras que nuestra individualidad es realmente nuestra verdadera identidad. Desde el punto de vista de las lecturas, somos una creación mucho más dinámica de lo que aparentamos. Poseemos un cuerpo físico, un cuerpo mental y un cuerpo espiritual que interactúan en el proceso de creación y evolución anímica. Cayce sugiere que esta naturaleza trinitaria del género humano es una representación simbólica de la totalidad del cosmos:

> El yo corporal, la mente y el alma en su forma tridimensional se corresponde con el concepto trinitario de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Estas tres formas son una sombra del espíritu de la Fuerza Creativa. Así, el Padre se corresponde con el cuerpo, la mente con el Hijo y el alma con el Espíritu Santo. (*5246-1*)

Nuestra identidad actual es una sombra de las Fuerzas Creativas. En otras palabras, en tanto que responsables últimos de cuanto somos en el presente, desde nuestra limitada esfera de actividad somos coautores con Dios.

> ¿Acaso no son hijos de Dios? ¿Acaso no son coautores con Él? ¿Acaso no han estado con Él desde el principio? ¿Acaso existe algún conocimiento no revelado tras haber armonizado su yo con la Fuerza Creativa que creó los mundos? ¿Acaso piensan que el brazo de Dios no les brindará ayuda porque erraron? «Aunque estén lejos, aunque se hallen en los confines de la tierra, si me llaman, les oiré y responderé a sus súplicas.» Abran su mente, su corazón, su propósito a su Dios y Él se manifestará en ustedes. (*294-202*)

Nuestra herencia como coautores

Es importante recordar que no somos cuerpos con alma, sino esencialmente almas, hijos del Creador que se manifiestan en el mundo material. En este sentido, el cuerpo físico es sólo la casa, el hogar del alma durante su viaje por el mundo material. Aunque acostumbremos pensarnos como cuerpo, éste no es más que el vehículo para la expresión mental y espiritual. El cuerpo físico permite al espíritu experimentar los confines de una dimensión limitada, así como el dinamismo de la libre voluntad de elección y de la relación de causalidad.

Como coautores debemos ser responsables del papel que jugamos creando el mundo que nos rodea. De hecho, hasta que no asumamos el papel consciente de coautores de nuestra propia vida, no lograremos superar los problemas personales y colectivos:

> Sepan que toda alma es un individuo con libre albedrío que escoge su camino y su propio modo de obrar. Porque es coautora con Dios de la creación y, por tanto, creativa diariamente en su actitud, pensamiento, obras y verdades, o destructiva, si obstaculiza el camino de los demás. (*2549-1*)

> Fue voluntad del Creador que el hombre fuese Su compañero. Ya en el cielo o en la tierra, consciente o inconsciente, pero compañero del Creador. ¿Cuántas vidas requiere usted para llegar a ser compañero de las Fuerzas Creativas? (*416-18*)

Según Cayce nuestras capacidades cocreativas tienen una proyección constante de futuro. Al margen de nuestras circunstancias presentes y de los acontecimientos mundiales actuales:

> ... usted puede remediarlo! Sepa que usted es, desde el momento y entorno presentes, quien influirá, a través de su actividad productiva, en la construcción de un mundo mejor para las generaciones venideras. Recuerde que algún día regresará... ¿Cómo quiere que sea el mundo del futuro? ¡Póngase manos a la obra! (*4047-2*)

¿Qué clase de mundo deseamos? La respuesta está íntimamente relacionada con vivir conscientemente como coautores no sólo de nuestra vida sino de cuanto nos rodea. Debemos comprender que los verdaderos responsables del rumbo de nuestra vida somos nosotros mismos. Tanto ésta en particular como la situación del género humano en general determinan nuestra necesidad de acción y la proyecta hacia el futuro.

Conocernos a través de los demás

Aunque pueda resultar sorprendente, una de las premisas fundamentales de las lecturas de Cayce es que sólo a través de los demás conseguiremos conocernos a nosotros mismos. Aprender lo que es el amor contemplando el rostro inocente de un niño o siendo paciente con un amigo, ejemplifica que a través de nuestra interacción con los demás somos conscientes de nuestras capacidades, carencias, virtudes o defectos. Las relaciones con nuestros semejantes nos ayudan a comprender qué necesitamos potenciar en nosotros mismos y en los demás; nos ayudan a ser conscientes de la amistad que nos une a Dios, así como a conocer mejor nuestra auténtica identidad.

Según las lecturas, toda relación humana posee un dinamismo subyacente, una ley universal descrita en la tesis «lo

semejante atrae a lo semejante». Esto significa que todo cuanto pensamos o hacemos retorna, en última instancia, a nosotros. La tesis en cuestión no resulta en absoluto novedosa si consideramos el potencial de nuestras capacidades cocreativas en relación al entorno que nos rodea. No obstante, la tesis sugiere una idea que puede sorprendernos ya que es en los demás donde vemos reflejada nuestra fortaleza o debilidad:

> Recuerde las leyes inalterables: Cuanto imponga a los demás, le será impuesto a usted. Cuanto desee que los demás hagan por usted, hágalo usted por los demás. Aplique estas máximas en su ambiente familiar, laboral y en su entorno cotidiano. Sepa que las faltas que descubre en los demás son el reflejo de sus propias faltas. Sea con los demás tal y como desea que ellos sean con usted. Sepa que el espíritu con el que obra, es el espíritu que le corresponderá. (*1688-9*)

Cayce sostiene que las personas de nuestro entorno son como espejos que nos reflejan. Si alguien con quien nos relacionamos se siente descontento con nosotros, lo está porque vemos reflejada en él esa parte de nosotros que no habíamos tenido en cuenta o habíamos tratado de eludir. Contrariamente, si admiramos a alguien de nuestro entorno, vemos reflejada en él alguna cualidad que puede sernos de utilidad. Aunque esta perspectiva pueda resultar difícil de creer, no debemos olvidar que «incluso mi peor enemigo tiene un amigo incondicional; e incluso mi mejor amigo tiene enemigos».

Por alguna razón, tendemos a percibir rasgos específicos en las personas de nuestro entorno. De hecho, recibir una respuesta emocional (negativa o positiva) de las personas con quienes nos relacionamos nos brinda la posibilidad de apren-

der algo más acerca de nosotros mismos. Así, si deseamos averiguar qué aspecto de nuestro ser debemos potenciar y trabajar, debemos contemplar como modelo a aquéllos a quienes admiramos. Los demás son el espejo en que se reflejan nuestras virtudes y defectos, nuestra fortaleza y debilidad. Ser conscientes de esta dinámica recíproca nos permite contemplar el género humano desde una perspectiva mucho más amplia:

> La primera ley es: «Lo semejante atrae a lo semejante.» Cuanto siembre, recogerá. Cuanto coseche en su relación con los demás, dará, pues, sus frutos. Por tanto, la primera ley del autoconocimiento, de la autocomprensión, estriba en ser, en primer lugar, sincero con uno mismo para serlo con los demás. Sólo así podrá recoger sus frutos. Y cuando haya encontrado el camino, muéstreselo a su hermano. (*261-15*)

Verse reflejado en los demás es, sin duda, una poderosa herramienta para alcanzar el conocimiento de nosotros mismos. Cuando reflexionamos sobre las conversaciones y actividades llevadas a cabo durante el día, deberíamos preguntarnos: ¿Por qué obré de ese modo? ¿Actué en consecuencia con mis creencias y pensamientos? ¿Hubiera obrado del mismo modo ante mi enemigo de ser alguien a quien verdaderamente respeto (quizá incluso ante mi Creador)? ¿Trato a los demás como hermanos? En parte, las personas de nuestro entorno poseen la clave de nuestro propio crecimiento y evolución:

> –¿Qué debo hacer para conocerme mejor?
>
> –Cuando el yo medita sobre sus propias actividades, logra conocerse a través de ellas. ¿En cuántas ocasiones ha incitado a los demás a cumplir la voluntad de Dios? ¿Cuántas veces ha logrado que los demás piensen en lo mejor de su

propio ser? Haciendo esto, conseguirá conocerse mejor, pues al magnificar a Dios, el yo conoce al yo, del mismo modo que los demás contemplan el yo en sus propias obras. (*262-9*)

Sólo si la relación con los demás no está teñida por el interés personal o el egoísmo lograremos conectar con esa parte de nosotros que desea ser una unidad, que desea expresar nuestro verdadero yo y conocerse a sí misma.

Despertar a nuestro verdadero ser

Muchas culturas tradicionales sostenían la creencia de que Dios había ubicado todo el conocimiento de nuestra verdadera relación con el Creador en lo más profundo de nuestro ser, a menudo el último lugar en el que el hombre decide buscarla. La verdad de nuestra naturaleza divina se halla claramente ejemplificada en la siguiente leyenda popular hindú:

Hubo un tiempo en el que los hombres eran dioses. Pero como los hombres, guiados por su soberbia, pecaron y abusaron de su naturaleza divina, Brahma, el dios de todos los dioses, decidió arrebatarles su divinidad y ocultarla en un lugar seguro donde jamás pudieran encontrarla y abusar de ella.

–La enterraremos en lo más profundo de la tierra –sugirieron los otros dioses.

–¡No! –objetó Brahma–. El hombre cavará la tierra y la encontrará.

–En tal caso, la sumergiremos en las profundidades del océano.

–¡No! –volvió a objetar Brahma–. El hombre aprenderá a bucear y la encontrará.

–Entonces la ocultaremos en la cima de la montaña más alta.

–¡No! –dijo Brahma–. Porque llegará el día en el que, tras haber escalado todas las montañas, la encontrará.

–¿Dónde podemos esconderla, pues, para que no la encuentre jamás? –preguntaron los dioses menores.

–Escondedla en el interior del propio hombre –les ordenó Brahma–. A él jamás se le ocurrirá buscarla allí.

En la Biblia hallamos también esta misma idea:

> Porque estos mandamientos que yo te prescribo hoy no son superiores a tus fuerzas, ni están fuera de tu alcance. No están en el cielo para que hayas de decir: «¿Quién subirá por nosotros al cielo a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica?» Ni están al otro lado del mar, para que hayas de decir: «¿Quién irá por nosotros al otro lado del mar a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica?» Sino que la palabra está bien cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica. (*Dt 30, 11-14*)

Las lecturas describen esta consciencia como la «consciencia de Cristo», un modelo de perfección unitario en armonía con nuestra esencia espiritual que se alcanza a través del equilibrio personal y la perseverancia. Además de la meditación y la oración, la interpretación de los sueños nos ayuda también a descubrir nuestra consciencia espiritual. La bibliografía al respecto es extensa y muy variada, sin embargo, el primer paso para interpretar la actividad onírica es escribir aquello que hemos soñado cada mañana. Por lo que a la perseverancia se refiere, la mejor manera de calibrar nuestro progreso personal es analizando nuestras relaciones con los demás.

A medida que vayamos descubriendo nuestra verdadera individualidad, comprenderemos la interconexión existente entre nosotros y nuestros semejantes; seremos conscientes de que, si Dios es nuestro Padre común, todos somos hijos y miembros de la misma familia. En definitiva, descubriremos esa parte de nosotros que siempre había sido una unidad:

> ... lo primero de lo que debe ser consciente toda alma es de que Dios es consciente de usted. El mismo acto de ser consciente debe hacerle recordar siempre esta máxima. Si el alma fuera consciente de ello, ¡cuán distintas serían las elecciones que hacemos a diario! (*2650-1*)

El despertar a nuestro verdadero ser espiritual tiene lugar cuando alcanzamos la plena consciencia de que Dios se preocupa de nosotros, de que está siempre presente en nuestras actividades, de que Su Espíritu se halla en y fuera de nosotros. Éste es pues, sin lugar a dudas, el fin último del proceso de autoconocimiento.

Conclusión

Somos una manifestación de todo cuanto siempre hemos sido. Gracias al conocimiento de nosotros mismos descubriremos no solamente quiénes somos, sino que nuestro puesto en el mundo es el resultado de nuestros pensamientos, deseos y obras previas. En este sentido, a pesar de los retos, desilusiones o adversidades a superar, cada uno de nosotros posee un modelo innato de unidad. Cualquier aspecto de nuestra vida, ya sea físico, mental o espiritual, contribuye potencialmente en la actualización y manifestación de dicho

modelo. Toda experiencia favorece, en última instancia, el proceso gradual que conduce al autoconocimiento personal. Al entrar en sintonía con nuestro verdadero yo interior, nuestra vida cotidiana ejemplificará lo mejor que hay en nosotros y seremos dignos de llamarnos «Hijos de Dios»:

> Conózcase primero a sí mismo. Busque dentro de su propio corazón. ¿Cuál es su propósito? ¿Satisfacer sus propios apetitos? ¿Satisfacer su propio deseo de poder, de gloria, de fama o fortuna? Todo esto, por experiencia y por el conocimiento que usted tiene de su ser más profundo, es superfluo y perecedero. Sólo lo que es justo, hermoso y armónico, sólo lo que emerge de la fraternidad, la ternura, el amor, la paciencia, la esperanza y la gratitud, perdura. (*1776-1*)

Para ser sinceros con los demás, primero debemos serlo con nosotros mismos. Tenemos que obrar siempre en consecuencia a lo que creemos y pensamos. En la medida que cultivemos esta capacidad de discriminar entre lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, entre aquello que realmente creemos y lo que dejamos que los demás piensen que creemos, seremos más conscientes de la motivación de nuestros pensamientos, deseos y obras; seremos conscientes del rumbo que toma nuestra vida y de si precisamos o no cambiar de dirección. En definitiva, despertar a nuestro verdadero yo, a nuestro verdadero ser, nos descubre el potencial innato de nuestra unidad esencial.

Somos cocreadores con Dios. Sólo perseverando en principios espirituales tales como la paciencia, la cooperación, la tolerancia y el amor lograremos alcanzar la plena consciencia de nuestro despertar espiritual. Nuestra interacción con los demás favorece el autoconocimiento, la relación con nuestros semejantes y los lazos con nuestro Dios:

> ¿Obraría ante su Dios de la misma forma que lo hace ante su hermano? «Un nuevo mandamiento les doy, que se amen los unos a los otros.» Sólo de esta forma seremos capaces de vernos a nosotros mismos como los demás nos ven. No permita que sus palabras y obras sean distintas a las de su propia familia. Que sus palabras y obras sean consecuentes con la imagen que los demás tienen de usted.» (*262-9*)

Nuestro reto es medirnos siempre con el rasero del amor. Debemos tratar a los demás del modo que desearíamos ser tratados. Nuestro deber es disciplinarnos para que nuestras palabras, pensamientos y obras sean el reflejo de lo mejor que hay en nosotros.

LECCIÓN TRES

Ideales

Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo… (Flp 2,5)

Afirmación para la meditación

¡Dios, sed misericordioso conmigo! ¡Ayudadme desde mi poca fe! Permitidme ver en Él lo que vos veríais en mi semejante. Permitidme descubrir en mi hermano el rostro de Él, a quien venero y adoro. (*262-11*)

Ideales

Introducción

> Así pues, la experiencia más importante de cualquier entidad individual es, en principio, conocer cuál es el ideal espiritual. (*357-13*)

Todos, en algún momento de la vida, nos planteamos qué deberíamos hacer, qué rumbo seguir o cómo cumplir la misión especial que Dios nos ha asignado. Todos sentimos alguna vez la necesidad de buscar lo desconocido. Dado que este estado de confusión interior es común a todo el género humano, se suele creer en la existencia de una respuesta genérica a dicho dilema. Nada más lejos de la realidad. En este sentido, uno de los principios fundamentales de las lecturas de Edgar Cayce es el concepto de «ideal», un principio que nos permitirá responder individualmente a esa llamada interior.

> La orientación mental y espiritual debe estar relacionada con el ideal elegido por la entidad individual y lo que hará o debería hacer en función de dicho ideal. (*5091-3*)

Aunque las lecturas recomiendan escribir nuestros ideales físicos, mentales y espirituales, ello no significa que, al hacerlo, podamos olvidarnos de ellos. Según Cayce, reflexio-

nar sobre los ideales debería ser una actividad habitual de nuestra vida, una práctica a través de la cual nos superamos, fortalecemos y recordamos en todo momento el importante papel que desempeña nuestro nivel anímico. Desde esta perspectiva, el análisis de las lecturas en torno al tema de los ideales nos ayuda a potenciar, a manifestar en nuestra vida y a ofrecer al mundo y a Dios lo mejor de nuestro ser.

¿Qué es un ideal?

En términos generales, es la motivación que impele la intencionalidad de nuestras acciones. Es como la estrella Polar que nos guía en la oscuridad y nos permite seguir el rumbo de nuestro destino. Mientras que una «meta» es un fin alcanzable, en la terminología de Cayce un «ideal» es un modelo que guía nuestra vida. En este sentido, no es la consecución material de un fin, sino el fin último al que todo tiende. Al igual que el sol, los ideales irradian en nosotros su luz para iluminar nuestro camino hacia la perfección.

Según las lecturas, todos obramos, consciente e inconscientemente, guiados por un ideal: «Toda entidad individual, consciente o no de ello, antepone al yo un ideal en el mundo material, en el mundo mental y en el mundo espiritual.» (*1011-1*). En la lectura *323*, Cayce advierte a un individuo que la causa de sus problemas y confusión vital es no haber establecido un ideal consciente que motive su vida y le insta a tomar una elección consciente y a desarrollarla de forma positiva. Las lecturas frecuentemente nos recuerdan que la «mente es el artífice»; en otras palabras, que aquello por lo que una persona lucha, determina la mayor parte de su vida.

Las lecturas sugieren que una forma de descubrir el ideal

inconsciente que determina nuestra vida es plantearnos, a modo de introspección, las siguientes preguntas: 1) ¿Cómo sería mi entorno laboral si todos los empleados fueran como yo? 2) ¿Cómo sería mi hogar si mi esposa, mi marido o mi hijo fueran como yo? 3) ¿Cómo sería mi vecindario si todos mis vecinos fueran como yo? 4) ¿Cuál sería el grado de autoestima de las personas que me rodean si fueran como yo? 5) ¿Cómo sería mi iglesia, sinagoga o congregación si todos sus miembros fueran como yo? El objetivo de estas preguntas no es desalentarnos, sino ayudarnos a comprender hasta qué punto los ideales inconscientes nos determinan positiva y negativamente.

Por lo que a la finalidad de los ideales conscientes se refiere, éstos nos sirven para calibrar nuestros pensamientos, palabras y obras. Por ejemplo, si consideramos que nuestro ideal consciente debe ser el amor, éste será el criterio y fin último que determine nuestra vida. Con el amor como ideal y reformulando las cinco preguntas anteriores, deberíamos plantearnos: 1) ¿Qué clase de empleado sería una persona afectuosa? 2) ¿Qué clase de vida familiar disfrutaría una persona afectuosa? 3) ¿Qué clase de vecino sería una persona afectuosa? 4) ¿Cuál sería el grado de autoestima de una persona afectuosa? o 5) ¿Qué clase de feligrés sería una persona afectuosa? Identificar nuestras inquietudes con las cualidades de una persona afectuosa (o con cualquier cualidad derivada del ideal que asumamos) nos ayuda a potenciar esas mismas cualidades en nosotros y a actualizar el ideal que motiva nuestra acción.

Así pues, en respuesta a la pregunta inicial, cabe decir que un ideal es aquel fin último que determina nuestra forma de actuar, nuestro pensamiento, e incluso nuestras emociones. Un ideal impulsa, motiva y conforma la esencia de nuestro

verdadero ser y su evolución. A pesar del poder que ejercen los ideales en nuestra vida, si no somos conscientes de ellos, jamás podremos actualizarlos.

¿Por qué es tan importante abrazar un ideal? Porque los ideales conforman nuestra vida, nuestra experiencia y la evolución de nuestro verdadero ser. Es imprescindible que toda persona tenga un ideal. En este sentido, las lecturas señalan que determinar un ideal es el objetivo más importante del ser humano. En primer lugar, porque los ideales dirigen y conforman el impulso del espíritu en nuestra vida; en segundo lugar, porque nos guían en el proceso que conduce al autoconocimiento personal y, por último, porque nos ayudan a superar la posible confusión derivada de nuestra «libertad de elección».

Los ideales dirigen y conforman el impulso del Espíritu en nuestra vida

La cita completa de la repetida tesis de Cayce «la mente es el artífice», reza: «El Espíritu es la vida; la mente, el artífice; lo físico, el resultado.» Al hilo del vocabulario de las lecturas, la palabra «espíritu» define el Impulso Creativo, la fuerza vital que, dirigida por la actividad de la mente y de la voluntad, que impele a la consecución de nuestros fines, interesados o desinteresados. La mente es el mecanismo a través del cual decidimos dónde y cómo enfocar nuestra energía creativa y atención. El resultado final del enfoque de este impulso creativo hacia determinada dirección o actividad (consciente o inconsciente) conforma nuestras experiencias y relaciones con los demás, es decir, nuestra vida. De hecho, nuestro mundo físico y material se convierte en el escenario

(el resultado) donde el espíritu –dirigido por el poder de nuestra mente– interpreta su actividad.

> Todo lo que puede llegar a ser, primero es concebido en espíritu y actualizado después por la mente. Por consiguiente, el ideal que abrace la entidad, depende del modo en el que el espíritu construye su yo mental. (*2995-3*)

¿Cuántas veces hemos ido a un multicine y nos hemos sentado en la butaca sin importarnos en absoluto qué película se proyectaba en aquella sala? Cuando no nos comprometemos a abrazar un ideal consciente, somos meros espectadores pasivos y nuestra vida carece de rumbo y significado. Porque, tal y como aseveran las lecturas, «usted y sólo usted puede hacer de sí mismo una persona feliz o miserable».

Los ideales guían el proceso del autoconocimiento personal

La elección de un ideal establece un modelo, una motivación que nos ayudará a aprender la lección que precisemos para dar el siguiente paso que conduce a nuestra evolución personal. Aunque pueda resultar paradójico, el haber optado por un ideal a veces conlleva que nuestras experiencias parezcan diametralmente contrarias a nuestros intereses.

Por ejemplo, si decidimos que precisamos dar y recibir amor, es posible que de pronto advirtamos que las personas que nos rodean no se aman, o que amar a alguien es siempre un reto. Esta experiencia, no obstante, no significa que hayamos elegido el ideal equivocado, sino que nos reflejamos en aquellas personas que, por defecto o por exceso, pueden ayu-

darnos a aprender cómo ser más afectuosos. En última instancia, la única forma de saber quiénes somos espiritualmente es a través de nuestra interacción, relación y servicio a los demás. Las lecturas nos retan a no abandonar el ideal elegido a pesar de las dificultades. Si somos responsables de nuestra libertad de elección, tarde o temprano recogeremos los frutos que hayamos sembrado.

> Éste es el principio infalible, la ley... Ame y no menosprecie el principio que establece como ideal. Sea paciente y sus esfuerzos le serán recompensados. (*802-2*)

Los ideales ayudan a superar la posible confusión derivada de la «libertad de elección»

Los ideales pueden ser herramientas excepcionales a la hora de tomar decisiones. Siempre que nos veamos sumidos en un estado de confusión por ser incapaces de elegir, ya se trate de una gran decisión, como la elección de una carrera universitaria, o irrelevante, como qué hacer durante la tarde, los ideales nos ayudan a superar dicha confusión. Lo único que debemos hacer es sopesar nuestra elección en relación a nuestro ideal; por ejemplo, si nuestro ideal es el amor y, de pronto, se nos presenta la oportunidad de elegir entre dos empleos, debemos preguntarnos cuál de los dos se adapta más al perfil de una persona afectuosa o cuál la ayudará a ser más afectuosa.

Pero, más que ayudarnos a tomar decisiones, nuestros ideales nos ayudan a disipar el estado de confusión en que nos sume el tener que ejercer nuestra «libertad de elección». El ideal nos ayuda a avanzar gradualmente por el camino de

nuestra espiritualidad. Dos de las citas más frecuentes en las lecturas de Cayce son: «línea tras línea, precepto tras precepto» y «haga cuanto sepa hacer; el resto le será dado». Cuanto más potenciemos nuestra capacidad de comprensión, más claro será nuestro camino:

> Practique diariamente cuanto sabe, y le será mostrado el siguiente paso, la siguiente obra, la siguiente experiencia. (*262-104*)

La práctica de los ideales en la vida cotidiana

El reto de trabajar con ideales estriba principalmente en determinar hasta qué punto estamos decididos a trascender nuestros intereses particulares para ser capaces de planificar estratégicamente la incidencia que nuestro ideal tendrá en nuestra relación con los demás, con nosotros mismos y con nuestro entorno:

> En primer lugar, sepa cuál es su ideal, espiritual, mental y materialmente. No se trata de saber cómo quiere que sean los demás, sino cómo debe ser su relación ideal con sus semejantes. Pues, el mejor es siempre el que está al servicio de todos, como lo está la ley de causalidad. (*1998-1*)

Muchas personas han descubierto que la clave para actualizar un ideal espiritual en su vida material es contemplar en todo momento la conocida tesis de Cayce: «El Espíritu es la vida; la mente el artífice; lo físico, el resultado.» Las lecturas sugieren seguir los siguientes pasos:

Escriba «físico». Trace una línea y escriba «mental». Trace otra línea y escriba «espiritual».

Bajo la columna encabezada por la palabra «espiritual» (pues todo cuanto se halla en la mente debe proceder de un concepto espiritual) escriba cuál es su concepto de ideal, ya sea Jesús, Buda, Dios o cualquier palabra que represente para el «yo» los ideales espirituales.

Bajo la columna encabezada por la palabra «mental» escriba una actitud mental ideal relacionada con el «yo», el hogar, los amigos, los vecinos, los enemigos, las cosas o circunstancias que le rodean.

Escriba a continuación cuál es su ideal espiritual, mental y material (físico). ¿Cuál es el ideal «material»? No son las condiciones, sino las repercusiones que han propiciado la manifestación del ideal espiritual y mental. ¿Qué relación se produce, pues, entre las cosas, las personas y las situaciones?

Así es como una entidad individual se analiza a sí misma. Tras llevar a cabo dicho análisis, aplique el conocimiento adquirido, tanto las ideas como los ideales. Quizá varíen con el tiempo, pero, con la práctica, acabarán convirtiéndose en sus ideales. Recuerde que, por lo que a su ser personal respecta, los ideales prácticos priman sobre los teóricos. (*5091-3*)

Siguiendo las lecturas, el primer paso consiste en tomar una hoja de papel y trazar tres columnas. El encabezado de la primera será «Mi ideal espiritual»; el de la segunda, «Mis actitudes mentales»; y el de la tercera, «Mis actividades físicas». Aunque Cayce nos insta a elegir un ideal espiritual trascendente, es recomendable fijar un ideal accesible para poder comprobar cómo se manifiesta progresivamente en nuestra vida.

Las lecturas sugieren que, en última instancia, un ideal es la cualidad «espiritual» o el logro más elevado que motiva nuestra vida presente. Mientras algunos consideran que la

personificación de dicha cualidad es Jesús, otros la identifican con el ideal del amor. Sin embargo, para empezar a trabajar con los ideales debemos elegir una cualidad o un atributo ausente en nuestra vida y en nuestra relación con los demás. Por ejemplo, si necesitamos ser más pacientes, más indulgentes o más comprensivos, debemos elegir dichas carencias como ideales. Dado que los ideales aumentan y cambian cuando los ponemos en práctica, es muy importante elegir uno con el que realmente podamos trabajar.

Para ilustrar el presente ejercicio, tomaremos como ejemplo de ideal espiritual «saber perdonar». Así pues, bajo la columna encabezada por «Mi ideal espiritual», debemos escribir «perdonar».

Bajo la segunda columna enumeraremos nuestra actitudes mentales, es decir, aquellas que nos ayudarán a actualizar el sentido espiritual del perdón en nuestras relaciones con los demás y con nosotros mismos. Si decidimos que la «compasión» es la actitud que debemos mejorar en nuestras relaciones filiales, que la «franqueza» es la más óptima para relacionarnos con nuestros hijos y que la «paciencia» es la que deberíamos tener con nosotros mismos, escribiremos dichas actitudes debajo de la correspondiente columna. En nuestro mapa de ideales convendría enumerar también los nombres de todas aquellas personas de nuestro entorno con las que debemos practicar nuestro ideal espiritual «saber perdonar», así como aquellas actitudes mentales positivas que sugieran cómo actualizar dicho ideal.

La tercera columna es la más específica. Es aquella en la que detallaremos todas las actividades físicas que empezaremos a llevar a cabo para actualizar con los demás nuestro ideal. La columna «Mis actividades físicas» debe simplemente reflejar la disposición mental hacia nuestro ideal espiritual.

Por ejemplo, si en la anterior columna hemos determinado que la actitud mental es la «paciencia», en ésta escribiremos aquellas actividades que nos brindan la posibilidad de ponerla en práctica: «dejar de decir o pensar "jamás podré conseguirlo", hacer una lista de las ocasiones en las que he sido indulgente conmigo mismo o con los demás; orar para tener la suficiente voluntad de seguir siempre adelante», etc. Escribir éstas y otras actividades nos ayudará a actualizar nuestro ideal en el mundo material.

Cuando las actitudes mentales relacionadas en nuestra lista pasan a ser nuestro estado mental habitual y nuestra actividad física se convierte en una respuesta automática y natural, podremos afirmar que nuestro ideal espiritual está progresando. Trabajar nuestros ideales, considerarlos una parte integrante de nuestro ser, nos brinda la posibilidad de elegir una meta más elevada, una estrella Polar más brillante hacia la que dirigir nuestra vida. Lo verdaderamente importante es tener siempre presentes nuestros ideales y potenciarlos al máximo porque nos permiten saber qué debemos hacer en todo momento. De seguir este consejo, nunca nos asaltarán las dudas ni lamentaremos nuestras decisiones:

> Dondequiera que esté, ya sea en Hartford o Sing Sing, en Kalamazoo o Tombuctú, cualquier lugar es uno y el mismo. Dondequiera que esté, el Señor es Dios del universo. Porque toda alma halla su yo en el lugar que ocupa en el presente sólo por la gracia de Dios. Así pues, viva el día de hoy, el momento actual. Si lo hace correctamente, avistará fácilmente el futuro. (*3356-1*)

Los ideales cambian al actualizarlos

Mientras trabajamos con nuestros ideales, descubriremos que, con el paso del tiempo, deben ser renovados. Por ejemplo, si uno de nuestros ideales es «ser respetuoso y comedido con el lenguaje», debemos trabajarlo hasta conseguir que forme parte de nuestras cualidades. Si al hablar con alguien somos conscientes de estar actualizando dicho ideal, éste nos conducirá al de la «amistad». La «amistad» será pues el ideal espiritual que, en adelante, se manifestará en nuestra relación con los demás, en nuestra actitud mental y en nuestras actividades físicas. El ideal de «amistad» despertará en nosotros la necesidad de abrazar el ideal de «servicio», el del «amor incondicional» y otros relacionados directamente con aquél. Todos y cada uno de nuestros ideales particulares integran ese ideal superior y trascendente al que todos aspiramos.

El ideal de los ideales

Aunque las lecturas aconsejan elegir un ideal personal, también señalan que sólo hay un único y auténtico ideal. «Los caminos son muchos, pero una sola la verdad» (*3083-1*). En esencia, lo que esta cita sugiere es que todos aspiramos alcanzar un fin último, el «ideal de los ideales». Reciba el nombre que reciba, «perfección», «consciencia de Cristo» o «consciencia de Dios», el ideal teleológico hacia el que dirigimos nuestros pasos es el más elevado fin espiritual. En este sentido, nuestros ideales particulares y personales, como el «amor», el «servicio» o la «ternura», son caminos que nos conducen gradualmente hacia el máximo ideal que, según

Cayce, no es otro que la consciencia de la unidad del alma con Dios (*5749-14*).

Conclusión

Un ideal consciente nos permite conocer el porqué de nuestras actividades, es decir, la capacidad de saber cuál es el rumbo que debe tomar nuestra vida. Cuando se vive el presente sin motivación espiritual alguna, nos sentimos perdidos; nuestra vida se reduce única y exclusivamente a satisfacer nuestros deseos, eludir nuestros temores y actuar por inercia. Tal y como señalan las lecturas, debemos potenciar siempre lo mejor de nosotros mismos:

> ... hasta que en el individuo no se manifieste la consciencia de que todo acto vital es la expresión de las Fuerzas Creativas o Dios, y por ende que tiene la oportunidad de armonizar dicha expresión con su ideal o concepto de Dios, la vida carece de sentido. (*1210-2*)

En este sentido, las lecturas nos alientan a ser conscientes de cuanto construimos en nuestro interior. Al potenciar un ideal no sólo clarificamos cuál es el rumbo que debe seguir nuestra vida, sino que lo actualizamos físicamente y lo convertimos en parte integrante de nuestra alma. Abrazar un ideal es como bordar un tapiz personal que luego mostramos con orgullo a los demás.

Cada uno de nosotros tiene la oportunidad de decidir conscientemente quién quiere realmente ser y hasta dónde está dispuesto a llegar para conseguirlo. Aunque defendamos ideas, proyectos o metas diferentes, aunque tengamos opiniones dis-

tintas acerca de cómo deberían ser la cosas, las lecturas señalan que, a pesar de nuestras diferencias, todos podemos compartir una razón común. Incluso durante el caos mundial reinante en los años treinta, las lecturas sugerían cómo conseguir la unión armónica de la humanidad. A pesar de que cada una de las naciones enfrentadas defendía ideales políticos distintos, Cayce defendía que el mundo podía compartir un ideal común. Este ideal era su «respuesta al mundo»:

> El mundo, en tanto que mundo, ha perdido su ideal. Los hombres no tienen las mismas ideas, pero sí pueden tener el mismo ideal. Pero ese ideal, que no idea, debe ser el único ideal: «Ame al Señor, su Dios, con todo su corazón, y al prójimo como a usted mismo.» Ésta es la única ley, la única respuesta al mundo y a toda alma. Ésta es la única respuesta posible al mundo actual y sus circunstancias. (*3976-8*)

LECCIÓN CUATRO

Fe

La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven. (Hb 11,1)

Afirmación para la meditación

¡Cread en mí un corazón puro, Oh Dios! Abrid mi corazón a la fe que Vos habéis derramado, pues todo cuanto anhelo es conocer Vuestro rostro. Ayudadme en mi poca fe en Dios, en mi semejante, en mí mismo. (*262-13*)

Fe

Introducción

> La fe, tal y como ha sido definida por Bernabé,[1] es la esencia de la esperanza. [...] Por tanto, la fe pura es aceptar o renunciar sin apelar a la razón o a la percepción sensorial. (*262-14*)

> Sin fe, nadie puede alcanzar el grado superior de desarrollo en el plano material o espiritual. Si no se tiene fe en lo imperceptible, ¿cómo se puede lograr que el yo refleje e inspire a los demás la fe en el ser mental y espiritual que representa? (*369-3*)

La fe, más que cualquier otra cualidad, es un atributo del alma que permite al espíritu de Dios obrar a través de nosotros. Es una fuerza energética que favorece la manifestación de las Fuerzas Creativas. En parte, es una motivación que subyace bajo aptitudes como la franqueza, la disciplina, la esperanza. Pero la fe es mucho más que todo esto, es una cualidad interior que puede ser cultivada y expresada a través de nuestros pensamientos y obras. A pesar de que la fe no esté relacionada con el entendimiento, es una extraordinaria

1. José, llamado por los apóstoles «Bernabé». Chipriota que ayudó a san Pablo en su labor apostólica. (*N. de la T.*)

vía de conocimiento. Es la fuerza que nos permite contemplar la esencia oculta de la realidad. Es la sustancia inmanente a la dirección de nuestra vida. Más aún, la fe es la consciencia interior de la relación del alma con su Creador.

Las lecturas de Cayce sugieren que, en nuestro quehacer cotidiano, podemos confundir la confianza con la fe. Sin embargo, no son dos cualidades idénticas. La confianza se relaciona más con el mundo material, es creer en una cosa o en una consecuencia. En este sentido, la confianza debe ser contemplada en tanto que producto del conocimiento. Mientras que ésta suele asociarse con una actitud propia del yo, la fe sugiere la relación íntima que ese yo mantiene con Dios. La fe florece y crece a medida que nosotros lo hacemos. Es como la energía del amor que fortalece nuestra interacción con los demás. En términos generales, una actitud de confianza absoluta no es más que un leve atisbo de lo que realmente es la auténtica fe. De hecho, Cayce señala que la fe es el fruto, el resultado natural, que obtenemos al cultivar nuestra confianza en Dios.

A lo largo de la historia del mundo, el género humano ha asociado a menudo la fe con los dogmas religiosos, las creencias, los rituales o incluso la cultura. Sin embargo, la fe no entraña necesariamente abrazar doctrina religiosa alguna. La fe es despertar la consciencia del alma a través del servicio. La fe es la dinámica que permite que la energía del espíritu se manifieste en nosotros a pesar de nuestras imperfecciones. La fe es la manifestación de todo cuanto ha existido, existe y existirá siempre. La fe es la evidencia del cumplimiento de las promesas de Dios.

En definitiva, la fe no es una actitud contemplativa, sino una consciencia que requiere ser vivida.

La fe como fuerza universal

Puesto que la fe no es la creencia ciega en algo, sino el anhelo por manifestar la consciencia del alma, su verdadera existencia es individual. Aunque algunos ignoren poseer fe innatamente, la actividad del espíritu puede fluir a través de ellos del mismo modo que en aquellos que son plenamente conscientes de ella. La fe es imperecedera e innata a nuestra alma. Como indican las lecturas, la fe motiva y potencia nuestro deseo de conocimiento:

> La fe es la esencia de las fuerzas creativas contenidas en la fuerza activa de un individuo que se manifiestan en la actividad espiritual de su experiencia. Así pues, el conocimiento del yo en tanto que expresión de esta fe, tal y como se manifiesta en todos los hijos de Dios, favorece el crecimiento, el desarrollo y la base de las actividades del yo. (*262-17*)

Desde esta perspectiva, cualquier actividad, servicio, buena acción o deseo en ayuda hacia los demás, tiene su fundamento en la fe. Por lo tanto, la esencia de la fe favorece la manifestación de todo cuanto es bueno.

La auténtica fe se ejercita cuando la mente despierta en el yo interior la consciencia de unidad que, a su vez, es actualizada a través del servicio a los demás, de las fuerzas espirituales y del amor. El ejercicio de la fe nos ayuda a conocer nuestro yo interior y nuestra alma. El despertar del hombre a su verdadera naturaleza espiritual posibilita que éste viva diariamente la consciencia y fuerza de la fe:

> La entidad es llamada al servicio desde lo más profundo del yo. La fe es independiente de las obras, pero no hay fe sin

> obras. Así pues, la actividad del espíritu en la tierra no es latente, sino manifiesta, como lo fue en la vida del Maestro. De Él, que entregó por completo su vida a los demás, podría decirse: «Ningún libro puede contener todas las obras y enseñanzas de este hombre.» (*3361-1*)

En términos generales, la fe personal se actualiza siempre que manifestemos en nuestras obras lo mejor de nosotros. Con independencia de nuestro circunstancial estado mental, la fe es un potencial innato a nuestro ser.

La fe como evolución de la consciencia

Según Edgar Cayce, la plena realización de nuestro crecimiento espiritual depende, en última instancia, de la evolución de nuestra fe. Ésta no puede ser aprendida; en tanto que consciencia, sólo puede ser cultivada dentro de nuestro ser. La fe trasciende la creencia y la confianza; es el despliegue de nuestra propia consciencia. Nos permite experimentar y conocer las dimensiones ocultas de la vida en relación a las verdades más elevadas del alma. Por esta razón, trabajar con una motivación espiritual o ideal es el paso previo al despliegue de nuestra fe:

> El hombre es cuanto piensa su corazón. Por tanto, si no quiere ser condenado, no condene. Si desea tener fe, muestre fe; si desea amor, muestre amor. Y usted dirá: «He oído cientos de veces estas palabras.» Y, si así es, ¿qué ha hecho al respecto? Sea consciente de que Dios es y de que su cuerpo es el templo de Dios. (*254-101*)

> Así pues, lo imprescindible para la experiencia de la entidad es la fe, la confianza en la divinidad interna que marca el destino de las experiencias individuales para que se conviertan en oportunidades vitales que, orientadas correctamente, favorecen el pleno desarrollo del alma. (*1300-1*)

La plena experiencia de la fe no es posible sin un enfoque disciplinado del enfoque personal de nuestro ideal espiritual. En otras palabras, la fe actualiza nuestros ideales, es la síntesis de las verdades más elevadas en torno al alma, el pensamiento, el conocimiento y la voluntad de ser un canal de bendiciones para los demás que se manifiesta en la búsqueda del modelo interior de perfección. Si encaminamos la voluntad hacia dicha meta, la consciencia de la fe se dará por añadidura. Pero si, por el contrario, nos desviamos del ideal espiritual, podemos perder nuestra fe. La fe es la sustancia del espíritu manifiesta en la consciencia.

La fe hace que todo sea posible. En la Biblia leemos que, gracias a la fe, incluso un grano de mostaza puede lograr lo aparentemente imposible. En otras palabras, si esa parte de nuestra naturaleza divina accede a convertirse en un canal de actividad, el espíritu podrá mover montañas. Cooperando, conociéndonos a nosotros mismos, eligiendo un ideal espiritual y cultivando nuestra fe, la actividad del espíritu se actualiza y manifiesta en nuestra experiencia. El ejercicio de la fe no es intelectual, sino una consciencia activa que aporta a nuestra propia consciencia la esencia de nuestra relación con lo divino. La fe es, en sí misma, consciencia; es experimentar lo incognoscible; es una capacidad innata que crece y se desarrolla desde ella misma.

Vivir la fe en Dios, en los demás y en nosotros mismos

La evolución personal depende, en última instancia, de cómo vivamos nuestra fe. Aunque no pueda cuantificarse, la fe se justifica desde la bondad de nuestras obras y nuestros pensamientos. Al igual que la consciencia de Cristo –el modelo de perfección interior del alma–, la presencia de la fe se manifiesta siempre a través de nuestra acción consciente. En efecto, anhelando ser un canal de la actividad de Cristo en la tierra, cultivamos nuestra fe:

> Deje pasar la sombra. Contemple cómo emerge de nuevo la esperanza que le impele a crecer y a entregarse a los demás en Su nombre. Sienta la fuerza del poder del Señor. Prepárese, no al sacrificio, sino, tal como Él se entregó, a entregarse al servicio de sus semejantes. Así pues, que su camino sea recto; que sus esfuerzos y dificultades que le condicionan mentalmente hagan fluir de nuevo el espíritu en su alma, cuerpo y mente. Albergue siempre estos sentimientos, llamados a despertar lo más profundo de su ser para satisfacer la voluntad del Señor. Deje que Él halle en usted Su camino. Deje que Él le guíe. ¡Tenga fe! ¡Tenga fe! ¡Tenga fe! (*378-26*)

Con frecuencia solemos considerar por separado la fe en Dios, en los demás y en nosotros mismos. A veces, un mero tropiezo nos hace perder nuestra fe en Dios, nos impide tener fe en los demás y, en ocasiones, hasta en nosotros mismos. Establecer esta distinción es considerar la fe como algo material en lugar de como una consciencia susceptible de ser vivida. Las creencias pueden cambiar, e incluso cesar, pero la verdadera fe sólo puede ser vivida:

> En cuanto a las capacidades, no juzgue, y no será juzgado. Recuerde, con el mismo rasero que mide a los demás, usted mismo será medido. Si desea recibir amistad, amor y paciencia, manifieste estas mismas aptitudes en su experiencia, pues son atributos del espíritu de la verdad que, cuanto más se potencian, más fortalecen la fe. Porque, si no tiene fe en los demás, ¿cómo puede tener fe en Dios? Si no tiene fe en Dios, ¿cómo va a encontrarse a sí mismo? (5079-1)

Las lecturas sugieren que la rectitud de nuestras obras y pensamientos, así como el cultivo personal de nuestra relación con lo divino, fortalecen nuestra fe en Dios. Desde la perspectiva de Cayce, Dios no es una fuerza impersonal, sino un Padre comprensivo cuyo deseo es mantener con nosotros una auténtica relación filial:

> Para tener fe en Dios hay que conocerle y hablar con Él a menudo. Caminar con Él durante el día y la noche, en todo lugar y circunstancia. Recuerde, Su mano guía la suya. (*3234-1*)

A veces olvidamos que Dios es consciente siempre de nosotros. Nuestra fe en Él se fortalece cuando advertimos que, en tanto que individuos, somos incapaces de resolver cualquier situación sin su ayuda. En la Biblia leemos:

> Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni con qué vestiréis vuestro cuerpo. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? [...] No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?,

> ¿con qué vamos a vestirnos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura. (Mt 6,25-26; 31-33)

Esto no significa que debamos sentarnos pasivamente a esperar que las cosas del mundo físico nos sean dadas –pues incluso las aves deben buscar el alimento que el Creador les proporciona–, sino que sugiere que debemos anteponer a las cosas materiales, nuestra vida mental y espiritual. Nuestro privilegio divino es cultivar la semilla de la fe y contemplar el fruto de nuestro esfuerzo físico, mental y espiritual:

> No pierda la fe en sí mismo, pues si pierde la fe en el yo y en sus capacidades, sobrevendrá la derrota. Desalentarse merma la capacidad del individuo para ser consciente de las fuerzas y derechos divinos codiciados por todos. (*257-131*)

Somos el reflejo diario de nuestra fe. Podremos solucionar cualquier problema o situación si olvidamos nuestros temores y tratamos de cumplir lo que Dios tiene previsto que hagamos. El material de Edgar Cayce nos alienta a ser canales del amor de Dios en la tierra y a tener fe en Él porque siempre está con nosotros. Tengamos esa fe que es digna de la unidad que poseemos. Si somos Sus hijos, Él será nuestro Dios.

Conclusión

La consciencia de la propia fe se manifiesta en todas aquella obras en las que abrimos nuestra mente y nuestro corazón

a la esencia divina. La auténtica fe requiere ser vivida activamente, ser una parte integrante de nuestro quehacer cotidiano. Si nos comunicamos con Dios a través de la meditación, debemos obrar en consecuencia con nuestros semejantes. La fe implica ser conscientes de nuestra herencia común. Todos somos coautores con Dios, todos poseemos un modelo de unidad al que debemos despertar a través de nuestra propia motivación. Nuestro destino es actualizar todo cuanto potencialmente sabemos que debemos hacer. Las experiencias, las alegrías y tristezas de nuestra vida, así como la consciencia de nosotros mismos, son directamente proporcionales al ejercicio de la fe.

La fe es una consciencia que desea manifestarse; es un derecho innato que crecerá y se desarrollará en tanto lo hagamos nosotros, que formará parte de nuestra propia consciencia. La fe guía nuestra vida y nos convierte en el vehículo a través del cual lo divino se manifiesta en la tierra. La fe es la consciencia interna de la relación del alma con el Creador. La fe es el reconocimiento y la plena confianza en la evidencia de lo incognoscible:

> Si sabemos, o descubrimos, que el reino de los cielos está en nuestro interior y que la consciencia es innata, a través de la fe, a través de Su hijo y la fe en Él, seremos mucho más conscientes de la eterna presencia del espíritu que nos brinda el Padre. (*262-119*)

En definitiva, la fe nos guía y acompaña en nuestra andadura por la vida. Al igual que aquellos que nos precedieron lograron alcanzar la verdad gracias a la fe, también nosotros, pues la fe es la herencia común del género humano. Si participamos de la misma mentalidad de Jesús, superaremos cual-

quier adversidad. Las lecturas nos indican que debemos permitir que la fe nos conduzca hasta el lugar que nuestro Creador nos tiene designado. La fe es la plena consciencia de que nuestra condición es ser hijos de Dios.

La fe es, según las lecturas de Cayce, la piedra angular de la virtud y la comprensión.

LECCIÓN CINCO

Virtud y comprensión

Por lo demás, hermanos, todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta. (Flp 4,8)

Afirmación para la meditación

Permitid que la virtud y la comprensión habite en mí, pues mi defensa está en Vos, ¡Oh Señor!, mi Redentor; pues Vos escucháis la plegaria de los íntegros de corazón. (*262-17*)

Virtud y comprensión

Introducción

> Dios infundió vida a este mundo a través de la fe, la virtud y la comprensión. ¿Conoce Sus caminos? No son inescrutables, sino innatos al hombre que anhela relacionarse con Él y conocerle. (*539-1*)

En cuanto hijos de Dios, uno de los fines de nuestra existencia es manifestar nuestra relación con Él a través de nuestra vida, experiencia e interacción con los demás. El nivel de esta cocreación está determinado sólo por las limitaciones de nuestras propias obras y de nuestra consciencia. Todos formamos parte de las leyes de Dios, no somos meros espectadores. Al igual que en el mundo físico hay reglas de tráfico que los conductores deben cumplir, todos estamos sometidos a las leyes espirituales que gobiernan nuestra vida, incluso aquellos que deciden no observarlas.

La comprensión de las leyes espirituales se alcanza a través de la experiencia, así como tratando de vivir de acuerdo con la voluntad del Creador. Junto a dicha comprensión se da también una profunda consciencia de quiénes somos realmente y una relación mucho más sincera con nosotros mismos, con nuestro Creador y con los demás. Tanto la fe como la

virtud tienen su origen en el estadio anímico. Mientras la fe es una consciencia interna, la virtud es una cualidad del alma que puede manifestarse en nuestro quehacer cotidiano. En este sentido, la virtud se identifica con todo lo que es bueno y está en sintonía con el espíritu: el amor, la justicia, el perdón, la paz, la ternura, etc.

El enfoque de Cayce en torno a la transformación espiritual enlaza inextricablemente la virtud con la comprensión. Desde la perspectiva de las lecturas, la virtud es, en esencia, una cualidad espiritual innata; la comprensión, la práctica de dicha cualidad. La virtud es una respuesta que se origina en el nivel anímico. Es una parte de la unidad y pureza que siempre ha existido en nosotros, es entrar en sintonía con la voluntad de las Fuerzas Creativas. Por consiguiente, cualquier virtud nos conecta directamente con Dios. La auténtica comprensión es la manifestación de las leyes del Creador en la tierra. La verdadera comprensión trasciende la razón porque es un tipo de conocimiento innato. En este sentido, cuanto más ejemplifiquemos las virtudes en nuestra vida, más conscientes seremos de nuestro grado de comprensión:

> La virtud es el criterio por el que su fe se entrega al servicio activo; pues sin la pureza de la virtud del propio yo mental, material y espiritual, no puede haber comprensión. Con la práctica de la virtud se alcanza la comprensión. Sea fiel y puro en su propósito, pues en ello reside la virtud. Con la virtud emerge la comprensión, pues ambas se complementan mutuamente. (*262-18*)

Dondequiera que la virtud se manifieste, habrá comprensión, pues la primera no puede existir sin la segunda. La virtud se canaliza en la vida cotidiana a través de la compren-

sión. Virtud y comprensión son expresiones de las actividades de las fuerzas anímicas que se manifiestan en nosotros. Cuando la virtud constituye la base de nuestros procesos mentales, nuestro camino personal hacia la verdadera comprensión se clarifica. Por lo tanto, al poner en práctica los frutos del espíritu, nuestra percepción cambia y somos capaces de comprender el verdadero fin de todo cuanto nos acontece.

La virtud es vivir con plenitud todo cuanto sabemos que es mejor para nosotros. La virtud es la pureza de corazón, la pureza de la mente y la pureza del alma. La virtud es un atributo por medio del cual podemos ser conscientes de que Dios se manifiesta en la tierra a través de nosotros. La virtud es ser consecuentes con nuestros propósitos interiores y nuestras decisiones. Es abrazar férreamente nuestro más elevado ideal espiritual. Puesto que depende de la consciencia personal de cada uno, la virtud es individual, es la plena cooperación interior que nos conduce hacia la iluminación en sí misma y potencia el espíritu de servicio. En tanto que fruto de la fe, la virtud nos ayuda a conocernos a nosotros mismos tal como Dios nos conoce.

Conocimiento *versus* comprensión

Entre tener conocimiento y ser comprensivo hay una sutil diferencia. El conocimiento se asocia con la acumulación de información o hechos que se obtiene a través de la educación y la observación. Sin embargo, la comprensión es mucho más que almacenar información: es una actividad propia de la experiencia personal, es alcanzar una consciencia activa que no puede aprenderse. Es el dinamismo que transforma la in-

formación teórica en experiencia práctica, que la convierte en una parte integrante de la consciencia personal del alma:

> La entidad es consciente de que el mero entendimiento no proporciona comprensión, de que sólo la aplicación de lo que nos brinda la experiencia favorecerá el desarrollo y crecimiento del alma. Sólo el conocimiento de la Fuerza Creativa, el conocimiento de Dios es verdadero conocimiento. Porque sólo crecerá en gracia, en conocimiento, y en comprensión, si aplica cuanto experimente en sus relaciones con los demás. (*884-1*)

En otras palabras, la transformación personal no está determinada por cuanto conocemos (o creemos conocer) acerca de nuestra relación con Dios, sino por la forma de plasmar en la práctica dicho conocimiento.

El obtener conocimiento puede ser el paso previo que conduzca a la verdadera comprensión y evolución personal. No obstante, Cayce advierte contra la adquisición de conocimientos teóricos que tan sólo sirven para aumentar nuestro gran almacén de información. Para Cayce, el conocimiento sólo es útil si puede aplicarse responsablemente en nuestra vida cotidiana. Cualquier tipo de conocimiento que no sea puesto en práctica es un «pecado» por omisión. Es más, cualquier tipo de conocimiento teórico que no sea actualizado en nuestra vida, jamás podrá convertirse en una parte de la consciencia a nivel anímico.

Por ejemplo, a lo largo de los años, gran número de personas han expresado el interés suscitado por la filosofía que se desprende de las lecturas, por haber comprendido «el verdadero sentido de la vida». El conocimiento de esta premisa

nos brinda la posibilidad de saber que nosotros modelamos y conformamos constantemente nuestro futuro; de que somos responsables de nuestra relación con nosotros mismos, con los demás y con nuestro Dios; de que deberíamos ser más conscientes de nuestros pensamientos, nuestras obras y nuestra interacción con los demás. Si dicho conocimiento nos persuade de cambiar positivamente nuestra vida, formará parte de nuestra consciencia anímica en futuras experiencias. Sin embargo, si dicha premisa sólo tiene carácter epistemológico, no surtirá efecto alguno en nuestra vida y, por tanto, no transformará nuestra consciencia interior:

> La correcta comprensión de cualquier ley integra dicha ley en la entidad y, puesto que el propósito del desarrollo físico es lograr la comprensión de las leyes universales, el conocimiento adquirido, y que constituye una parte de la entidad, favorece el desarrollo. [...] De ahí, la imperiosa necesidad de seguir Su consejo: «Hijo mío, comprende todo cuanto te sea dado», y de aplicar prácticamente cuanto haya comprendido. (*900-25*)

Puesto que el efecto de la verdadera comprensión no es otro que despertar la consciencia de la fe, Cayce afirma que, gracias a dicha comprensión, el hombre «puede mover montañas» (*262-19*).

Percibir las virtudes conduce a una mayor comprensión

La mayoría de nosotros perdemos tiempo y energía juzgando y criticando a los demás. Ya sea interna o externamen-

te, este tipo de ejercicio crítico está determinado por nuestra percepción personal. Nuestro espíritu crítico tiene más propensión a juzgar lo negativo que lo positivo.

Juzgar a los demás en lugar de comprender que también ellos poseen en su interior la misma llama divina que nosotros, ha sido y sigue siendo una tendencia humana negativa. Puesto que a menudo olvidamos que todo cuanto llevamos a cabo, sea positivo o negativo, repercute directamente en nuestra consciencia individual, Cayce advierte:

> Supongamos por un momento que Dios contemplara el interior de su corazón, como usted contempla la vida de sus semejantes. Considérelo. Piense en ello. (*254-68*)

Resulta aleccionador considerar qué ocurriría si nuestro Creador nos juzgara de la misma forma que nosotros juzgamos a los demás. Sin embargo, en lugar de condenar nuestros errores, deberíamos cambiar la visión que tenemos de nosotros mismos y de los demás. Por lo que a la percepción individual se refiere, las lecturas sugieren la importancia de «minimizar los errores y magnificar las virtudes» de todos aquellos con quienes nos relacionemos:

> ... debemos minimizar las faltas y magnificar las virtudes. Éste es el principio que la entidad debería observar mientras prosigue su búsqueda de nuevas oportunidades. Deje de hallar las faltas en los demás y ellos a su vez dejaran de hallar sus faltas. Éste es el primer principio a adoptar en la nueva vida. Así pues, que reconocer las capacidades tanto como las faltas, se convierta en la máxima de su experiencia. (*3544-1*)

¿Cuántas veces nos detenemos a pensar y reflexionar acerca de las virtudes de una persona en lugar de criticar sus defectos?

Pero, además de percibir las virtudes de aquellos con quienes hayamos tenido algún conflicto personal, las lecturas señalan que no debemos condenar a nadie. Esta premisa puede resultar difícil de aplicar cuando estamos convencidos de que alguien ha obrado en contra nuestra o en contra de otra persona. Sin embargo, al margen de cuanto haya podido hacer una persona, sigue siendo un hijo de Dios. En la Biblia se nos dice: «No juzguéis, para que no seáis juzgados» (Mt 7,1). Si desconocemos el verdadero motivo que impulsó a un individuo a obrar de cierto modo, nuestra condena es injustificada. Exaltar las virtudes no significa aprobar un comportamiento negativo o criminal, sino evitar los rencores personales. La bondad puede ser hallada y cultivada en cualquiera de nosotros, lo único que necesitamos es saber cómo buscarla.

Puesto que la virtud está asociada con la pureza, queda al margen de cualquier criticismo o prejuicio. Dependiendo de la circunstancia, percibir la virtud debería ser tan simple como descubrir el lado positivo que contemplan los demás o, al menos, no participar en el ejercicio de la critica ajena. Aunque no siempre tengamos éxito en el intento, las lecturas sugieren que obrar correctamente repercute positivamente en la evolución de la consciencia y la comprensión.

La unidad como actividad del espíritu

Nuestra unidad interior es alcanzable gracias a la virtud y la comprensión. La clave para descubrir dicha unidad es despertar a nuestra esencia espiritual innata. En general, la

naturaleza sigue este mismo principio. La belleza de la rosa es exterior, sin embargo su modelo de unidad reside en su propia semilla. Este ejemplo ilustra también la naturaleza interior de nuestra unidad. Vivir actualizando los frutos del espíritu nos permite despertar a nuestra propia naturaleza divina. En lo más profundo de nuestro ser subyace el deseo de alcanzar la unidad. Todos poseemos el modelo, e incluso el anhelo, de llegar a ser todo cuanto esté en nuestra mano. Pero para alcanzar dicha meta debemos avanzar gradualmente y sin prisa alguna:

> La virtud y la comprensión tratan del yo y la relación de éste con las Fuerzas Creativas, o Dios. Así pues, tanto la virtud como la comprensión son el reflejo del propio yo, no de los errores de los demás. Juzgue a su yo en función de su propia comprensión y virtud, no en función de los demás, pues ambas actitudes emanan del espíritu y deben ser juzgadas por éste. «No juzguéis, para que no seáis juzgados.» (*262-19*)

La virtud y la comprensión son los eslabones que median entre nosotros y las Fuerzas Creativas. A través de la virtud y de la comprensión, las leyes espirituales de Dios se actualizan en el mundo físico. Cuanto mayor sea nuestro deseo por convertirnos en canales de Su amor y de Sus bendiciones para con los demás, mayor será Su presencia entre nosotros, mayor será el flujo de Su poder en nosotros. Cuando nuestro Hermano Mayor, Jesús, dio de comer a cinco mil personas con tan sólo cinco hogazas de pan y dos peces, demostró poseer una auténtica comprensión de las leyes de Dios. De hecho, Su comprensión era tan amplia que, no sólo abasteció las necesidades de aquellas cinco mil personas, sino que despertó su consciencia. Hay algunos que consideran que este episodio

protagonizado por Jesús fue un milagro, sin embargo, en el sentido más amplio del término, un milagro es sólo el despliegue de las leyes de Dios.

La virtud y la comprensión son indispensables para cualquier actividad espiritual. La virtud y la comprensión proporcionan a nuestra vida esa fuerza que modela y conforma la consciencia de todo cuanto vemos, hacemos y pensamos. La virtud posee la legalidad espiritual de Dios manifiesta en la tierra. La virtud fortalece el conocimiento que tenemos de nuestro Creador y aumenta nuestra fe en Él. La comprensión, por su parte, es un camino recto basado en las leyes universales y en el amor de Dios. La virtud y la comprensión constituyen el fundamento de una nueva forma de vida, una perspectiva que sostiene que somos seres espirituales en la tierra, no sólo criaturas mentales y físicas.

Haga cuanto sepa hacer

En la vida hay ocasiones en que, a pesar de nuestros logros o de nuestros fracasos, deseamos alcanzar un estadio más elevado. Puesto que nuestro estado natural es espiritual, el anhelo por experimentar un mayor acercamiento a Dios es innato. Esta proximidad la alcanzaremos cumpliendo Su voluntad. Precisamente este deseo innato de proximidad con nuestra fuente espiritual es el que conduce a la virtud y la comprensión. En realidad, nuestro camino se clarifica cuando cultivamos el sencillo propósito de materializar en la tierra la obra de Dios.

El poder del Creador puede despertar en cada uno el recuerdo de nuestra herencia común, ser Sus hijos. Nuestro yo interior aspira alcanzar esa consciencia que emerge cuando

moramos en Él. El alma, por sí misma, descubre su verdadera relación con el Creador. Este modelo interior de unidad aflora gracias a nuestra motivación espiritual:

> Lo que cuenta no es tanto cuanto uno sabe, sino cómo lo aplica; ser, hacer y pensar lo que al yo le sea indicado con constancia, coherencia y en función de las Fuerzas Creativas, que nos han prometido recompensar nuestra búsqueda. Sólo así, las fuerzas anímicas de aquel que busca alcanzarán su pleno desarrollo. (*270-33*)

Una de las premisas más citadas en las lecturas de Cayce es «haga cuanto sepa hacer y el resto se le dará por añadidura». A veces, la distancia entre el lugar donde nos hallamos y nuestro destino final nos resulta inconcebible. Sin embargo, las lecturas nos advierten que debemos avanzar gradualmente, paso a paso, línea tras línea, precepto tras precepto.

Saber cómo obrar bien y no hacerlo es quizá el mayor error, pues sólo avanzaremos si obramos en consecuencia. Eligiendo el bien y manifestando lo mejor que hay en nosotros lograremos desarrollar nuestra propia fuente espiritual. Sólo así seremos capaces de afrontar los retos de la vida y de seguir nuestro propio destino.

Conclusión

La virtud es el mejor atributo interior que nos caracteriza; es el fruto del espíritu, una parte de nuestro verdadero ser. Nuestras virtudes revelan el auténtico potencial innato que espera ser actualizado. Cuando trascendemos el conocimiento de los hechos empíricos y lo convertimos en la expresión de

nuestro verdadero ser, participamos de la auténtica comprensión. Virtud y comprensión son, pues, los dos valores morales prácticos por excelencia. La virtud y la comprensión nos hacen ser conscientes de que Él es nuestro modelo y de que Él obrará en nosotros siempre que estemos dispuestos a ser su canal de bendición. Debemos ser persistentes y consecuentes en nuestra actividad diaria. Poner en práctica las obras del espíritu, participar activamente del amor, la ternura, el perdón y la paciencia nos ayuda a transformarnos y a cambiar el mundo que nos rodea:

> Lo que cuenta no es lo que uno sabe sino cómo aplica gradualmente, paso a paso, línea tras línea, precepto tras precepto, dicho conocimiento. Porque, a medida que aplicamos dicho conocimiento en nuestra experiencia, crecemos en gracia, entendimiento y comprensión y avanzamos por el camino recto. (*954-4*)

Si nos mantenemos firmes en el mundo, si no juzgamos a los demás, si no nos alejamos de la armonía propia de la ley espiritual divina y si dirigimos nuestra mirada hacia la Luz, avanzaremos por el camino de la virtud y la comprensión; hallaremos el amor en nosotros mismos, en los demás y en nuestro Creador; descubriremos que el fin de nuestro tránsito por la tierra nada tiene que ver con afrontar retos, satisfacer deseos y necesidades, sino con desarrollar el espíritu divino de servicio; comprenderemos que cada uno de nosotros es una parte de la Totalidad.

Con la adecuada motivación, la bondad de la que participemos a través de nuestras obras irá conformando nuestro ser. A través de nuestras obras y nuestros pensamientos desinteresados alcanzaremos gradualmente un estadio conscien-

te superior. Sólo cuando nos veamos a nosotros mismos con los ojos de nuestro Creador, seremos conscientes de caminar por la senda de la virtud y la comprensión:

> Viva cada día incrementando su yo interior, lo mejor de usted mismo, su propia alma. Si así lo hace, su fortaleza, comprensión y virtud harán su vida más gozosa. (*1745-1*)

LECCIÓN SEIS

Fraternidad

... pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. (Jr 31,33)

Afirmación para la meditación

¡Cuán excelso es vuestro nombre en la tierra, Oh, Señor! Anhelo ser vuestro compañero, pero sé que primero debo mostrarme fraternal con mi semejante. Pues, si no me acerco a mi hermano con humildad, a pesar de la oración y la meditación, jamás podré elevarme hacia Vos. ¡Ayudadme, pues, en mi lucha por acercarme a Vos! (*262-21*)

Fraternidad

Introducción

> El imperativo de la fraternidad es obrar con los demás tal y como desea que los demás obren con usted. De no cumplirlo, jamás podrá complacer a Dios. (*262-22*)

> Que tu consigna sea: «Soy el guardián de mi hermano.» ¿Quién es su hermano? Sea quien sea, ya sea blanco o negro, joven o viejo, rey o presidente, lleva impresa la huella del Hacedor en la tierra. Todos los hombres son sus hermanos. (*2780-3*)

Edgar Cayce nos dice que, desde el principio de los tiempos, hemos estado siempre, a pesar de no ser conscientes de ello, en contacto directo con Dios. Parte de nuestra herencia es experimentar dicha relación con nuestro Creador a través de la comprensión consciente de nuestra interacción con los demás. Uno de los aspectos más importantes de la transformación personal es ser plenamente conscientes del vínculo fraternal inherente a todo ser humano. Dicho vínculo común no es otro que formar parte de una comunidad espiritual. Puesto que Él es nuestro creador, todos integramos

la misma Totalidad. Desde la perspectiva de las lecturas, esta conexión espiritual aspira manifestarse en la tierra.

En lo más profundo de cada individuo subyace la consciencia de un buscador nato. Todos anhelamos conseguir que en nuestra comunidad espiritual reine la fraternidad. Dentro de cada uno de nosotros reside un modelo de unidad que avanza hacia la búsqueda de la plenitud, el servicio y el amor hacia los demás. Al entrar en armonía con dicho modelo, logramos alcanzar la plena realización de la verdadera fraternidad. Esta llama interior nos impele hacia el grado más alto de plenitud posible en la íntima relación que mantenemos con nuestro Creador. Sin embargo, debido a nuestra limitada comprensión de este deseo espiritual, solemos tratar de satisfacer dicho anhelo de forma material o superficial, lo que aumenta nuestra sensación de vacío interior. Porque ese deseo fraternal al que el alma aspira, sólo puede ser satisfecho a través de las manifestaciones del espíritu: el altruismo, el servicio y el amor.

La fraternidad es la plena realización de nuestra conexión con los demás y nuestro vínculo con Dios. A medida que somos más conscientes de esta relación, comprendemos nuestra obligación para con todos los individuos que integran la comunidad mundial. Cuando alcanzamos comprender que Él se halla tanto en nosotros como en los demás, despertamos a nuestro verdadero ser. Cuando permitimos que el amor de nuestro Creador fluya a través de nosotros, descubrimos en los demás ese vínculo que nos une en tanto que seres humanos, nuestra común y más profunda conexión espiritual. Gracias a ella, gracias a la fraternidad, somos conscientes de nuestra estrecha unión con todos los hijos de Dios.

Nuestra responsabilidad hacia los demás

Edgar Cayce creía que llegaría un día en la historia del mundo en el que el hombre sería plenamente consciente de su responsabilidad hacia el prójimo. En respuesta a la pregunta bíblica: «¿Acaso soy el guardián de mi hermano?», la respuesta debería ser un «sí» rotundo. El mundo es una comunidad de la que todos formamos parte. Aunque nuestro «hermano» se halle en las antípodas, somos responsables de todo cuanto podamos hacer para relacionarnos con él.

Desde un punto de vista práctico, ¿qué papel debemos representar a la hora de escenificar el plan divino? Cada uno de nosotros cuenta con misiones y oportunidades particulares para ayudar a los demás. Al margen de nuestra situación o circunstancias, siempre podemos ser serviciales con nuestros semejantes. El estar al servicio de los demás no significa tener que llevar a cabo obras extraordinarias o participar en la vida de cientos de personas. Siguiendo el modelo de Jesús, debemos tratar a los demás con paciencia, ternura, compasión y amor. Por ínfima que pueda resultar nuestra acción, en tanto que canales del amor de Dios, cuanto hagamos por nuestros semejantes será siempre la manifestación de la voluntad del Creador en el mundo material:

> Salvo que cada entidad anímica (y esta entidad en especial) conforme, a través de la palabra y las obras, un mundo mejor, más lleno de esperanza, un poco más paciente, más fraternal, más digno y más compasivo, la vida es un fracaso. Aunque logre tener el mundo en sus manos, cuán baja será su autoestima, si olvida el propósito por el cual el alma comenzó esta particular travesía. No se sobreestime, pero tampoco se infravalore, pues nadie le conoce mejor que usted

> mismo. El autoconocimiento no es egoísmo si encamina su vida al servicio de los demás. ¿Quién es el más grande? Aquel que es siervo de todos, el que contribuye para que toda alma sienta la alegría de vivir, la alegría de tener la oportunidad de estar al servicio de su semejante. (*3420-1*)

Al igual que un padre ama incondicionalmente a sus hijos, Dios nos brinda en todo momento su compasión y manifiesta en la tierra su ayuda y amor incondicional a través de nosotros. Cuando no somos capaces de perdonar a nuestro semejante, de mostrarnos compasivos con él o de ofrecerle ternura, incumplimos nuestra responsabilidad en la tierra, obramos en contra de la comunidad espiritual a la que pertenecemos, incumplimos nuestras obligaciones como hijos de Dios. Cayce sugiere que, mientras estemos vivos, tenemos la oportunidad de estar siempre al servicio de los demás.

Ver en nuestros hermanos la llama de la bondad depende enteramente de nosotros. Si somos capaces de minimizar los errores de los demás y de magnificar sus virtudes, de comprender que incluso nuestro peor «enemigo» tiene amigos, nuestra interacción con los demás mejorará sobremanera. Esto no significa que debamos aceptar ciegamente la forma de actuar o de pensar de otra persona, sino que debemos verlos con los ojos de nuestro Creador. Al hacerlo, descubriremos que todo ser humano es digno de nuestro amor, ternura, compasión, consejos y ayuda:

> No empezará a pensar correctamente hasta ver en la vida de aquellos a quienes desprecia, alguna de las cualidades de su Hacedor. Porque cada entidad anímica en la tierra, sea cual sea su forma o color, o posea alguna desfiguración corporal o mental, vive en ella por la gracia de Dios. Porque Él no desea que ningún alma perezca ha preparado una vía de es-

cape. Y a usted, en tanto que siervo e hijo del Dios viviente, le ha brindado la oportunidad de contribuir al bienestar de incluso aquellos que considera indignos de tener dicha oportunidad. Así pues, si humilla a los demás, ¿qué clase de árbol florecerá en su propio corazón? Si lo hace, usted también será humillado. (3575-2)

Contemplar el bien en los demás también nos permite ayudarles a reconocer la fuerza interior que poseen.

Debemos amar a nuestros semejantes tal y como nos ama nuestro Creador. Todo ser humano, al margen de su raza, credo y cultura, forma parte de nosotros y, en consecuencia, de la Totalidad. Todos somos miembros de la misma comunidad. Todos somos hijos de Dios.

–Describa la diferencia entre fraternidad y hermandad.

–La primera es una capacidad divina, la segunda, humana. (262-22)

Nuestra relación con Dios

¿Hay algo más hermoso que la armonía de una comunidad de hermanos unidos en la tierra por el amor de Dios? Aunque, a tenor de las circunstancias actuales, pueda resultar utópico, las lecturas confirman que el destino del género humano es la fraternidad universal. Ante un mundo aparentemente fragmentado pero que, según Cayce, comparte un ideal común, el primer grupo de estudio, le preguntó: «¿Puede haber hermandad entre los hombres sin auténtica fraternidad?» Y él respondió:

> La fraternidad es, en primer lugar, hermandad, un modelo, o una sombra de la primera. Porque, tal y como se nos dijo en un principio, todo cuanto se manifiesta en el mundo material es una mero reflejo o sombra de la vida real o espiritual. La hermandad es, pues, la expresión de la fraternidad que existe en la vida espiritual. (*262-23*)

Las lecturas indican que dicha unidad, el orden unitario de Dios, ha existido siempre en el plano espiritual y que nuestra misión es aportar dicha consciencia en el mundo material. Independientemente del lugar en el que nos hallemos, tenemos la oportunidad de empezar hoy mismo a manifestar el amor, a compartir la fraternidad y el espíritu comunitario que une al género humano en nuestro hogar, nuestro lugar de trabajo y nuestro entorno habitual. Las lecturas señalan que, a pesar de nuestra limitada perspectiva, el efecto que dichas obras ejercen en los demás y en nuestro propio corazón es ilimitado:

> Recordad una de las promesas de las Fuerzas Creativas o Dios a los hijos de los hombres: «Si sois mis hijos, entonces yo seré vuestro Dios.» Puesto que se trata de una promesa individual, los propósitos particulares preparan su alma para que ésta halle la morada de toda alma, la mente del Dios viviente. (*1436-1*)

Cuanto más nos acerquemos los unos a los otros con ese espíritu de fraternidad que nos caracteriza, más patente será la presencia de nuestro Creador en nosotros y en nuestra comunidad.

Generación tras generación, la principal necesidad del ser humano ha sido, y sigue siendo, comprender la auténtica relación que nos une a los demás y a nuestro Creador. Puesto

que Dios es inmanente a sus criaturas, el vínculo que nos une a nuestros semejantes es el mismo que nos une a Él. Nuestras almas fueron creadas a su imagen y semejanza. Nuestra naturaleza no es sólo física, sino también espiritual. Somos almas que viven en el mundo material. En las Escrituras leemos: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40). Las lecturas señalan que nuestra interacción con los demás es, de hecho, la mejor forma de servir a Dios y estar en armonía con Él.

> Ésta es la herencia natural de toda alma. Así pues, aplíquela y practíquela en sus quehaceres cotidianos, en su relación diaria con los demás, pues contiene en sí misma la consciencia y equilibrio precisos para alcanzar una mayor consciencia y un mayor equilibrio. Esto, tal como hemos indicado, debe hacerlo día a día, paso a paso, línea tras línea y precepto tras precepto. Pero no rutinariamente, sino como una nueva experiencia que se integra en su yo, que siente, percibe y conoce a través de sus actividades diarias. Una palabra amable, incluso ante circunstancias adversas, no sólo equilibra su propio yo, también el de los demás. Al igual que cambiamos el volumen de un aparato de radio para escuchar mejor la sintonía, debemos prestar atención a la voz de nuestra consciencia para poder escuchar mejor la de los demás. (*877-6*)

Al hilo de la analogía empleada por Cayce, del mismo modo que resulta imposible escuchar una emisión radiofónica sin sintonizar adecuadamente la frecuencia de onda de nuestro receptor, es imposible amar verdaderamente a Dios y no albergar amor por una de sus criaturas. El amor y el odio no pueden residir en el mismo corazón.

Cada persona tiene la oportunidad de ser una parte de la transformación espiritual de la tierra, aunque nuestra implicación en dicho cambio esté directamente determinada por nuestro particular deseo de transformación. Cuando reflexionamos acerca de cómo nos relacionamos con los demás, advertimos que no siempre hacemos lo posible por alcanzar nuestro objetivo común. Sólo siendo conscientes del espíritu divino inherente a nosotros percibiremos el mundo, a nosotros mismos y a los demás de la misma forma que Dios lo hace. Las lecturas señalan que la oración y la meditación son esenciales para alcanzar dicha consciencia de lo divino. Sintonizar con nuestro Creador nos permitirá percibir la armonía de su presencia en nuestra vida. La relación fraternal que nos une a Dios favorece nuestra evolución personal a través de los demás.

¿Cómo podemos realmente conocer a nuestro Dios? Desde la perspectiva de Cayce, la respuesta es muy sencilla: relacionándose con los demás y tratando de ayudarles siempre.

La responsabilidad de la comunidad

A menudo, y a causa de la presión diaria de nuestro quehacer cotidiano, olvidamos reflexionar acerca de la importancia de vivir en comunidad. En nuestro afán por alcanzar metas materiales, a veces ni siquiera somos capaces de escuchar a los demás, de esbozar una sonrisa sincera o, simplemente, de disfrutar de la presencia de la persona que se cruza en nuestro camino. Debido a nuestra relación con Dios, somos responsables de nuestros semejantes. Dicha obligación no se reduce única y exclusivamente a aquellos a quienes amamos y nos corresponden, es un deber extensible a todo el

género humano. Las lecturas nos recuerdan que si el Creador perdona nuestros errores y carencias y nos brinda en todo momento su amor incondicional, también nosotros debemos obrar en consecuencia. Cuanto más conscientes seamos de nuestras obligaciones para con nosotros mismos, con Dios y con los demás, mayor será nuestra capacidad de alcanzar el verdadero espíritu y sentido de la comunidad.

Aunque pueda resultarnos difícil, debemos confiar siempre en las promesas de Dios y en el modo a través del cual Su presencia se manifiesta a nosotros. Si alguna vez no sintonizamos con la armonía de los demás o con la de Dios, debemos buscar la causa en nosotros mismos, pues Él nunca nos obligará a hacer algo que sobrepase nuestras posibilidades:

> La fraternidad debe ser el reto de cada uno de los miembros de la misma comunidad, porque con la aplicación de la experiencia individual se contribuye a mejorar la experiencia colectiva. Si uno de los integrantes de un grupo no experimenta por sí mismo dicha fraternidad, sus esfuerzos por relacionarse con el Hacedor y su comunidad serán en vano. Así pues, cumpla sincera y razonablemente con su propósito, caminando por la senda que le acerca cada vez más a Él y recuerde sus palabras: «Si sois mi pueblo, yo seré vuestro Dios.» Porque Él trata de manifestarse en todos nosotros, es una fuerza activa que ha unido, a través de los siglos, a todos los pueblos que se han relacionado fraternalmente con Él. Porque Él creó las Pléyades, dispuso las bandas de Orión, las profundas aguas que bañan la tierra, infundió aliento en la vida de todas las criaturas y unificó las fuerzas creativas que producen la armonía de las esferas. Él, cuyo nombre es el Señor. (*262-23*)

Si somos conscientes de que la parte más profunda de nuestro ser es una unidad y de que el Creador de todo cuanto existe ha predestinado nuestro destino, ¿cómo podemos continuar creyendo que el género humano es incapaz de alcanzar la auténtica fraternidad? Si el amor del Creador está destinado a fluir y manifestarse en la tierra, ¿cuándo empezaremos a participar en su obra?

Todos aquellos que compartimos el espíritu comunitario de Dios tenemos un deber, todos los que conocemos su espíritu fraternal tenemos una obligación. Salvo que logremos, a través de nuestros pensamientos, palabras y obras, que nuestro mundo sea un poco mejor, un mundo más esperanzado y paciente, un mundo en el que reine el amor y la comprensión, no conseguiremos compartir con los demás la herencia de nuestra común fraternidad espiritual. Será, sin duda, una ardua tarea para todos, pero la fraternidad y la hermandad innatas en el corazón y en el alma de cada individuo guiarán al mundo hacia un nuevo milenio. Sin embargo, para que el mundo participe de la paz y la bondad universales, primero es necesario vivirlas personalmente. ¿Estamos realmente cumpliendo con nuestra parte para conseguir dicha transformación?

Conclusión

El espíritu de la fraternidad está aún por manifestarse en nuestra vida, porque hemos olvidado el fin para el que fuimos creados: ser compañeros y coautores con Dios, ser canales de Su amor en la tierra y estar siempre al servicio de quienes necesiten nuestra ayuda. En tanto que hijos de Dios, todos tenemos la oportunidad de alcanzar la plena consciencia de

nuestra relación con Él. Pero, en última instancia, dicha consciencia sólo crece y se desarrolla a través de nuestra interacción con lo demás, ya que sólo a través de esa relación podemos demostrar haber alcanzado el pleno conocimiento de Dios.

Cayce solía afirmar que hasta que los hombres fueran capaces de percibir la luz del Creador en sus enemigos, jamás lograrían pensar con rectitud. «Pensar con rectitud» forma parte de ese modelo de unidad que reside en lo más profundo de nuestro yo interior. Cuando, en nuestra relación con los demás, nos invada la confusión o se nos presente alguna dificultad, debemos recordar la vida ejemplar de Jesús:

> Todavía suele haber en la propia consciencia de la entidad la duda de si, en su trato con los demás, su elección ha sido o no correcta. En tales ocasiones, recuerde la vida de Jesús y cómo resolvió sus problemas cotidianos. Recuerde que, al entregar Su vida al servicio de los demás, interpretando correctamente Su propósito en la tierra, reconoció que satisfacer las necesidades de toda alma era cumplirlo plenamente. Sólo en Él, a través de Él y por Él, se logra la verdadera hermandad, la verdadera fraternidad, la verdadera relación de las Fuerzas Creativas o Dios. (*3357-2*)

La verdadera fraternidad potencia y consolida nuestra relación con los demás y con Dios.

El mundo anhela participar de nuestro amor. Siendo conscientes de ello, ¿cómo podemos seguir siendo todavía críticos y egoístas con los demás? Debemos ser amigos de los que, alguna vez, llamamos enemigos; debemos mirarles con los ojos del amor, desear que ellos también estén en sintonía con el Creador. En nuestro esfuerzo gradual por lograr la transformación espiritual, conseguiremos conocernos mejor a

nosotros mismos y a los demás, que nuestra motivación espiritual sea mucho más profunda, que nuestra fe se fortalezca, conseguiremos manifestar las cualidades de la virtud y la comprensión, así como ser más conscientes de nuestra comunión con Dios y el mundo. Si somos capaces de percibir y practicar el verdadero espíritu de la fraternidad, deberemos confiar en Su gran mandamiento: «Amaos los unos a los otros», pues sólo amando a los demás conseguiremos que la fraternidad universal de Dios se manifieste plenamente en la tierra.

LECCIÓN SIETE

Paciencia

Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas. (Lc 21,19)

Afirmación para la meditación

¡Cuán excelsa es Vuestra presencia en la tierra, Oh, Señor! Sed nuestro guía para que, con paciencia, podamos seguir el camino dispuesto por Vos, el Autor, el Dador de luz. (*262-24*)

Paciencia

Introducción

> La paciencia es esa actividad mental, física y espiritualmente necesaria que amplía el conocimiento de las actividades propias del yo, ya sea la actitud correcta con la que abraza un ideal, la fe en la propia fe o en las obras, la virtud como comprensión o como conjunto de reglas a seguir, o bien cooperando en la experiencia de los demás. De hecho, como veremos, esta lección debe ser la síntesis de la experiencia que los individuos han adquirido entregándose a los demás y en sus actividades diarias. (*262-25*)

En un mundo tan obsesionado por el éxito personal y limitado por el tiempo, ser paciente no resulta fácil. A pesar de que la paciencia es la síntesis de las lecciones anteriores, a menudo solemos identificarla con la pasividad o la sumisión; sin embargo, nada más lejos de la realidad. Desde la perspectiva de las lecturas, la paciencia no es mera aceptación sino una actividad consciente:

> Esto no es ser paciente, porque la paciencia no es ni pasiva ni negativa; es una influencia constructiva, una fuerza

> positiva activa. Porque, si le hieren en la mejilla, ¿acaso dijo Él que se vengara? No, le aconsejó que pusiera la otra mejilla. Sea paciente pero activo; sea activo en sus relaciones con sus semejantes. (*815-12*)

La paciencia no es receptiva sino activa.

A veces la gente cree que la paciencia y la tolerancia son sinónimos. Mientras que la tolerancia es aceptar la apariencia de las cosas, la paciencia requiere ser activamente consciente de las causas que determinan una situación. En este sentido, Cayce sugiere que, en lugar de un estado mental pasivo, la auténtica paciencia es una actividad corporal, mental y anímica que propicia que el amor de Dios, sus leyes y su eterna presencia llenen nuestra vida. Desde esta perspectiva, la paciencia es la fuerza que subyace a toda manifestación espiritual en la tierra, la piedra angular de la evolución espiritual. Gracias a la paciencia nuestra motivación espiritual evoluciona hasta llegar a ser nuestra respuesta consciente a la vida diaria. La paciencia actualiza nuestro espíritu de servicio y nos convierte en canales de bendiciones para los demás.

Según las lecturas, la paciencia es la verdadera esencia de Dios. Dios es el Dios de la paciencia y Su deseo es que todos lleguemos a ser conscientes de la Luz, aunque tardemos siglos en conseguirlo. La paciencia nos proporciona el sentido de nuestra propia eternidad. La paciencia es la expresión natural de esa parte de la mente divina inmanente a nosotros:

> Aprenda a ser paciente si quiere ser comprensivo, si quiere que esta experiencia sea armónica y plena de gracia. «Porque siendo pacientes estaréis en posesión de vuestras almas.» Cuando los individuos se impacientan y desean satisfacer su propia voluntad, se alejan de su naturaleza divina y más manifiestan su naturaleza humana y su instinto animal. (*1201-2*)

La paciencia despierta la parte divina de nuestro ser. La paciencia es amor en acción.

Evolución de la paciencia

La evolución de la paciencia requiere equilibrio (que logramos a través de la meditación, la oración y la introspección), constancia y ser consciente de cómo reaccionamos ante el mundo que nos rodea y cómo deberíamos realmente obrar:

> Aplicando esto, no alcanzará grandes metas, pero, tal y como Él dijo, conocerá su propia alma: «Porque siendo pacientes estaréis en posesión de vuestras almas.» La paciencia no significa no exaltarse o ser tolerante, pues la tolerancia y la paciencia son, en sus respectivos ámbitos de actividad, polos tan opuestos como el amor y el odio. La paciencia es llegar a ser consciente de la causa que impele a tu experiencia, mientras que la tolerancia significa saber mantener la boca cerrada en determinadas circunstancias. Así pues, en relación a sus actividades, ser paciente no sólo mejorará su experiencia, sino que le ayudará a afrontar con alegría sus quehaceres cotidianos. (*451-3*)

Ser paciente es trascender las respuestas reactivas de la gente, de la vida y sus circunstancias y actuar con los demás mostrando siempre lo mejor de nosotros. La paciencia es decir y hacer lo que debemos, no lo que queremos. Ser paciente es mucho más que ser amable o tolerante con los demás. Si tolerar es aceptar a la gente tal como es (o, por lo menos, no juzgar verbalmente a los demás), ser paciente es

descubrir en nuestros semejantes una parte de la herencia divina que todos compartimos:

> –¿Ser paciente es dejar de ver los errores en los demás?
> –Adquirimos paciencia cuando vemos, incluso en las faltas de los demás, aquel a quien adoramos. (*262-24*)

Dicho estado de consciencia es innato y debe actualizarse a través del equilibrio, la práctica, la consciencia y la paciencia.

Las lecturas señalan que el objetivo esencial de la vida es aprender a ser paciente. Es más, incluso nos enseñan que enfrentarnos a situaciones adversas es siempre una buena oportunidad para aprender a serlo. En respuesta a aquellos que desean ver resultados inmediatos, Cayce advierte:

> Tómese su tiempo, sea paciente. Hace años que el mundo está alterado. No espere sanar repentinamente y para siempre. Pues el cuerpo, la vida y el ser de toda entidad está en continuo desarrollo, de lo contrario la vida carecería de sentido. Sea paciente, sea constante, sea perseverante. (*716-3*)

En lugar de asumir que la paciencia es un proceso continuo de crecimiento y evolución, la mayoría de nosotros deseamos resultados inmediatos. Para ilustrar que la paciencia es una actitud que requiere tiempo, fe y perseverancia, Cayce la compara con una semilla. Sin embargo, ser paciente no debe confundirse con aguardar pasivamente a que la semilla dé sus frutos sin nuestra intervención activa:

> No se siente a esperar. Haga algo respecto al yo y sus capacidades para reaccionar mental y físicamente ante cualquier experiencia. (*529-1*)

> La definición de entidad es ser paciente, pero activa y positivamente. Superar las dificultades o censurar a los demás no es necesariamente ser paciente. Es posible que la rutina no le satisfaga, ni satisfaga a los demás, porque la monotonía es sinónimo de pasividad. La paciencia pasiva no puede descartarse categóricamente, sin embargo, si tenemos en cuenta los preceptos que rigen la relación de Dios con el hombre, la paciencia es el amor ilimitado. El amor manifiesto es paciencia. Saber resistir es ser paciente, ser constante es ser paciente. (*3161-1*)

La paciencia es una actitud que evoluciona si manifestamos, con constancia y perseverancia, la actividad de Dios en la tierra. En otras palabras, siempre que el espíritu de servicio, el amor y la compasión sean el ideal que impere en nuestra relación con los demás. La paciencia es, pues, una actitud consciente que reside en la motivación espiritual.

Puesto que la paciencia es la base del desarrollo espiritual, debe llegar a ser una fuerza activa que emerja en cualquier circunstancia de nuestra vida. La paciencia contempla la experiencia como condición necesaria e indispensable para el desarrollo personal. En este sentido, cualquier reto al que tengamos que enfrentarnos será una oportunidad para demostrar que somos conscientes de Sus leyes en la tierra. Pero ¿cómo sabremos que nuestra paciencia ha alcanzado su pleno desarrollo? Cuando seamos capaces de reconocer a Dios en los demás, cuando seamos plenamente conscientes de que nuestros pensamientos, palabras y obras tienen su origen en Él. La verdadera paciencia nos proporciona la paz de Su eterna presencia.

Ser pacientes con nosotros mismos y con los demás

Ser paciente con uno mismo implica ser consciente de que siempre hay algo más que aprender. Todos somos conscientes de cuánto pensamos acerca de nosotros mismos y de los demás, así como de nuestra forma de relacionarnos con nuestros semejantes. A través de la práctica de la paciencia podemos lograr que nuestra respuesta contenga lo mejor de nosotros. De hecho, hasta que nuestros pensamientos y obras no estén en sintonía con el modelo interior de Cristo, no lograremos ser realmente pacientes. Cuando somos pacientes con nosotros mismos, no experimentamos frustración ni decepción alguna al no alcanzar nuestras metas, antes bien todo lo contrario; la perseverancia y la voluntad nos impele a seguir luchando. Las lecturas a menudo señalan que nuestra responsabilidad es siempre «tratar» de hacer cuanto esté en nuestra mano ya que Dios es el último responsable del resultado de nuestro esfuerzo personal:

> Si hace cuanto debe hacer, hallará la paciencia en el yo. «He estado llamando todo el día y nadie me ha contestado.» ¿Buscaba acaso gratificar al yo o ser un canal de bendiciones para sus semejantes? Quizá, nadie le haya contestado e incluso es posible que, ante sus dificultades, alguien se haya burlado de usted. Sin embargo, en algún remoto paraje el sol sigue brillando, mientras que en otro el día declina; porque los que se cansan son siempre los que se han rendido. El Señor aborrece a los perezosos. La pereza es una tentación que refleja las limitaciones de su propio ser. Cuando se impacienta o profiere improperios porque alguien se ha burlado de sus esfuerzos, se hiere a sí mismo y crucifica de nuevo al Señor.

> Olvide los resultados, la corona, la gloria y el Señor le recompensará. Crea de todo corazón en usted mismo y sea paciente en sus pensamientos, palabras y obras. (*518-2*)

En última instancia, los únicos que podemos realmente cambiar somos nosotros mismos. En efecto, no podemos obligar a hacer a los demás lo que desearíamos que hicieran, pero sí tratarles tal como nos agradaría ser tratados.

Bajo la dinámica de toda relación humana subyace el principio básico «lo semejante atrae a lo semejante». Así pues, todo lo que deseemos recibir de los demás debemos potenciarlo en nosotros mismos. En otras palabras, si entregamos a los demás lo mejor de nosotros, recibiremos a cambio lo mejor de ellos:

> Cuanta más paciencia tenga el yo hacia los demás, más pacientes se mostrarán ellos con usted y, sin apenas advertirlo, las condiciones se habrán ajustado hasta tal punto que, su yo habrá adquirido la capacidad de adaptarse a cualquier circunstancia derivada de sus actividades. Sea paciente, pues, primero consigo mismo y luego con los demás. Esto no significa en modo alguno que la paciencia sea mera sumisión o pasividad, sino activa, pues el yo es consciente tanto de su propio yo como de los demás. Obligue al yo a hacer algo que le repugne e intente descubrir lo positivo de su acción. (*911-3*)

Las lecturas sostienen que cuando creemos que alguien nos ha hecho perder la paciencia es porque, en realidad, no hemos sabido ser pacientes con nosotros mismos.

Resulta fácil quedar atrapado en nuestras obligaciones diarias y olvidar la principal razón de nuestra vida, o lo que Cayce llama «la carrera de la vida». Cada día y en todo momento, tenemos la oportunidad de ser para los demás un ca-

nal de las actividades de Dios. Nuestro reto es albergar siempre la virtud de la paciencia, ser conscientes de que toda experiencia vital nos brinda la posibilidad de entrar en sintonía con Él. Hemos sido llamados para manifestar y exteriorizar lo mejor de nosotros. Éste es el verdadero camino que conduce a la unidad. El Creador aguarda paciente nuestro éxito.

La paciencia, un estado de consciencia

La mayoría de nosotros hemos tenido que enfrentarnos alguna vez a problemas que nos hacen dudar de nuestras propias capacidades; sin embargo, en ocasiones somos capaces de resolver mejor los problemas ajenos que los propios. Las lecturas sugieren que existe una diferencia entre tener conocimiento y poseer un auténtico estado de consciencia. Tener conocimiento implica poder utilizar o discriminar la información adquirida; ser consciente implica haber asumido una parte del verdadero estado de ser propio del individuo. Las lecciones aprendidas con paciencia pasan a formar parte de nuestra alma y perduran toda la eternidad. De hecho, cualquier lección aprendida con paciencia se convierte en una parte de nuestra consciencia hasta el punto de descubrir que podemos ser el modelo de los demás. Debemos intentar ser en todo momento pacientes con nosotros mismos y con los demás; no obstante, hasta que esta actitud no se convierta en un estado de consciencia, no la habremos desarrollado por completo:

> Para tener el mismo amor, la misma paciencia del Hacedor del mundo, debe mostrarse paciente con su hermano y, tal como a Él preguntó, cuestionarse cuántas veces tendrá que

> perdonar. ¿Siete veces? En efecto, setenta veces siete, hasta ser consciente de que su yo sabe perdonar. Siendo paciente se aprende a ser comprensivo. El conocimiento por si solo no es nada, pero el conocimiento del Señor se convierte en amor y en paciencia, para glorificar todo cuanto el Padre nos brinda en el mundo mental, material y espiritual. Levántese y contemple la gloria del Señor. Con paciencia será dueño de su alma. Cuanto más comprensivo sea en su interrelación con los demás, en el conocimiento de su propio yo, en las actividades de su yo, y más consciente sea de Su presencia en la experiencia, más paciente será en la vida, porque la experiencia, el corazón y el alma evolucionan al conocer Su presencia. (*262-24*)

Ser realmente pacientes nos proporciona un mayor grado de consciencia porque, a través de esta actitud, ponemos a prueba los límites de nuestra evolución personal. Ser pacientes nos permite aplicar correctamente nuestros conocimientos teóricos, contemplar las dificultades y retos de la vida como oportunidades para mejorar y evolucionar, comprender nuestra relación con el Creador, así como Su relación con nosotros. Gracias a la paciencia somos capaces de manifestar las virtudes del espíritu, pues sólo con paciencia lograremos ser dueños de nuestra alma.

La paciencia como dimensión

Cayce sostiene que nuestra consciencia del mundo está limitada por tres dimensiones. Por sorprendente que resulte, dichas dimensiones son el tiempo, el espacio y la paciencia. Desde la perspectiva de Cayce, el tiempo y el espacio permi-

ten al ser humano contemplar el resultado de sus propios pensamientos y obras; la paciencia, le otorga la consciencia de la continuidad de la vida y de la eternidad del alma. Estas tres dimensiones fueron creadas para que el género humano llegara y llegue a comprender su verdadera identidad y su relación con Dios:

> Así pues, descubriremos Su intervención en los intentos del hombre a través del tiempo y el espacio. Porque espacio y tiempo son dos partes del plano tridimensional. ¿Cuál es el tercero? Tiempo, espacio y paciencia. Porque Dios nos ha mostrado, día tras día, e incluso a través de su Hijo, que con paciencia llegamos a ser conscientes de nuestra alma, de nuestra identidad, de ser un corpúsculo del gran cuerpo, del corazón de nuestro Dios. (*262-114*)

Las lecturas sugieren que la paciencia, al igual que el tiempo y el espacio, no tiene principio ni fin. Es más, sostienen algo que a priori puede resultarnos incomprensible: que la única dimensión realmente existente es la paciencia, ya que el tiempo y el espacio no son más que las condiciones de la comprensión y la evolución:

> El tiempo, el espacio y la paciencia son imprescindibles, para lograr la evolución del alma. Como se ha dicho varias veces, no se llega al cielo volando en un avión, sino creciendo en gracia, en conocimiento, en comprensión y perfeccionando el yo interior a través de la práctica y aplicación de esas verdades que conducen a las actividades del espíritu, al desarrollo mental. (*2746-2*)

> Así pues, cuando la paciencia se manifiesta en el amor, no hay tiempo ni espacio. (*3161-1*)

En la Biblia se nos recuerda con frecuencia que «con paciencia poseeréis vuestra alma». Si consideramos la paciencia en tanto que dimensión, este consejo bíblico sugiere que la evolución de nuestra consciencia nos hará temporalmente conscientes de que la actividad del universo se rige por una única fuerza: la existencia de Dios.

Conclusión

Todos nos hallamos en el proceso de desarrollo que conduce a la comprensión de nuestra verdadera relación con Dios. Somos sus hijos espirituales y, como tales, anhelamos conocer nuestro ser en el mundo físico. La paciencia es el puente que une lo que somos y lo que, en última instancia, llegaremos a ser:

> Alégrese, tiene la oportunidad de vivir el presente y de conformar la naturaleza espiritual que debe regir el mundo. Alégrese por ello y agradézcaselo a Dios diariamente. (*2376-3*)

La paciencia es la actitud que determina nuestro propio desarrollo individual. Nos ayuda a conocer nuestras debilidades y a potenciar lo mejor que podemos ofrecer a los demás. Nos brinda la posibilidad de ser conscientes de nuestra vida interior, de poseer una clara perspectiva de cuanto podemos ser y una mejor comprensión de nuestra verdadera relación con nosotros mismos y con nuestros semejantes. En la medida en que comprendemos lo que realmente significa ser un canal de bendiciones, mayor es nuestra capacidad de lograr que el amor y las leyes de Dios, e incluso Su eterna presencia, se manifies-

te en la tierra a través de nosotros. Despertar a nuestro yo interior hace emerger nuestro modelo innato de unidad, la Consciencia de Cristo; nos hace comprender que el auténtico objetivo de nuestra experiencia vital es ser conscientes de nosotros mismos, descubrir el camino que conduce al ideal de unidad.

Puesto que Dios ha sido y es tan paciente con todos, debemos seguir su ejemplo y ser también pacientes con nosotros mismos y los demás. Cuando perdemos la paciencia o el autocontrol nos alejamos de ese ideal innato de unidad. La paciencia es amor en acción y, junto con la perseverancia, irradia armonía, fe, esperanza y todas las virtudes espirituales en nuestra vida y en las de aquellos con quienes nos relacionamos:

> Hoy es el día, el instante en el que todos los hombres deben ser pacientes los unos con los otros para ser uno con Él. Porque Él, con paciencia, soportó todo para tener acceso al Padre. Tenga fe en todo cuanto sabe hacer. Deje que los demás abracen el modelo del Maestro, de Cristo, que prefieran. No le importe que Él cene con ellos también. (*262-25*)

Lejos de ser un estado mental pasivo, la auténtica paciencia es una actividad consciente que permite que el amor de Dios, Sus leyes y Su eterna presencia reinen en nuestra vida. Cuando la paciencia se convierte en un estado de consciencia natural, dicha consciencia entra a formar parte de nuestro ser. A través de la paciencia podemos magnificar las virtudes de Dios –nuestro modelo propio de unidad– en nuestro quehacer cotidiano. Cualquier momento de nuestra vida posee el potencial de aproximarnos a quienes realmente somos, a la eternidad de nuestro ser. Las lecturas nos aconsejan ser constantes, perseverantes, pacientes. La paciencia nos ayudará a ser conscientes de nuestra alma.

LECCIÓN OCHO

La puerta abierta

Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. (Ap 3,20)

Afirmación para la meditación

Al igual que el Padre me conoce, así debo conocer al Padre, a través del Espíritu de Cristo, la puerta que conduce al reino del Padre. Mostradme el camino. (262-27)

La puerta abierta

Introducción

> ¿Quién ha aprendido a cooperar realmente con los demás? ¿Quién conoce lo suficientemente al yo para saber dónde se sitúa en relación con sus semejantes? ¿Quién ha dispuesto su ideal en Él? ¿Quién magnifica la fe en el Padre, en el Hijo, en pos de la verdad? ¿Quién permite que la virtud y la comprensión magnifiquen su vida, que la paciencia guíe el conocimiento del yo para que éste se desarrolle, día tras día, en la gracia y según la voluntad del Señor? Quien abra la puerta para que Él pueda entrar y se siente a cenar a su mesa. (*262-28*)

Así como las flores embellecen su entorno, también nosotros poseemos la capacidad, incluso el derecho innato, de iluminar nuestra propia esfera de acción. En efecto, todo individuo está capacitado para mejorar el mundo en que vivimos. A pesar del desconcierto mundial, luchar por un mundo mejor no es una utopía inalcanzable porque Dios ha dispuesto un plan para que confluyan positivamente todas las condiciones que posibilitarán dicho cambio:

> Piense en el color y la belleza de los lirios al brotar o en las diminutas violetas cuyo olor perfuma hasta incluso el corazón de Dios. Piense en la rosa al abrir sus pétalos a la luz del sol o a las gotas de lluvia... ¿Por qué la gente no aprende de las flores a crecer en amor y belleza sea cual sea su entorno? Aprenda pues de las flores que usted también puede hacer que el lugar donde vive sea más hermoso. (*5122-1*)

Seamos o no conscientes de ello, el modelo de Unidad, el modelo de la consciencia de Cristo, aguarda para manifestarse en nuestra vida. Sólo a través de dicha manifestación las obras del alma en la tierra, así como la expresión de nuestro verdadero yo interior, podrán ser magnificadas.

En esencia, las lecciones de espiritualidad personal contenidas en las lecturas son un medio para despertar en el hombre la consciencia de ese modelo de unidad que anhela manifestarse en el mundo material a través de cada uno de nosotros. Nuestro objetivo común, individual y colectivamente, es ser canales de la actividad de Dios en la tierra. Aunque alcanzar metas materiales nos lleve siglos, jamás debemos olvidar nuestra herencia y relación con lo divino, el derecho innato de toda alma. Al margen del estadio en el que nos hallemos, la manifestación de dicho modelo de unidad y la expresión del espíritu en la tierra es nuestro destino.

Todos, sin excepción alguna, aspiramos alcanzar algo mejor. Las lecturas sugieren que dicho anhelo es inherente a la naturaleza inquieta del género humano. Aunque a veces no sepamos con exactitud qué estamos realmente buscando, a pesar de que durante nuestra búsqueda a veces aflore el egoísmo o nos sintamos totalmente perdidos, la voluntad de Dios es que logremos nuestro objetivo. Lo único que debemos hacer es vivir de acuerdo con el modelo de la consciencia de

Cristo y ser conscientes de nuestra participación interior con lo divino:

> ¡Inicie la búsqueda! Pues Él nos dijo: «Buscad y encontraréis; llamad y se abrirá ante vosotros.» ¿Quién abrirá? ¿Dónde tendrá lugar? En su propia consciencia, pues es allí donde Él ha prometido encontrarse con usted. (*1595-1*)

La voluntad de Dios es que seamos canales desinteresados de Su actividad en la tierra. Dicha consciencia de nuestro propio potencial de unidad es la consecuencia directa de nuestra participación del modelo de Cristo. Cumpliendo Su voluntad y tratando de poner en práctica las virtudes espirituales en nuestro quehacer cotidiano, las fuerzas anímicas se manifiestan en el mundo físico. Incluso el más insignificante acto de servicio a los demás puede ser el primer paso hacia la glorificación y expresión de la unidad que reside en nuestro interior. Cayce sugiere que la consciencia divina aguarda manifestarse en nuestra vida pero que, en última instancia, somos nosotros quienes debemos abrir la puerta:

> Como reza la antigua advertencia, no diga: «¿Quién ascenderá al cielo o emergerá de las profundidades del mar para poder tener una visión o recibir un mensaje?» La respuesta se halla en su propio corazón, en su propia conciencia. Porque es en el templo de su propio cuerpo donde Él ha prometido encontrarse con usted y, por supuesto, Su Espíritu y el suyo serán testigos de ello. Así pues, aquellos que esperan una señal o una manifestación distinta de las que proceden de Él, buscan en vano; pues Él siempre aguarda a la puerta de su propio corazón. Si abre la puerta y le deja entrar, Él estará con usted para siempre. (*531-7*)

Expresar y manifestar diariamente lo mejor de nuestro ser tomando como modelo la consciencia de Cristo, abre la puerta a la actividad del Creador.

Cultivar nuestra relación personal con Dios

Dado que el Creador nos conoce personalmente, debemos esforzarnos por conocerle. En tanto que hijos de Dios, cultivar nuestra relación con Él es un derecho innato. Desde el origen del tiempo, Su voluntad ha sido que seamos conscientes y experimentemos su eterna presencia en nuestra vida. Ésta es precisamente la razón por la que contamos con un modelo de espiritualidad, un modelo que se ajusta a nuestras necesidades y que permite que Su amor fluya a través de nosotros y entre en comunicación con los demás:

> «Si eres mi hijo, yo seré tu Dios. Si me llamas, te responderé. Aquí estoy, llamando a la puerta. Si me lo pides, entraré.» Luego, no se trata de meras palabras. Son hechos, verdades, la vida en sí misma. Sin embargo el hombre todavía no sabe discernir entre las inclinaciones materiales y las espirituales para cumplir y expresar los propósitos del alma en la tierra. (*1797-3*)

La inclinación espiritual es vivir en sintonía con nuestro propio modelo de unidad. De hecho, Cayce nos insta a vivir de acuerdo a la voluntad de Dios para que «la luz de nuestra vida» proporcione esperanza y valor a los demás. Para cultivar esta relación con Dios, nuestro reto consiste sólo en sintonizar nuestra voluntad con la Suya. Esencialmente, las lecturas sugieren tres formas que nos ayudarán a practicar di-

cha relación cada día: la oración, la meditación y el servicio.

A menudo pensamos que orar es pedir a Dios que satisfaga nuestros deseos o necesidades. Sin embargo, Cayce sostiene que la verdadera oración no es tanto una petición cuanto la expresión de nuestro particular deseo de alcanzar la consciencia de la voluntad del Creador en nuestra vida. La meditación es alejar de nuestra mente cualquier pensamiento superfluo para conseguir sintonizar mejor con la consciencia de Cristo interior a nosotros. La meditación ha sido llamada también «escuchar con atención»:

> Orar es suplicar un destino, una comprensión. Meditar es escuchar la voz Divina que hay en nuestro interior. (*1861-19*)

> Dedique un tiempo a la oración; dedique un tiempo a la meditación. Conozca la diferencia entre ambas. Orar es rogar a la Divinidad desde el yo interior y meditar es escuchar, desde el cuerpo, la mente y el corazón, la voz del Hacedor. (*5368-1*)

Desde la perspectiva de las lecturas, nos convertimos en un canal de la actividad de Dios a través del equilibrio espiritual. Dicho equilibrio conduce, a su vez, al servicio a los demás. Con nuestro ser espiritual, con el modelo de Cristo, alcanzamos la consciencia de nuestra unidad esencial que permanecía aletargada desde el origen de nuestros días. Este modelo se manifiesta y actualiza siempre que ayudamos a los demás. Cuando somos capaces de entregar lo mejor de nosotros a nuestros semejantes, avanzamos hasta el siguiente paso. Estar al servicio de los demás nos permite sintonizar con la voluntad de Dios y, en consecuencia, conocerle:

> Así pues, toda entidad, todo individuo, debe ser consciente de ello a través de su propio equilibrio. Debe saber que Él camina junto a usted y que, un día, escuchará Su voz. Cuando logre el equilibrio interior, le oirá. Porque, tal y como nos dijo: «Estoy frente a la puerta y llamo. Si me abres, entraré.» Ésta es una experiencia individual porque toda alma busca Su presencia. Sin embargo, no crea que Él no le ha oído porque todavía no ha aparecido o porque todavía no ha escuchado Su voz en la vida de aquellos a los que haya ayudado. No busque, pues, su forma particular de manifestarse y entréguese a Él diciéndole: «Aquí estoy, Señor; haced de mí tu voluntad. Señaladme el camino por el que deseáis que camine.» Ésta debe ser su promesa, pues toda alma debe hallar la respuesta por sí y en sí misma. Puesto que el cuerpo es el templo del Dios viviente, el lugar donde Él ha prometido encontrarse con usted, allí estará. Si su cuerpo, su mente y su alma entran en sintonía con esa respuesta divina interior, pronto conocerá Su voluntad y el propósito de su experiencia. Porque, tal y como nos dijo: «Estaré siempre y hasta el fin con vosotros.» Y nosotros nos encaminamos hacia Él, no a través de palabras, sino de la consciencia que emerge de la meditación, de la oración y de la apertura del yo. (*69-4*)

Sintonizar con lo divino que hay en nuestro interior nos hace ser mucho más conscientes de la eterna presencia de Dios.

A veces tratamos de convencernos de que no somos dignos de conocer a Dios y, por tanto, nos negamos a buscarle. Sin embargo, debemos comprender que Él nunca nos ha condenado, al contrario, nos ha otorgado un medio de conocernos a nosotros mismos y a los demás, un medio que nos ayudará a ser conscientes de que todo cuanto deseamos es relacionarnos con Él. Manifestamos la consciencia de Cristo,

vivimos el espíritu de Cristo a través de la oración, la meditación y el servicio. Conocemos al Creador participando y manifestando Sus atributos en la tierra.

La consciencia de Cristo: la puerta abierta a su eterna presencia

Dios desea que busquemos Su presencia, que nos convirtamos en un canal de Su amor para los demás. Aunque a veces no le prestemos atención, Él siempre busca estar en comunión con nosotros. Cayce comunicó a sus primeros seguidores que manifestar la consciencia de Cristo en su quehacer cotidiano, era abrir la puerta a Su presencia (*262-121*). Cuando dicha consciencia (la de nuestra Unidad con Dios) se plasma en nuestros pensamientos y en nuestras obras, nos convertimos en un canal de las bendiciones de Dios para los demás. Según Cayce debemos iluminar a aquellos que se encuentran en la oscuridad.

Lamentablemente, solemos predicar a los demás aquello que creemos saber en lugar de tratar de vivir y compartir esa consciencia de nuestra común naturaleza espiritual en la tierra. La rectitud de nuestro pensamiento y nuestras obras posibilita tener consciencia de la presencia de Dios en todas y cada una de las actividades que llevemos a cabo:

> Ustedes, que buscan el camino, el conocimiento, la experiencia, que anhelan sentir la presencia de la consciencia de Cristo en su propio corazón, en su propia experiencia, abran la puerta de su corazón. Porque Él está dispuesto a entrar en las vidas de aquellos que lo deseen. Su entrada no es espontánea, pero si busca, le encontrará; si llama a su puerta, le

> abrirá. Si vive la consciencia de Su proximidad y Su presencia, caminará junto a usted. «Amaos los unos a los otros», pues el propósito de Su presencia en el mundo material es satisfacernos, sustituir el odio, la envidia y todo aquello que nos causa temor, por el amor, la esperanza y la alegría para que seamos Sus hijos. (*5749-10*)

A través de un ejercicio de introspección personal debemos lograr que el modelo espiritual penetre en nuestra vida. El cumplimiento de la voluntad de Dios no es una obligación impuesta por la fuerza, sino el sincero deseo personal de poner nuestra voluntad a Su servicio. Así pues, debemos reemplazar nuestro egoísmo por el deseo desinteresado de convertirnos en un canal de bendiciones para los demás. Cuando limitamos nuestra mente y sólo pensamos en nosotros mismos nos sentimos vacíos y defraudados. Sin embargo, cuando anteponemos las necesidades o deseos de nuestros semejantes a las nuestras, percibimos que la bondad fluye a través de nosotros:

> El prestar ayuda a los demás y ser su fuente de inspiración debe proceder de lo más profundo de nuestro ser. Así pues, si se entrega a los demás, usted también recibirá dicha inspiración y bendición. Sin embargo, sólo tendrá consciencia de ello a través del esfuerzo y el firme propósito de entregarse a los demás, pues el deseo sólo proporciona mero conocimiento. No obstante, si aplica dicho conocimiento en beneficio de los demás, aportándoles, a través de sus propios principios, su propio propósito y sus propios deseos, la consciencia de esas capacidades que laten en el interior de todos, también ellos podrán sintonizar su yo con la consciencia de Cristo que albergan en su interior. Todos somos hijos de la Fuerza Creativa, Dios. Todos somos hermanos en el Señor. Él

> nos prometió: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré y cenaré con él.» Así pues, cuando alce su voz para adorar al Señor, muéstrele gratitud por todo cuanto posee en este mundo terrenal. (*281-56*)

En la medida en que somos más conscientes de nuestro modelo espiritual interior, poseemos un conocimiento más profundo de cómo debemos expresar dicho modelo en el mundo que nos rodea. Poniendo en práctica gradualmente lo que día a día vamos aprendiendo, participamos y sintonizamos con Su unidad esencial. Descubrir nuestra propia naturaleza espiritual es descubrir que los demás son compañeros de viaje que, como nosotros, también buscan participar de la unidad del Creador.

Jesús, nuestro Hermano Mayor

Como se ha dicho anteriormente, Edgar Cayce presenta la vida de Jesús como el modelo a seguir por las almas que habitan la tierra. El conocimiento de Su propia naturaleza espiritual y la manifestación de la consciencia de Cristo conduce a la comprensión de la frase bíblica: «Yo y el Padre somos uno» (Jn 10,30). Sin embargo, más que ser consciente de Su relación con lo Divino, las lecturas sugieren que Jesús antepuso las necesidades de los demás a las suyas propias y eligió estar al servicio de los demás. Al hacerlo, se convirtió en el «buen pastor» de todos los hijos de Dios e hizo propia la misión de ayudarnos, al margen de nuestra tradición religiosa, a encontrar el camino de retorno que conduce hasta el Creador. Jesús comprendió que la misión de Su vida era ser un canal de la actividad de Dios para los demás. Por lo tan-

to, si alguna vez nos sentimos confundidos y nos alejamos del camino, hallaremos la respuesta ayudando a los demás a encontrar su propio destino.

Cayce señala que siempre que la confusión, las dudas o los problemas nos invadan, Jesús, nuestro Hermano Mayor, estará dispuesto a ayudarnos:

> Cuando tenga que enfrentarse a un problema, ¡encomiéndese a Jesús! Él es su respuesta. Él es Vida, Luz e Inmortalidad. Él es la Verdad y su Hermano Mayor. No es necesario ascender hasta el cielo o cruzar el mar para conocerle ya que Él está en su propio corazón. Porque Él dijo: «Aquí estoy, llamando a la puerta.» Abra y deje que Él entre. En Él está la fortaleza, no en la ley, no en el hombre, no en las condiciones o circunstancias. Porque Él es quien reina, Él quien todo lo creó. «Él es el Mundo, Él creó todo cuanto es y existe.» Porque Él vive en el corazón y en el alma de aquellos que buscan cumplir Su voluntad. No se trata de ser idealista, sino de actualizar este ideal. Pregúntese qué quiere Jesús que usted haga en su relación con sus semejantes, con su familia o al enfrentarse a cualquier problema cotidiano. Ésta debe ser siempre la pregunta y no ¿qué puedo hacer? (*1326-1*)

Cuando Jesús dijo: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14,6), estaba afirmando que su propia vida es el ejemplo que todos debemos seguir y que sólo viviendo de acuerdo con este modelo –la manifestación exterior de la consciencia de Cristo interior– podremos ser plenamente conscientes de nuestra verdadera relación con lo Divino. En esencia, este modelo postula una actitud altruista y desinteresada de servicio, ser, en definitiva, un canal de bendiciones para los demás.

El altruismo como actitud

Según las lecturas, nuestra libertad de elección y de acción determina que nos convirtamos en esclavos de nuestros propios deseos o de las necesidades de los demás. Para la mayoría de nosotros, el mayor defecto al que tenemos que enfrentarnos es nuestro egoísmo. Por esta razón, debemos luchar constantemente por ser conscientes de cuál es el objetivo de nuestra presencia en la tierra.

Cayce nos advierte con frecuencia que no nos cansemos de hacer el bien:

> Así pues, debemos responder desde el interior de nuestra consciencia individual a la pregunta: «¿Acaso soy el guardián de mi hermano?» Y, en lugar de plantearnos «¿Qué me debe el mundo?», deberíamos preguntarnos «¿Cómo puedo contribuir, en tanto que alma individual que busca a Dios, que anhela conocer Su rostro, para acelerar el día del Señor?» Porque cuanto más conscientes somos de nosotros mismos, más lo somos de vivir en Él, así como de cuál es nuestro verdadero origen. Porque cuando Él dijo: «Si sois mi pueblo, yo seré vuestro Dios», se dirigía a usted, a mí, a todas las almas bendecidas con la consciencia de la vida. Porque la vida en sí misma, en todas sus formas y fases, es la manifestación de la obra de Dios. (*3976-22*)

Es importante recordar que ser altruista no significa menospreciar la identidad personal, pensar que carece de valor alguno y, ni mucho menos, convertirnos en meros autómatas. El verdadero altruismo favorece que el alma del hombre sea un canal para las actividades de Cristo. Todos tenemos la capacidad de serlo si reconocemos, diariamente,

las oportunidades que nos brinda nuestra interacción con los demás:

> Sepa que es en las cosas pequeñas y no entre clamorosos aplausos, ni en el frenético tañir de las campanas, que el Hijo del Hombre viene, humilde, discreto, amable, manso, sumiso, a nosotros. Porque «Él, el mejor de vosotros, es vuestro siervo». Ésta es, pues, la actitud que todos deberíamos adoptar y compartir en nuestras relaciones con los demás. Pida a los demás que le ayudan a resolver sus problemas, explíqueles que Él desea también que abran la puerta de su corazón para brindarles la oportunidad de entrar a su servicio. Porque, tal y como Él nos dijo, «en la casa de mi Padre hay muchas mansiones». Al compartir los problemas, las tareas y obligaciones diarias, Él entra en nuestra casa, Su casa. Recuerde, su cuerpo es el templo del Dios viviente, y allí es donde Él ha prometido encontrarse con usted. Tal y como Él nos dijo: «Si me llamáis, os escucharé y responderé con prontitud.» Deje que su propia consciencia sea testigo de Su presencia en todas sus actividades diarias, en su andadura por la vida, en los momentos en los que ora con su Señor y Maestro, su Hermano, que comparte con usted la gloria del Reino de Dios, siendo paciente y amable con los demás. Porque a través de la oración, con esperanza y auténtico anhelo, encontrará su ayuda en Él. (*3161-1*)

Estar al servicio de los demás es el mayor servicio que podemos ofrecer a Dios. Dejar de ser egoístas es permitir que el espíritu brille a través de nosotros. Cuando nos relacionamos con los demás, manifestamos la presencia de Dios en nuestra vida y expresamos nuestro modelo interior de unidad. Tal y como sugieren las lecturas, el mayor acto de servicio es simplemente ser amable, afectuoso e infundir esperanza

en la vida de quienes hayan perdido su rumbo. De esta forma, compartimos con los demás la misma alegría, paz y felicidad que Él comparte con nosotros.

Conclusión

Al margen de quiénes seamos y de dónde nos hallemos, siempre estamos en contacto con nuestros semejantes. Todos somos hijos del mismo Dios. En lo más profundo de nuestro ser subyace la consciencia de Su fuerza, poder, amor y presencia. Dicha presencia se manifiesta en el mundo que nos rodea haciendo lo mejor que sepamos hacer. Al convertirnos en canales de Su amor y al estar al servicio de los demás, mejoramos el mundo en que vivimos. A través de la meditación, la oración y el servicio, nuestros problemas y dificultades se diluyen y somos capaces de abrir la puerta que conduce a Su eterna presencia.

Si queremos ser Su pueblo, Él será nuestro Dios. La relación que mantenemos con el Creador ha existido desde el principio de los tiempos. La consciencia de nuestra unidad con Él emergerá siempre que manifestemos la consciencia de Cristo en nuestro quehacer cotidiano. Él es quien llama a nuestra puerta y nosotros quienes debemos estar siempre dispuestos a estar a Su servicio. Las lecturas de Edgar Cayce imploran que permitamos que Su presencia esté siempre en nuestra vida. A partir de hoy, hagamos lo posible por manifestar la actividad del Creador en la tierra:

> La puerta conduce a la vida, al espíritu de la vida; no al del hombre, sino al espíritu como manifestación de la consciencia de Cristo en el mundo material. Así pues, cuando

manifestemos conscientemente su presencia, la puerta se abrirá para que esta entidad, esta alma que magnifica y glorifica el espíritu en nombre del Padre, se entregue al servicio de los demás y pronuncie para siempre Su nombre en la tierra. (*262-27*)

LECCIÓN NUEVE

Ante Su presencia

Me pasearé en medio de vosotros, y seré para vosotros Dios, y vosotros seréis para mí un pueblo. (Lv 26,12)

Afirmación para la meditación

Padre nuestro que estáis en el cielo, haced que vuestro reino se manifieste en la tierra a través de vuestra presencia en mí; que vuestra palabra obre en aquellos a quienes conozco cada día; que vuestra presencia en mi hermano sea un modo de glorificaros; que la dirección de mi vida sea para los demás la imagen de vuestra presencia en mí y así poder glorificaros. (*262-30*)

Ante Su presencia

Introducción

No permita que las preocupaciones del mundo le perturben, pues éstas son terrenas y, por tanto, más efímeras incluso que el rocío al mediodía. Pues, quien haya encontrado al Señor y le considere su compañero contemplará cómo sus dificultades se desvanecen antes de ponerse el sol. Manténgase firme en el camino que conoce porque, ante los ojos del Señor, es el camino correcto. Conforte al débil, ame al desvalido y glorifique al Señor por la fuerza que Él le infunde porque, a través de una sola palabra suya muchos participarán del bien. Porque si ve en Él a un compañero, con su esfuerzo y desarrollo interno personal, Su luz brillará en todos. (*473-2*)

Viviendo todo cuanto Él nos enseñó, todos sabremos y comprenderemos que nos hallamos ante Su presencia, seamos o no conscientes de ello; pues, está escrito que vivimos y somos en Él. (*262-32*)

De la misma forma que un padre afectuoso no muestra favoritismo por un hijo en detrimento de los demás,

Dios nos ama a todos por igual. Él no nos discrimina por nuestras diferencias religiosas o por nuestras tendencias políticas, sólo desea que expresemos la plena consciencia del espíritu viviente en la tierra. A pesar de que la distancia, los credos, la raza, o incluso la ignorancia, nos separen, todos formamos parte de la misma Unidad. Cada uno de nosotros es «un corpúsculo en el cuerpo de Dios y, por lo tanto, coautores con Él». (*2794-3*)

A menudo imaginamos que Dios está «allá arriba», «fuera de» este mundo o en un lugar particular donde se le rinde culto. A veces, sólo pensamos en su existencia porque la tradición nos ha enseñado a venerarle diariamente o quizá cuando le necesitamos. A pesar de que siempre nos hallamos ante Su presencia, no siempre recordamos ni somos conscientes de que Él está siempre en nosotros:

> Puesto que Su presencia es eterna, el hombre existirá siempre en ella. Si se aferra a Él, comprobará que está mucho más cerca de usted que su propia mano o su propia mente. (*1257-1*)

Al margen de que gran parte de la humanidad sea incapaz de comprender o ser consciente de Su presencia entre nosotros, lo cierto es que el Creador no puede estar separado de Su creación. Toda manifestación de la creación es una parte que integra el Todo. Dios es la Fuerza Creativa que subyace a todo cuanto es y existe.

Una de las promesas contenidas en las lecturas de Cayce en relación a nuestro desarrollo personal es que, debido a nuestra herencia y nuestra verdadera relación con lo divino, llegará el día en que nuestra consciencia de Él formará parte de nosotros mismos. De hecho, uno de los principios fundamentales de

Edgar Cayce es la inmanencia de Dios: «El Creador está en todas partes, en todo tiempo y lugar.» Creer que su existencia es trascendente a la nuestra es olvidar nuestra herencia común, nuestro derecho innato. Debemos recordar siempre que somos Hijos de Dios, seres espirituales que buscan manifestar los atributos de su Creador en la tierra. Su presencia es eterna, la consciencia de su presencia aumenta al cultivar nuestra relación con Él, al convertirnos en un canal de Sus bendiciones:

> No busque en vano como manifestarse y afirme: «Aquí estoy, Señor, haced de mí vuestra voluntad. Señaladme el camino que debo seguir.» Ésta es una promesa dirigida a usted, a toda alma, pero que sólo hallará respuesta en lo más profundo de su ser. El cuerpo es el templo del Dios viviente; es allí donde Él ha prometido encontrarse con usted. Y puesto que así es, si armoniza su cuerpo, su mente y su alma con Dios, no sólo hallará la respuesta en su interior, sino que no tardará en descubrir y cumplir Su propósito.» (*69-4*)

Nuestro destino es ser conscientes de nuestra auténtica relación con Dios. ¿Qué es lo que realmente hacemos para dirigir nuestra consciencia en esa dirección?

Cultivar la consciencia de Su presencia

Las lecturas de Cayce sugieren que cuando nos alejamos de Dios no es porque Su presencia nos abandone, sino porque carecemos de la consciencia personal que nos brinda dicha presencia. En tanto que seres espirituales en la tierra, necesitamos llevar a cabo aquellas obras que hagan renacer en nuestro ser la presencia inmanente de lo Divino.

A veces creemos erróneamente que la única forma de ser espirituales es «olvidarnos por completo de todo». Alejándonos del mundo, en lugar de luchar por el equilibrio, jamás lograremos cumplir nuestro destino:

> Tómese su tiempo para ser santo, pero también para disfrutar. Tómese su tiempo para descansar y recuperarse, porque, incluso el Maestro, el modelo de la tierra, se tomó su tiempo para descansar, meditar, orar, asistir a una boda y a un funeral; se tomó su tiempo para resucitar y guiar a los demás. (*5246-1*)

En un esfuerzo por explicar cómo alcanzar la plena consciencia de Cristo, Cayce utiliza la siguiente analogía:

> ¿Cómo, cuándo y de qué forma, se es consciente de las reglas gramaticales que se precisan para escribir una oración correctamente en el idioma materno? ¿Cómo, cuándo y de qué forma se aprende a deletrear una palabra? Reflexionando, percibiendo, visualizando y practicando hasta adquirir plena consciencia de ello al comunicarnos con nuestros semejantes. Aunque tengamos conocimiento y plena consciencia de cómo usar el lenguaje, de nada nos sirve si no lo aplicamos en nuestra relación con los demás. (*272-9*)

En otras palabras, no podemos esperar sentir la eterna presencia del amor de Dios hasta lograr nuestro equilibrio personal y practicar después cuanto hayamos aprendido. De hecho, el equilibrio personal y la práctica del mismo son la base de la transformación espiritual predicada por Cayce.

Repetidamente, las lecturas nos aconsejan orar y meditar con constancia y perseverancia, es decir, día tras día. La oración y la meditación nos proporcionan el equilibrio personal

necesario para saber discernir entre creer en Dios y ser conscientes de su eterna presencia. Orar y meditar nos ayudan, pues, a consolidar la consciencia de Su eterna presencia:

> Así pues, practique y concrete la actividad de la entidad en su experiencia, a través de la meditación, la purificación del cuerpo y de la mente para que se unifiquen y entren en sintonía con las Fuerzas Creativas desde lo más profundo de su ser; determinando su ideal en Él, que ha prometido encontrarse con usted en el templo de su alma, en su propia consciencia corporal. Así, y sólo así, logra el yo ser consciente de Su presencia. (*261-15*)

Además del equilibrio, lo más importante que podemos hacer para lograr la transformación personal es poner en práctica diariamente todo cuanto sepamos hacer. Aunque a veces nos creamos incapaces de afrontar una situación, debemos esforzarnos por superarla pensando en la presencia del Creador. Por supuesto que Él siempre está con nosotros, sin embargo nuestra actividad nos ayuda a recordar que Su presencia es eterna. Esencialmente, las lecturas aconsejan a todos aquellos que deseen ser más espirituales potenciar su ser espiritual. Todo cuanto llevemos a cabo con constancia en nuestra vida se integrará en nuestra consciencia hasta el punto de convertirse en una respuesta natural. No debemos olvidar que, línea tras línea, precepto tras precepto, paso a paso, vamos cultivando la conciencia de Su presencia:

> Seguramente le llevará tiempo, paciencia, perseverancia y constancia. Para potenciar la actitud mental y espiritual también será imprescindible no juzgar nuestro propio ser ni el de los demás, sino contemplar el poder presente en cada uno de los átomos que constituyen el cuerpo y sintonizar con

las energías creativas que emanan de la consciencia de Cristo y de Su eterna presencia. (*3694-1*)

Tal y como nos enseñó: «Haced cuanto esté en vuestra mano, el resto se os dará por añadidura», es decir, cuanto más consciente sea de cumplir Su voluntad, más lo será de estar ante Su eterna presencia. No se vanaglorie, ni sobreestime, sólo diga: «Aquí estoy, Señor, haced de mi Vuestra voluntad. Permitidme que hoy sea un canal de bendiciones para alguien. Que Vuestro amor, gloria y unidad se manifiesten no sólo en mi experiencia sino también en aquellos con los que me relaciono cada día.» (*601-11*)

Desde el punto de vista de Cayce, no se trata de ir al cielo, sino de que nuestra consciencia aumente a medida que nuestras obras y pensamientos reflejen nuestra común herencia, ser Hijos de Dios. En efecto, si nuestro objetivo en la vida es mantener el equilibrio espiritual, siendo conscientes de Su presencia conseguimos que el Cielo esté en la tierra.

Ser un canal de Su presencia

Las lecturas de Cayce sugieren que nuestra oración diaria debería ser: «Permitidme ser hoy un canal de bendiciones para alguien» (*601-11*). En la lectura (*3003*) Cayce aconseja a una mujer empezar el día suplicando a Dios Su guía y, a continuación, escuchar Su respuesta. Si nos abrimos a la posibilidad, Dios se manifestará a través de nosotros. Desde esta perspectiva, nuestro objetivo diario es ser un canal de Su amor para todos aquellos con quienes nos relacionamos. A través del equilibrio personal, la práctica diaria y la libre vo-

luntad manifestamos la consciencia de Cristo innata en nosotros y nos convertimos en un canal al servicio de los demás:

> La consciencia debería hallarse en el yo. El mero hecho de ser consciente de su actividad en el plano material debería evidenciar que Dios Padre necesita de su servicio en la tierra. Porque a través de su actividad diaria, Él le brinda la oportunidad de ser un canal de bendiciones para alguien. Ser consciente de estar ante Su presencia, será, pues, como apoyar su brazo en el hombro de quien ha intentado ayudar. Pues cuanto haga a su hermano, se lo hace a su Creador. Ésta es una de las leyes inmutables. Dios es, y usted, en tanto que hijo suyo, en tanto que siervo del Dios más poderoso, es Su servidor. Así pues, obre como tal. (*5177-1*)

Debemos prepararnos continuamente para ser conscientes de Su presencia y para infundir dicha presencia a los demás en nuestro quehacer cotidiano. Cuando nuestros pensamientos y obras concuerdan con el modelo interior de unidad, permitimos que Sus atributos se manifiesten a través de nosotros y afecten positivamente a las personas de nuestro entorno.

En un hermoso pasaje de las lecturas, a Thomas Sugrue, biógrafo de Cayce y autor de *There is a River*, este último le explicó que el destino de toda alma había sido demostrado por Jesús, el máximo ejemplo de amor y servicio a los demás. Nuestro Hermano Mayor nos enseñó cómo manifestar la eterna consciencia de la presencia de Dios. Éstas fueron las palabras empleadas por Cayce para exponer a Sugrue que esta consciencia de Cristo podía manifestarse en las vidas de todos y cada uno de nosotros:

> No a través de obras extraordinarias, ni exaltando su conocimiento o poder, sino por mediación de las cosas del espíritu: amor, ternura, compasión, paciencia, aplicadas en asociación con sus semejantes diariamente, tal y como su Hermano Mayor le mostró, logrará ser uno con Él, tal y como Él ha dispuesto que sea. Porque no hay nada en el cielo, en la tierra, en el infierno, que pueda separarle del amor de su Dios, de su hermano y salvar a su propio yo. Así pues, levántese y empiece a obrar. (*849-11*)

«Siendo y obrando» nos convertimos en ejemplos vivientes de cuanto profesamos o creemos. Aquellas personas que llegan a ser auténticos canales de Su presencia son las que han logrado abrir su corazón para dejar entrar a Dios en él. No importa dónde nos hallemos, Él siempre está cerca.

Nuestro viaje con Dios

A veces la afirmación de que Dios está en todas partes puede parecernos un reto. No debemos sentirnos indignos de reconocer la consciencia de Su presencia en nosotros o nos resultará muy difícil descubrirla en aquellos individuos con los que no mantenemos buenas relaciones. Sin embargo, las lecturas nos ofrecen el siguiente consejo: «No empezará a pensar correctamente hasta ver en la vida de aquellos a quienes desprecia, alguna de las cualidades de su Hacedor» (*3575-2*). Esta sentencia sugiere, aunque a veces nos cueste reconocerlo, que todo individuo participa de la bondad en esencia. Precisamente por ello, nuestra búsqueda de Dios requiere que seamos siempre conscientes de Su presencia.

Todos hemos sido creados a imagen y semejanza de nues-

tro Hacedor. Aunque dicha imagen no sea física, sino espiritual, a menudo asociamos nuestro ser con el mundo material y olvidamos que nuestro cuerpo físico es simplemente el vehículo a través del cual puede manifestarse Su presencia en la tierra. La recurrente cita de las lecturas «El Espíritu es la vida; la mente el artífice; lo físico, el resultado», debería recordarnos que todo se origina desde el nivel espiritual. Es precisamente desde dicho estadio desde donde debemos iniciar nuestro equilibrio personal. Al margen de cuál sea el grado de consciencia que poseamos en este preciso instante, la verdad de nuestra relación con lo Divino (y Su eterna presencia) debe ser, en última instancia, el principal foco de nuestra consciencia:

> El alma, pues, debe regresar –y regresará– junto a su Hacedor. Es una parte de la Fuerza Creativa encarnada y actualizada materialmente. Es más, incluso puede llegar a ser, con su propia comprensión y sus propias manifestaciones, parte de ese amor que usted siente hacia sus semejantes, hacia Dios Padre; del amor que motiva sus actividades para llegar a ser uno con Él, ser consciente de Su presencia, de Su amor eterno, de Su eterna fe. Así pues, sea amable, sea paciente y muestre amor a sus semejantes, y llegará a ser consciente del Espíritu de Cristo. (272-9)

En ocasiones nos resulta imposible convencernos de poder alcanzar la plena consciencia de Dios. Sin embargo, Cayce nos recuerda que Su presencia está siempre a nuestro alcance porque Él desea estar con nosotros:

> ¡Qué hermoso es su rostro, qué hermosas las nubes y todos los que ahora os halláis ante Su eterna presencia! Sus ojos le miran, Su corazón y Su mano se extienden hacia us-

> ted. ¿Acaso va a rechazarle? El conocimiento de Su presencia es tan glorioso porque despierta su corazón dormido. Él se siente sólo sin usted y por eso le llama por su nombre. ¿Acaso va a fallarle ahora? (*254-76*)

Cada día tenemos una nueva oportunidad de manifestar en la tierra un atributo del Creador. Aunque nos creamos incapaces de lograrlo, debemos recordar que lo Divino no nos es ajeno, que forma parte de nosotros. Todo individuo posee una relación íntima con Dios. Cuando nos distanciamos de Él, no es porque nos haya olvidado, sino porque no hemos tenido en cuenta Su presencia. Si somos capaces de mantener nuestro equilibrio personal y de potenciar nuestro espíritu de servicio, nos convertiremos en una parte integrante de Su actividad en la tierra. Si vivimos con la plena consciencia de Su presencia, Su luz brillará dentro y fuera de nosotros, tanto en nuestros pensamientos como en nuestras obras. Lo único que debemos hacer es «intentarlo», pues Dios nos mostrará el camino.

Conclusión

El modelo de Cristo, nuestro propio modelo de unidad, aguarda en nosotros en espera de manifestarse en nuestra vida. No hay nada en todo el universo, excepto nosotros mismos, que pueda separarnos de Su eterna presencia. Él ha sido, es y será siempre nuestro Dios si nosotros somos Su pueblo. En tanto que Sus hijos espirituales, somos también Sus compañeros de viaje y coautores con Él. Si reflexionamos acerca de nuestro yo interior, no sólo descubriremos la consciencia de Su presencia sino de nuestra unidad con Él.

Su búsqueda fortalece nuestra fe, renueva nuestra esperanza y clarifica nuestro camino. El Creador es nuestro Dios. El conocimiento de Su presencia no nos es ajeno pues Él se halla siempre en y entre nosotros. «Dios está en todas partes.» La búsqueda de Dios conduce a la siguiente reflexión: «No hay parte alguna de la creación de Dios que exista sin Su plena presencia.» Somos Sus hijos espirituales y nos necesita:

> «Debe amar al Señor, su Dios, con todo su corazón, su mente y su cuerpo, y al prójimo como a usted mismo.» Tal como Él nos enseñó, ésta es la ley fundamental. No hay ley superior a ésta. Y usted debe ser, tal como Él prometió, consciente de Su eterna presencia, a través de la meditación y la oración diarias. Alce sus súplicas a Él y le recompensará. Pues, mientras avanza por el camino, mientras habla con Él, irá siendo cada vez más consciente de que Su presencia está en usted. Así pues, ponga en práctica Su ley para glorificar la consciencia de Su presencia, de Su Espíritu en usted. (*1348-1*)

Nuestro cuerpo y nuestra vida fueron diseñados para ser vehículos de Su espíritu. Día a día se nos brinda la oportunidad de ser conscientes de la presencia de Dios y de compartir dicha presencia con los demás. Tenemos la oportunidad de magnificar Sus atributos en la tierra; es nuestra obligación y nuestro deber innato. ¿Qué puede haber más hermoso que la promesa de Su eterna presencia en y entre nosotros?

> Ame y siga Sus caminos. Sólo con esto logrará que su mente, su alma y su cuerpo, sean conscientes de Su eterna presencia. Permita que la luz, incluso Su luz, abra su corazón, su mente para que Él pueda entrar en ellos. Porque Él

está muy cerca de usted para guiarle y mostrarle el camino. Que su deseo sea Su deseo, que Su voluntad sea la suya. (*378-46*)

Dios caminará en la tierra junto a Sus hijos a través de nosotros.

LECCIÓN DIEZ

La Cruz y la Corona

Más bien, amad a vuestros enemigos; haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo [...] Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará [...] Porque con la medida con que midáis se os medirá. (Lc 6,35-38)

Afirmación para la meditación

Padre nuestro, nuestro Dios, hacednos sentir el peso de la cruz que Él llevó, la gloria de Su corona. Bendecidnos y permaneced con nosotros mientras estudiamos juntos en Su nombre. (*262-34*)

La Cruz y la Corona

Introducción

En la lección «La Cruz y la Corona», se establecen las actividades mentales y espirituales de toda entidad. Tal y como está escrito: «Estoy decidido a ignorar todo acerca de los hombres que salvó Jesús, el Cristo, y que le crucificaron.» Pero Él, con la cruz, representa la experiencia de toda entidad en sus actividades en la tierra, y ha guiado todas las experiencias intelectuales que, bajo distintas formas, han definido la verdad en la tierra. Así pues el tema central, la base del enfoque de cada individuo no debe ser preguntar cuál es su cruz, sino «¿Cómo podré con Su ayuda encontrar mejor mi cruz, encaminarme hacia la corona de la rectitud?» (*262-34*)

Sepan que toda alma es un individuo con libre albedrío que escoge su camino y su propio modo de obrar. Porque es coautora con Dios de la creación y, por tanto, creativa diariamente en su actitud, pensamiento, obras y verdades, o destructiva, si obstaculiza el camino de los demás. (*2549-1*)

Fue voluntad del Creador que el hombre fuese Su compañero. Ya en el cielo o en la tierra, conscien-

> te o inconsciente, pero compañero del Creador. ¿Cuántas vidas requiere usted para llegar a ser compañero de las Fuerzas Creativas? (*416-18*)

De entre todo el material de Cayce sobre espiritualidad, la lección «La Cruz y la Corona» es la más prometedora y desafiante por la información que proporciona acerca del destino del alma, tema que, por su carga emocional, puede provocar malentendidos. De hecho, dos de los miembros del grupo original de estudio dejaron de pertenecer al mismo debido a la temática de esta lección. Lo que puede resultar más inquietante de la misma es, quizá, el material en el que se analiza la dinámica de la reencarnación.

A pesar de la posible confusión asociada con el concepto en cuestión, la reencarnación nada tiene que ver con el destino. La reencarnación no elimina el poder del libre albedrío otorgado por Dios al hombre, no debilita la misión de Jesús y, por supuesto, no desestima el poder de la gracia. Desde la perspectiva de Cayce, el proceso de la reencarnación es simplemente la forma en la que cada uno de nosotros pasa por una serie de vidas que nos permiten afrontar las consecuencias de nuestras previas elecciones. En última instancia, aprenderemos que nuestro poder de elección, relacionado directamente con nuestro ser espiritual, o el modelo de la consciencia de Cristo, son los dos deseos propios del estadio anímico. Aunque dicho concepto pueda resultar el más difícil de comprender, no es el núcleo fundamental de la presente lección. El tema central de la misma es el siguiente:

Todos nosotros cargamos «cruces» (hábitos o deseos) que se interponen entre nosotros y la plena consciencia de nuestra relación con lo Divino. Tanto si son presentes como futu-

ras, dichas cruces dificultan nuestro desarrollo personal y debemos superarlas antes de alcanzar la plena manifestación de la consciencia de Cristo en la tierra. El único modo posible de manifestar dicha Consciencia es a través de una total voluntad desinteresada, es decir, dejando de ser egoístas y permitiendo que nuestro yo sea un canal del amor de Dios. El primer hombre que demostró plenamente su altruismo y la manifestación de dicha consciencia divina fue Jesús, nuestro Hermano Mayor. En otras palabras, Jesús venció al mundo permitiendo que Dios fluyera por Él, fundiéndose en la unidad de Dios. Dicha expiación es también el destino final de toda alma:

> Está escrito que el hombre fue creado por debajo de los ángeles, pero a diferencia de éstos, cuyo destino es ser siempre ángeles, el hombre tiene el poder de ser uno con Dios. En la vida de Jesús descubrimos la manifestación de dicha unidad en su capacidad de superar las tentaciones y los deseos de la carne y de cumplir la voluntad del Padre. Porque tal y como Él nos enseñó: «Aquellos que me han visto han visto al Padre»; porque Él, el Hijo del Hombre, llegó a ser uno con el Padre. Así pues, el hombre, a través del mismo canal, puede alcanzar también esta perfección. (*900-16*)

El proceso por el cual nos aproximamos a la expiación y la unidad no sólo se basa en el equilibrio personal y la práctica y refuerzo del mismo a través de la motivación (o ideal) espiritual, sino también en la interconexión dinámica del libre albedrío, el karma y la gracia. Sólo comprendiendo las actividades propias de cada una de estas fuerzas y aprendiendo al mismo tiempo a no ser egoístas, podremos alcanzar nuestro verdadero objetivo: ser un canal perfecto del amor de Dios:

Sea paciente, sea bondadoso. Sea correcto en sus ministerios diarios, pues, aunque haya períodos en los que la carga parezca pesada y la luz pierda su intensidad, aquel que mantenga su fe hasta el final será digno de llevar la corona. Mantenga la llama del amor en su corazón cada día, pues el amor de Dios se manifiesta en la tierra a través de aquellos que son bondadosos con los demás. (*281-17*)

Visión general de la reencarnación según Cayce

La reencarnación es el proceso a través del cual cada uno de nosotros pasa por una serie de vidas con el objetivo de crecer espiritualmente y desarrollar el alma. El enfoque de Cayce al respecto no incluye el concepto de transmigración, ya que, según él, el alma sólo puede encarnarse en un cuerpo humano. La posición de Cayce en torno a la reencarnación establece un marco práctico que permite conocer a la persona cómo su poder de elección, sus pensamientos y sus obras han creado la esencia de su vida. En otras palabras, nosotros somos quienes perfilamos exactamente lo que necesitamos experimentar para ser conscientes de las consecuencias de nuestras elecciones previas. Aprendemos tanto de nuestros errores como de nuestros éxitos. En lugar de estar predestinados, esta actividad nos proporciona la imparcialidad del Creador, que no existiría sin el concepto de reencarnación.

–Si un alma no logra mejorar, ¿en qué se convierte?

–Ésta es la razón de la reencarnación, ésta es la razón por la que el alma se reencarna, para que pueda tener otra opor-

tunidad. ¿Acaso puede la voluntad del hombre seguir desafiando a su Hacedor? (*826-8*)

Cayce conocía algunos de los malentendidos acerca de la dinámica de la reencarnación. Desde su punto de vista, cualquier enfoque que no contemplara la dinámica de la gracia, el libre albedrío y el karma era parcial. Incluso hasta la fecha, muchas personas siguen considerando que la reencarnación es un viaje fatalista por la vida determinado por el karma. Éste es un enfoque completamente distinto del que sostiene Cayce. En las lecturas el karma «es sólo un recuerdo», pero nada tiene que ver con el destino. Estos recuerdos son, generalmente, inconscientes y determinan nuestras capacidades, nuestros errores e incluso nuestra relación con los demás. Por ejemplo, una afinidad inmediata con otro individuo es debida al karma, sin embargo, a pesar de que éste sea un recuerdo inconsciente, es el libre albedrío de la persona el que determinará cómo responder a dicha información. El poder de elección determina, pues, nuestras experiencias potenciales.

Si sólo se vive una vez, ¿por qué hay personas que parecen privilegiadas y otras desafortunadas? Un Dios afable no podría ser responsable de este desequilibrio. Por lo tanto, si tenemos el poder de elegir libremente y Dios ama a sus hijos por igual, nuestras elecciones previas deben ser, en última instancia, las que determinan nuestra vida presente:

> Si un individuo, en cualquier circunstancia o situación, es consciente de la relación de su alma con las leyes de las Fuerzas Creativas, conseguirá que su entidad se confraternice con la influencia creativa. (*5753-1*)

> Porque toda alma, toda entidad, se encuentra constantemente consigo misma, el alma debería comprender que las

> dificultades que solemos acreditar a los demás son causadas, en su mayoría, por el propio yo. Sepa que en las dificultades se encontrará a sí mismo. (*845-4*)

El modo de decidir cómo alcanzar nuestro propio yo determinará, pues, nuestra vida. Por lo tanto, nuestro libre albedrío está íntimamente relacionado con nuestro poder de elección. El libre albedrío permite considerar los retos que la vida nos presenta como oportunidades para incrementar nuestro desarrollo personal, o todo lo contrario, como obstáculos que lo coartan. La gracia es la actividad del Creador que tiene lugar cuando elegimos que Dios manifieste Su presencia en nuestra vida. Por esta razón, la influencia de la gracia supera, de alguna manera, las actividades propias del karma y el libre albedrío.

Comprender qué es la reencarnación no es descubrir quiénes éramos en el pasado, pues lo que en su día hicimos no es lo que cuenta; lo que realmente importa es cómo proyectaremos en el futuro nuestras experiencias presentes. En última instancia, la experiencia favorece y potencia nuestro propio desarrollo personal, porque todo cuanto nos ocurre depende enteramente de nosotros. La experiencia es, pues, una forma de conocer nuestro verdadero ser y nuestra relación con el Creador; la tierra es el aula de estudio donde adquirimos dicho conocimiento:

> Durante el proceso, es necesario saber adónde se dirige... Descubrir que sólo vivió, murió y fue enterrado bajo el cerezo del jardín de la abuela no le hace mejor vecino, ciudadano, madre o padre. Sin embargo, saber que habló con crueldad y sufrió por ello y que en el presente puede corregir sus errores, es siempre alentador. (*5753-2*)

Según Cayce, todos tenemos que aprender mucho acerca del desarrollo del alma. Nuestro libre albedrío permitirá que la gracia penetre en nuestra vida para que el conocimiento que adquiramos responda a la voluntad de Dios. Sin embargo, también podemos dejar que sea el karma el que infunda dicho conocimiento en nuestra experiencia a través de retos más difíciles de superar.

Jesús como modelo y Hermano Mayor

En tanto que hijos de Dios, todos somos iguales; un hijo no es mejor o especial que otro. Sin embargo, sólo uno de nosotros fue capaz de ejemplificar plenamente ese modelo interior de unidad, de manifestar la consciencia de Cristo. Él fue nuestro Hermano Mayor, y desea ayudarnos en nuestro camino de regreso al Creador. Si elegimos vivir de acuerdo a dicho modelo, dejaremos de estar determinados para siempre por nuestra memoria kármica y nos abriremos a la actividad de la gracia que opera en nuestra vida. Después de todo, compartimos nuestra herencia común con Jesús:

> Hubo un maestro que osó llamarse a sí mismo el hijo del Dios viviente. Ni formuló leyes, ni estableció normas éticas, sólo nos aconsejó: «Haced a los demás lo que desearíais que ellos os hicieran a vosotros», y nos advirtió: «Cuanto hagáis al más débil de vuestros hermanos, se lo hacéis al Creador.» Él declaró que el reino del cielo se encuentra en el interior de la consciencia individual de toda entidad y que se alcanza meditando y siendo consciente de que Dios es el Padre de toda alma. Jesús, el Cristo, es el mediador. En Él, y en sus obras encontrará un amigo, un hermano, un compañero.

> Como Él nos dijo, «no os llamo siervos, sino hermanos». Porque Él nos otorga el poder de ser hijos de Dios, del Padre. Sea heredero con Jesús, el Cristo, del conocimiento y la consciencia de Su eterna presencia y comparta con Él el ideal común del género humano. ¿Cuál es dicho ideal? Por lo que respecta a sus semejantes, «Haced a los demás lo que desearíais que ellos os hicieran a vosotros». No piense, no se preocupe ni inquiete por su cuerpo. Él sabe cuáles son sus necesidades, sabe que el cuerpo es el lugar donde descubrirá la consciencia de su yo en la tierra y el vehículo material que potenciará su desarrollo personal. (*357-13*)

Cuando Jesús afirmó «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14,6), no pretendía equipararse a un dios, sino brindarnos la oportunidad de reconocer que Su vida podía servirnos de modelo. La vida de Jesús fue un ejemplo claro de entrega y servicio a los demás. Si seguimos sus pasos no nos equivocaremos de destino, pues Él nos mostró el camino de regreso al Creador y a la unidad. En la vida de Jesús hallamos la encarnación de la verdad a través de los siglos. El nuevo mandamiento que nos enseñó fue que nos amáramos los unos a los otros.

En las Escrituras leemos: «... pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado» (1 Co 2,2). Este versículo bíblico no tenía la pretensión de convertirnos en seguidores de religión alguna, sino de mostrarnos cómo la vida de servicio de Jesús encarna el estilo de vida a través del cual podremos volver a mantener nuestra relación con Dios. En última instancia, sólo entregándonos al servicio de los demás alcanzaremos nuestro objetivo común:

> Mantenga el yo despierto a su propia consciencia. Sea franco al yo, desarrollando las actividades que potencian los

> frutos del espíritu. Siendo amable, bondadoso, paciente, fraternal y comprensivo con sus semejantes, podrá conocerle cara a cara. Porque Él ha prometido ser el recuerdo de la fundación de la tierra, del mundo, del universo. Porque usted, como Él, fue desde el principio. (*261-15*)

Jesús se fundió con el Padre y, al hacerlo, nos mostró el camino de regreso al Creador, la fuente de la que todos procedemos. Por esta razón le fue otorgado el poder sobre toda la tierra. Clavado en la cruz, dijo: «Todo está cumplido.» (Jn 19,30), es decir, el espíritu de Dios se había manifestado en la tierra. Él nos mostró cómo llevar una vida de perfección, cómo lograr que el amor divino se manifieste a través de nosotros.

¿Por qué es necesario el sufrimiento humano?

Desde los albores de la Creación se ha creído erróneamente que la felicidad y la plenitud podían hallarse al margen de las leyes de Dios. En el día de hoy seguimos arrastrando cruces fruto de dicho malentendido porque todavía no hemos aprendido a expresar las facultades de nuestra alma. A pesar de que nuestro ser es esencialmente divino, estamos determinados por las leyes materiales que nosotros mismos hemos dictado:

> Al enfrentarse a los problemas que emergen diariamente y meditarlos desde las actividades de la experiencia terrenal, descubrirá a su antiguo yo, a sus antiguos amigos o a sus antiguos enemigos. (*2174-2*)

Al igual que nuestro Hermano Mayor, todos seguimos el mismo camino de regreso al Creador. Desde la perspectiva de las lecturas, aquello que nos impida convertirnos en canales de Su amor debe ser también considerado y, por supuesto, superado. Las cruces que arrastramos en esta vida son nuestros prejuicios, sufrimientos, e incluso nuestros problemas. Sin embargo, descubriremos que debemos afrontar las consecuencias de nuestros pensamientos, palabras y obras a través del karma, nuestra memoria inconsciente, o a través de la gracia, es decir, recordando conscientemente las promesas de nuestro Hermano Mayor. En lugar de considerar que los problemas sólo nos reportan sufrimiento, debemos contemplar cada reto a superar como una oportunidad para el desarrollo del alma y para acercarnos a Él.

> Sepa y aprenda esto bien: Dios es consciente de usted y no permitirá que su cuerpo y mente sufran cuando prepare su alma para acercarse a Él. Recuerde también que, a pesar de que Él fue el Hijo, aprendió a obedecer al Padre a través de Su sufrimiento. Recuerde, usted no es más grande ni mejor que Él. (*5348-1*)

Nuestro propio camino hacia la unidad

Edgar Cayce creía que la cruz era también un símbolo que representaba todo aquello que el hombre debe superar en la vida. Nuestras cruces son el resultado de la mala interpretación y la no observancia de las leyes de Dios que pueden ser superadas a través del servicio, la humildad, la paciencia, el perdón, la voluntad y el amor. A pesar de los problemas personales que tengamos que sortear –de nuestra cruz particu-

lar–, nuestro Hermano Mayor nos alentó con las siguientes palabras: «En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). Jesús superó el mundo a través de su experiencia. En otras palabras, superó la necesidad del hombre de estar sometido sólo al karma y trazó el camino de la gracia para que todos pudiéramos avanzar con mayor facilidad hacia el Creador, para definir con más claridad nuestra relación con Dios:

> Así pues, cuando uno abraza dicha consciencia, cuando uno determina que su yo posea esa comprensión necesaria para despertar todas las fuerzas y fuentes de actividad propias de la consciencia física, relacionadas con las condiciones mentales y materiales de la vida, el yo se descubre a sí mismo en, por y a través de Él. Porque Él nos enseñó que quien tenga fe llevará la corona de la vida; que quien ha tenido fe hasta el final, aunque haya conocido las tentaciones del corazón, de la mente, del alma del hombre, convertirá su yo en un vehículo que canalice las expresiones de ese amor que hizo de Él el Salvador del mundo. (*413-3*)

Nuestras cruces no deberían seguir siendo consideradas objeto de sufrimiento, sino oportunidades concretas para avanzar hacia el cumplimiento del plan divino de Dios: proporcionar a todo el género humano la consciencia de su relación con el Creador. A través del servicio a los demás y nuestro propio desarrollo nos integramos en esa gran obra divina. Si no somos capaces de superar las circunstancias que no impiden alcanzar una perfecta armonía con Dios, jamás podremos participar de esa unidad inherente a nosotros desde el principio. Por lo tanto, no debemos evitar enfrentarnos a los retos y oportunidades que nos brinda la experiencia. Lle-

gará el día en que reconoceremos el modelo de Cristo y seguiremos los pasos de nuestro Hermano Mayor:

> Abrace pronto dicho ideal, Él siempre ha sido el Ideal. Recuerde que es imprescindible compartir los mismos problemas. No trate de alejarse de la cruz, pues toda alma debe contemplarla y saber que debe llevarla con Él. (*5749-14*)

En otras palabras, hasta que no superemos nuestras propias cruces a través de la plena manifestación de la conciencia de Cristo no podemos esperar alcanzar la corona, el destino último de toda alma:

> Así pues, cada uno, en sus respectivas vidas, en sus respectivas experiencias, encuentra su cruz superando el mundo, las condiciones y circunstancias que, no sólo desvanecen el sentido de nuestra vida, sino que nos impiden ser herederos con Él de la Corona de la Gloria. ¿Qué es, pues, la Corona de la Gloria? ¿Acaso dichas condiciones, dichas circunstancias tienen que ver con la vida espiritual? ¿Superar las dificultades proporciona poder? ¿Superar los obstáculos terrenales convirtió a Jesús en el Hijo del Hombre, el Señor, la Gloria, la Corona de la Vida? Él, en tanto que el modelo de todos, clarificó el camino, abrió el camino para que toda alma –al enfrentarse a su cruz, soporte las tentaciones y las supere–, pueda participar con Él de la Corona de la Gloria; con el poder temporal, mental y espiritual para llegar a ser hijos e hijas de Dios –y cumplir el propósito por el que ellos, en tanto que individuos, fueron llamados– la cruz es más liviana y fácil de soportar en nombre del Señor. (*262-36*)

Conclusión

La vida es una experiencia teleológica. En efecto, todo cuanto nos ocurre posee el potencial de eliminar los obstáculos que nos impiden avanzar por el camino que nos conduce hasta Dios. Sin embargo, todo cuanto sucede a lo largo de dicho camino, incluso las dificultades, nos sirven para convertirnos en un canal del amor de Dios en la tierra y para permitir que Su presencia llene nuestra vida. Las oportunidades que nos brinda la vida pueden abrumarnos o bien servirnos para progresar gradualmente en nuestro desarrollo personal. En ambos casos, la experiencia nos sirve para aprender a obedecer y a sintonizar con las leyes divinas:

> La vida tiene pues un sentido. ¿Qué es la vida? Es una manifestación de un alma. Recuerde que el yo es cuerpo, mente y alma. Como el alma debe saber y sabe, la vida es un regalo del Creador, del Hacedor. El propósito de la vida no es, pues, satisfacer los apetitos y los deseos interesados, sino que la entidad, el alma, haga de la tierra un lugar mejor donde vivir. (*4047-2*)

> Toda entidad entra en el plano material, no accidentalmente, ni por azar, sino para cumplir un propósito. La vida y sus expresiones tienen un sentido concreto, hacer que la entidad, a través de sus experiencias, se convierta cada vez más en un canal que manifieste en el mundo material el conocimiento y la aplicación de las Fuerzas Creativas. (*1792-2*)

A pesar de nuestra situación vital, a pesar de tener que luchar contra las adversidades presentes, nuestra vida se encamina hacia Dios. Si nuestra actividad se basa en una motivación espiritual, en el modelo interno de la consciencia de

Cristo, y en el intento de ser un canal del amor de Dios para los demás, nuestro éxito está asegurado. A través del servicio ayudamos a nuestro Hermano Mayor a proporcionar al género humano la plenitud de su relación con el Creador. Por lo tanto, las lecturas nos animan a empezar el día con la siguiente oración: «Dios, haced de mi cuerpo, mi mente y mi alma vuestra voluntad, haced que todo mi ser sea hoy un canal de bendiciones para alguien.» No obstante, el poder de elección es siempre nuestro. Tal como Jesús nos enseñó a través de su vida, sólo cargando nuestras cruces con un firme propósito espiritual podremos superar cualquier condicionamiento que se nos presente. Al anteponer las necesidades de los demás a las propias, nos convertimos en un canal del amor de Dios en la tierra y, al hacerlo, la presencia del Creador dota nuestra vida de sentido y claridad:

> Como Él nos dijo en innumerables ocasiones, no en el futuro, sino en el presente, cada día, cada hora debemos manifestar Su amor a los demás de manera que todos sepan que Él camina con nosotros, que Él es nuestro amigo. (*262-36*)

Jesús mostró el potencial y destino último de la humanidad, un destino que, tal como Cayce advirtió al primer grupo de estudio, depende de nuestra fidelidad a Él.

LECCIÓN ONCE

Unidad

Él es único y no hay otro fuera de Él. (Mc 12,32)

Afirmación para la meditación

En tanto que mi cuerpo, mi mente y mi alma son uno, Vos, Oh Señor, en las manifestaciones de la tierra, en poder y en gloria, sois Uno. Haced que en todo cuanto haga, día tras día, sea capaz de comprender y manifestar mejor vuestra Unidad. *(262-38)*

Unidad

Introducción

> La primera lección, durante seis meses, debería ser Una sola: unidad de Dios, unidad de la relación del hombre, unidad de fuerza, unidad de tiempo, unidad de propósito, unidad en cualquier esfuerzo, unidad. (*900-429*)

> ¿Adónde se encamina su propia voluntad? ¿A unificar Su voluntad con la de usted, o a glorificar sus propios deseos, sus propios intereses egoístas? (*262-42*)

Por extraño o irónico que pueda parecer, la tendencia común de la naturaleza humana de establecer una estructura que facilite y enriquezca nuestra relación con Dios es, precisamente, la que más divisiones ha generado y genera entre los miembros que componemos la familia humana. La historia confirma que la causa de muchas guerras fue la religión. Lamentablemente, las guerras, las matanzas y las batallas políticas que se generan cuando un grupo trata de imponer por la fuerza su credo político o religioso, son ejemplos frecuentes de la falta de humanidad que todavía hoy se respira en el mundo.

La diferencia de credo no sólo enfrenta a las comunidades religiosas que los defienden, también crea escisiones entre los miembros de una misma tendencia. Dentro del cristianismo, del budismo, del judaísmo, del hinduismo, del islamismo, o de cualquier religión, se generan movimientos sectarios e integristas que se consideran en posesión de la «verdadera fe».

Además de separar a la humanidad, estos conflictos han generado que muchas personas se alejen de la religión y pierdan su fe en Dios.

En este sentido, Edgar Cayce considera que la causa fundamental de dicho problema, no es la diferencia de credo o religión, sino nuestra ignorancia respecto a la unidad inherente al género humano. El material de Cayce presenta una esperanzadora aproximación a la espiritualidad y a la religión que, inextricablemente, unifica a la humanidad. Las lecturas no se centran, pues, en una religión específica, sino en la importancia de que el alma trate de manifestar la consciencia del Espíritu viviente en la tierra. De hecho, en respuesta a una pregunta relacionada con la ortodoxia religiosa, Cayce afirma:

> ¿En qué estriba la diferencia? La Verdad no procede de una sola fuente. ¿Acaso no hay robles, fresnos y pinos? Aunque todos son árboles, cada uno ocupa su propio y único lugar. Así pues, no halle defectos en ninguno de ellos, ya que usted, al igual que un pino, un roble, un fresno o una vid, es y ocupa su lugar. (*254-87*)

Desde la perspectiva de Cayce, nuestra meta no es ni aguardar ir al cielo ni dejar atrás la tierra, sino hacer que la consciencia de nuestro Creador aflore en nuestra vida.

En tanto que colectivo humano, todos compartimos un

vínculo común: «Sólo hay un Dios y todos somos hijos de Él.» A fin de reactivar esta conexión que une al género humano, las lecturas señalan que el punto de partida de nuestro viaje espiritual debe ser el pleno conocimiento de que «el Señor, nuestro Dios, es Uno». Con independencia de cómo llamemos a Dios, o de las religiones, sólo hay un Creador, una Fuente, una Ley. Este concepto de «unidad» es, quizá, la filosofía esencial que subyace en las lecturas de Edgar Cayce.

¿Qué es la unidad?

En un mundo tan dispar, la noción de unidad puede parecer, en principio, un concepto difícil de definir. Si bien es cierto que todo cuanto nos rodea constituye un conjunto heterogéneo, el término «unidad» no sugiere que debamos unificar todo cuanto es y existe, sino la oportunidad de contemplar dicha diversidad como el ejemplo de las múltiples formas que el Espíritu puede adoptar en nuestra vida. Puesto que sólo hay un Dios, fuente de toda existencia, el universo está regido, en última instancia, por una Fuerza Única.

Considerar la unidad en tanto que fuerza implica que todos los elementos que integran la realidad están interrelacionados. Cada uno de nosotros mantiene una conexión biunívoca con los demás, con la tierra, con el universo y con Dios. Esta fuerza única es la energía positiva que aporta a la tierra la espiritualidad del Creador. Sin embargo, nuestra limitada consciencia del poder del libre albedrío nos hace dirigir dicha fuerza hacia la dirección equivocada, a satisfacer con egoísmo nuestras necesidades y deseos.

Al margen de la situación actual del mundo, las lecturas afirman que toda la Creación alcanzará finalmente la cons-

ciencia de dicha unidad y de la ley del amor implícita en ésta. En tanto que individuos, uno de nuestros mayores retos es mejorar el mundo en el que vivimos. Quizá el mejor enfoque de dicha consciencia es, tal como leemos en la Biblia, amar a Dios con todo nuestro corazón, mente y alma, y al prójimo como a nosotros mismos.

Desde el punto de vista espiritual, el concepto de unidad sugiere que la relación con Dios no está restringida única y exclusivamente a una sola religión. El Creador se manifiesta en la vida de los hombres no por profesar una religión específica, sino por su fe y por la relación que éstos mantienen con la fuente espiritual. Según Cayce, la religión es la forma a través de la cual el hombre trata de comprender la manifestación de dicho Espíritu. En este sentido, Dios se manifiesta en la tierra a través de todas y cada una de las almas.

Las lecturas sugieren que un buen modo de descubrir la unidad del espíritu es llevar a cabo un estudio comparativo de las distintas religiones. Dicho análisis nos permitirá trascender los límites que separan una religión de la otra para descubrir las afinidades que todas comparten:

> Combine las enseñanzas, la filosofía del este y del oeste, la oriental y la occidental, las nuevas verdades y las antiguas. No correlacione las diferencias, sino el punto de enlace de todas las religiones: sólo hay un Dios. «Has de saber, ¡oh, Israel!, que el Señor, tu Dios, es uno.» (*991-1*)

Cuando se analiza en profundidad el concepto de «reencarnación» se comprende que lo verdaderamente importante no es la religión que se profese, sino cómo se actualiza el conocimiento que poseemos. A lo largo del proceso de la reencarnación, todos hemos sido judíos, discípulos de las

religiones orientales, cristianos, agnósticos o incluso ateos. Lo que verdaderamente debemos recordar es que, en primer lugar, todos somos hijos del mismo Dios y que sólo secundariamente nos separan nuestras doctrinas o credos religiosos específicos. Nuestros dogmas religiosos y creencias cambian a tenor de nuestros propios cambios personales. Mostrarse intransigente ante cualquier circunstancia, persona o experiencia –en especial teniendo en cuenta que a todos nos espera el mismo futuro–, no es mantener en absoluto el concepto de unidad.

En relación a la diversidad de credos religiosos las lecturas señalan:

> Considere un campo de maíz. En el grano de maíz hay vida. El hombre lo planta en la tierra, la trabaja y luego recoge la cosecha. Pero no todos los hombres seleccionan el mismo tipo de grano. No todos los hombres aran la tierra del mismo modo. No todos los hombres recogen la misma cosecha. Y, sin embargo, en todos los casos el grano de maíz les brinda lo mejor de sí mismo. Es Dios o la fuente de vida que hay en cada grano lo que el hombre busca, pues sustenta su cuerpo y también produce nuevas semillas. Esto es la religión y las distintas confesiones. (*294-161*)

La religión como forma

El trabajo de Edgar Cayce ha interesado y atraído a personas de muy distinta condición social y religión. En realidad, Cayce estaba convencido de que si la información contenida en sus lecturas era esperanzadora, servía de ayuda y además lograba mejorarnos como personas, seríamos capaces de apor-

tar este sentido renovado de «espíritu» en nuestra propia fe. Si, por otra parte, al estudiar y poner en práctica un concepto particular (por ejemplo, la filosofía de la reencarnación) alguien no se sentía motivado, Cayce le sugería que lo abandonara. A través de sus lecturas, no pretendía en modo alguno aleccionar a sus seguidores a cambiar sus creencias religiosas. Lo que más le preocupaba era poner en práctica los principios espirituales, no una religión individual específica. Aunque tanto la espiritualidad y la religión sean importantes, hay rasgos específicos que las diferencia.

La religión se ocupa principalmente de las cuestiones de fe, rituales, estructura y tradición. Lamentablemente, a veces una religión específica ha sido considerada como vehículo de la salvación personal, en lugar de una de las muchas formas a través de las cuales el género humano trata de comprender la manifestación del espíritu en su vida. Muchas personas han sobreestimado una religión y menospreciado las otras, decidiendo así que sólo hay una única forma de demostrar la verdadera fe. Por otra parte, ha habido ocasiones en las que la propia estructura de la religión ha propiciado que muchos abandonaran su fe o decidieran no profesar religión alguna. Estas reacciones nada tienen que ver con el concepto de unidad. Lo verdaderamente importante es recordar que la religión responde siempre a un propósito. Sin forma alguna, la espiritualidad puede convertirse en mera especulación filosófica en lugar de tener repercusiones prácticas en la vida cotidiana. La pérdida de la espiritualidad conduce al egoísmo, a la ausencia de espíritu comunitario, etc. Sin forma religiosa alguna, nuestros hijos crecen sin saber aplicar en sus vidas el sentido de la práctica de la espiritualidad.

Una de nuestras mayores confusiones asociadas con la religión es confundir la forma con el espíritu. Por ejemplo,

hay personas que pueden tener una conmovedora experiencia religiosa, incluso mística, mientras acuden a un servicio religioso. Sin embargo, en lugar de contemplar dichas experiencias dentro del contexto formal, los individuos asumen que su experiencia particular y todo cuanto esté asociado con su religión es exclusivo, olvidando que a lo largo de la historia de la humanidad muchas personas de distinto credo han tenido experiencias similares.

Respecto a las diferencias formales de las religiones, las lecturas afirman que:

> En efecto, puede haber distintos enfoques. Porque no todos se encaminaron al campo a recoger la cosecha; no todos se hallaban junto a la tumba de Lázaro cuando fue llamado; no todos se hallaban presentes cuando Él caminó sobre las aguas, cuando alimentó a quinientas personas, o cuando fue crucificado. Sin embargo, toda experiencia responde a algo interior e innato en toda entidad, en toda alma. Porque toda alma es un corpúsculo del cuerpo de Dios. (*3395-2*)

En una de las lecturas se dice: «Dios ama a todos aquellos que le aman, tanto si se hacen llamar seguidores de una secta o de cualquier tendencia religiosa. El Señor es uno» (*3976-27*). Recuerden que la premisa esencial de la filosofía de Cayce es que todos tratamos de manifestar la consciencia de Cristo en la tierra. Aunque nos hallemos en la dimensión física, no somos criaturas físicas que poseen alma, sino almas que expresan su verdadero ser materialmente. Esta distinción es muy importante porque a menudo asociamos nuestro ser con lo externo, con lo temporal, como la raza, la sexualidad, la religión, aspectos que no forman parte de nuestra verdadera naturaleza espiritual. No se trata de alcanzar el cielo, sino de

lograr el pleno desarrollo consciente de nuestra auténtica naturaleza espiritual y nuestra relación con Dios y los demás. De hecho, este proceso de crecimiento espiritual se halla claramente descrito en el Nuevo Testamento (Mt 13,31-33 o Lc 13,18-21) cuando Jesús analiza la naturaleza del cielo a través de dos parábolas:

> Otra parábola les propuso: «El Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo. Es ciertamente más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas.»
>
> Les dijo otra parábola: «El Reino de los Cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió tres medidas de harina, hasta que fermentó todo.»

En las lecturas, Cayce sostiene: «Puesto que crecéis en el cielo, no os encaminái s al cielo, ya que éste es vuestra propia consciencia» (*3409-1*).

La espiritualidad como consciencia viviente

Mientras que la religión se ocupa a menudo del aspecto formal de la fe, la espiritualidad se centra en la práctica individual del conocimiento o consciencia personal. Puesto que nuestro estado natural es espiritual, despertar de nuevo a la plena consciencia espiritual es uno de los objetivos comunes del género humano. De hecho, en la lectura (*3357-2*) Cayce sostiene que «el desarrollo del alma debe prevalecer sobre todas las cosas». Desde la perspectiva de las lecturas, dicho

desarrollo no se alcanza llevando a cabo grandes obras, sino a lo largo de un proceso gradual y ascendente, es decir, «línea tras línea, precepto tras precepto». Lo verdaderamente importante para alcanzar el desarrollo del alma es que actualicemos las capacidades propias del espíritu en nuestra relación con los demás: el amor, la ternura, la gentileza, la paciencia, la constancia y la perseverancia.

Dado que el fin último de la vida es que la tierra participe de la espiritualidad del Creador, el equilibrio y la práctica constituyen el núcleo del desarrollo espiritual. El equilibrio es el proceso de despertar de nuevo a la consciencia de nuestra naturaleza espiritual y nuestra verdadera relación con Dios. Como se ha mencionado anteriormente, la mejor forma de lograr dicho equilibrio es a través de la práctica regular de la oración y la meditación. Orar y meditar es imprescindible para reestablecer la consciencia de nuestra fuente espiritual y para que la voluntad de Dios nos utilice como canales de bendiciones al servicio de los demás.

En relación al concepto de unidad, una de las tesis fundamentales de Edgar Cayce, «el Espíritu es la vida; la mente el artífice; lo físico, el resultado», significa esencialmente que dicha Fuerza única, el espíritu, fluye siempre a través de nosotros, es actualizada por las capacidades de nuestra mente y canalizada físicamente gracias a nuestra libre voluntad. Al margen de si creemos o no en Dios, todo cuanto somos depende enteramente del espíritu y, por tanto, nuestras obras, «crímenes o milagros», son el resultado del modo de potenciar dicha fuerza espiritual.

Esta capacidad creativa personal, que expresamos a través de los pensamientos, palabras y obras, hace que el alma humana sea considerada en las lecturas «coautora con Dios». Debido precisamente a esta capacidad propia del alma,

Cayce nos advierte de que lo más importante es determinar el ideal espiritual de nuestra vida y, en consecuencia, dirigir positivamente nuestro poder de elección. Según Cayce, en lugar de preocuparnos tanto por el porqué de nuestras acciones, deberíamos fijar nuestras motivaciones espirituales, como el servicio, la compasión, el amor y seguir el modelo de Jesús, y luchar por conseguir que dichas motivaciones integren nuestra vida y potencien nuestra transformación personal y el desarrollo de nuestra alma.

Al igual que el bíblico «hijo pródigo» (Lc 15, 11-32), en principio estábamos junto al Padre, pero poco a poco fuimos alejándonos de Él. Por una parte, la «caída de la humanidad» fue realmente nuestro descenso por los reinos infinitos de la consciencia hasta el estadio espacio-temporal. Sin embargo, dicho descenso no fue necesariamente negativo ni una elección equivocada. Al igual que un niño aprende a través de la experiencia, de su capacidad de elección y de sus errores, nuestras experiencias propias, determinadas por nuestra voluntad y libre albedrío, encarnan un proceso de maduración que nos permitirá ser conscientes de nuestra herencia común y de nuestra auténtica naturaleza espiritual. Con el tiempo, el lograr aportar al mundo la espiritualidad de Dios, despertará nuestra propia fuente espiritual y hallaremos el camino de regreso al Creador.

> El alma, pues, debe regresar –y regresará– junto a su Hacedor. Es una parte de la Fuerza Creativa encarnada y actualizada materialmente. [...] Así pues, sea amable, sea paciente y muestre amor a sus semejantes, y llegará a ser consciente del Espíritu de Cristo. (272-9)

La transformación espiritual no es sólo nuestra meta, también es, en tanto que seres espirituales, un derecho connatu-

ral. Con la adecuada motivación espiritual, lograremos equilibrar nuestro ser interior con el modelo de perfección, potenciar las actitudes mentales y poner en práctica el ideal espiritual.

La presencia de Jesús

A lo largo de la historia, las opiniones acerca de la vida y doctrina de Jesús han sido muy variadas, incluso a veces contradictorias y extrañas. Para algunos, Jesús es el único Hijo de Dios que redimió y salvó a todos aquellos que se llaman a sí mismos cristianos. Por su parte, los miembros de las religiones no cristianas, o bien ignoran su vida y ministerio, o bien piensan: «Puesto que los cristianos han sido crueles con nosotros, Jesús no nos interesa.» Los seguidores de la llamada «filosofía de la nueva era», así como diversos estudios religiosos comparativos, consideran que Jesús fue «sólo un maestro» o un mero personaje histórico. Según las lecturas de Cayce, todas las perspectivas expuestas son parciales y subjetivas.

Aunque Cayce fue un sencillo maestro de escuela toda su vida y miembro de la Iglesia presbiteriana, el significado de la vida de Jesús trascendía, según él, la opinión suscrita por los cristianos y los no cristianos. Por esta razón, a pesar de nuestra educación o filiación religiosa, Cayce ofrece una nueva y revolucionaria perspectiva respecto a la vida y obra de ese hombre llamado Jesús que se convirtió en Cristo.

Las lecturas presentan a Jesús como nuestro «Hermano Mayor», un alma que nos mostró el camino de retorno a nuestra propia fuente espiritual manifestando correctamente las leyes del Creador. Parte de su misión en la tierra fue demostrar plenamente la consciencia viviente del espíritu en la

tierra, algo que nosotros debemos experimentar personalmente. Por lo tanto, la vida de entrega y servicio a los demás de Jesús constituye un ejemplo para toda la humanidad. De hecho, las lecturas rezan:

> Porque el Maestro, Jesús, es el modelo de todo hombre en la tierra, ya sea gentil o judío, asiático o griego. Porque todos contemplan su modelo, le adoren o no bajo ese nombre. (*3528-1*)

El propio Jesús afirmó: «Yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros» (Jn 14,20). Todos formamos parte de la misma fuente espiritual. Al igual que lo somos nosotros, Jesús fue un hijo más de Dios. Lo que hizo Jesús, también nosotros estamos llamados a hacerlo y, en tanto que nuestro Hermano Mayor y modelo, nos mostrará el Camino. De hecho, Jesús es el buen pastor que trata de agrupar al rebaño de Dios y de mostrarnos el camino de regreso al Creador. Respecto a nuestra común naturaleza espiritual, Jesús dijo:

> Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo. [...] Para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí. (Jn 17, 16 y 21-23)

El que cada individuo sea una parte integral del rebaño de Dios y el que todos compartamos la misma relación que mantuvo Jesús con el Creador, nos hará cambiar nuestra propia visión personal y el modo de relacionarnos con los demás.

Conclusión

¿Por qué hay tantas sectas religiosas si el principio de unidad es la fuerza que subyace al universo? En parte, la respuesta a esta pregunta reside en nuestra propia diversidad y en el hecho de que cada uno de nosotros determinamos las necesidades que debemos cubrir para alcanzar nuestro propio desarrollo y crecimiento. Por otra parte, también a causa de la tendencia connatural al hombre de delimitar los parámetros de nuestro conocimiento. Sin embargo, la verdad es una instancia en continuo desarrollo y las lecturas de Cayce sostienen que no hay nadie que posea la respuesta de por qué somos todos hijos espirituales de Dios. Pero, a pesar de nuestra diversidad, compartimos una herencia común espiritual. Todos somos hijos del mismo Dios. Todos somos parte de esa fuente espiritual, nuestro Creador, nuestra Madre, nuestro Padre, nuestro Dios:

> El propósito de la experiencia material de toda alma es avanzar hacia la plena consciencia de su unidad con las Fuerzas Creativas. (*2632-1*)

La unidad es una fuerza que establece entre nosotros una interconexión imposible de imaginar. Nuestro verdadero reto es hacer consciente dicha unidad, una «consciencia innata en toda alma, impresa en la mente y en espera de ser revitalizada por la voluntad, por la unidad del alma con Dios» (*5749-14*). Al margen de la religión individual o de las creencias personales, el modelo de Cristo existe potencialmente en el interior de todo ser humano. Esta parte de nosotros en perfecta armonía con el Creador aguarda poder manifestarse plenamente en nuestra vida:

Si es y existe es en Él, el Dios Padre. Así pues, no obre como si creyera ser un dios. De hecho, llegará el día en el que lo será, pero sólo cuando no piense en sí mismo. Porque, ¿cuál es el modelo? Él se hizo a Sí mismo igual a Dios, pero obró como tal en la tierra. Él no pertenece a estado alguno para que usted, a través de Su gracia, Su favor, Su sacrificio pudiera abogar con la Primera Causa, Dios, el Primer Principio, el Espíritu. (*4083-1*)

LECCIÓN DOCE

Amor

Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad. (1 Co 13,13)

Afirmación para la meditación

Padre nuestro, a través del amor que Vos habéis manifestado en el mundo por mediación de Vuestro Hijo, el Cristo, hacednos más conscientes de que Dios es amor. (*262-43*)

Amor

Introducción

> «Debe amar al Señor, su Dios, con todo el corazón, la mente y el alma, y al prójimo como a usted mismo», pues ésta es la ley general. (*262-100*)

> ... la culminación de esta serie de lecciones será el amor. Él amó tanto al mundo que entregó a Su Hijo, a Su Ser, para que el hombre fuera consciente de la Unidad del Padre en la tierra. (*262-38*)

A menudo, relacionamos la palabra «amor» con el romance, la pasión o con el sentimiento que compartimos con otra persona (padre, madre, cónyuge, amigo o hijo). Si bien es cierto que se trata de amor, no se puede decir que describan la naturaleza del amor en sí mismo. El amor es mucho más que un sentimiento humano. El verdadero amor es entregarse a los demás sin recibir nada a cambio. En última instancia es un estado de ser que permite que Dios se manifieste continuamente a través de nosotros como canales de Sus bendiciones.

Según las lecturas de Cayce, el fin último de la vida es dejar que el amor de Dios se manifieste en la tierra a través de

nosotros. Por lo tanto, el amor puede ser el mayor servicio que podamos ofrecer a los demás. De hecho, en sentido estricto, el amor es la base de todo cuanto nos rodea:

> Los hijos de la luz aman primero, pues «aunque pueda tener el don de la profecía, aunque pueda hablar lenguas desconocidas, aunque entregue mi cuerpo para ser inmolado si no tengo el espíritu del Hijo del hombre, de la Consciencia de Cristo, del Espíritu de Cristo, no soy nada». Porque, los hijos de la luz conocen a Dios, pues Él les llama por su nombre. (*262-46*)

A pesar de las necesidades materiales de la vida, todo cuanto precisamos es amor. Sólo a través de nuestro deseo por expresar el amor incondicional, las Fuerzas Creativas podrán obrar en nosotros. El amor es el fruto perfecto del espíritu. El amor es entregar lo mejor que hay en nosotros, es la expresión del bienestar, es el gran maestro. El amor permite que alcancemos uno de los propósitos de la vida, pues sólo a través del amor el espíritu puede manifestarse en la tierra.

El amor incondicional, el amor divino, es universal y, por tanto, no conoce preferencia alguna. Según Cayce, entre el concepto de unidad y la presente lección sobre el amor hay una estrecha correlación: si la unidad se relaciona con la universalidad de la Fuerza Única, el amor puede considerarse la expresión de dicha fuerza. En un esfuerzo por describir las formas a través de las cuales se manifiesta el amor de Dios, Cayce dijo a los miembros del primer grupo de estudio que no hay límite alguno a la hora de experimentar personalmente el amor del Creador:

> Cada uno encuentra en el amor aquello que anhela. En la sonrisa de un niño, en la esperanza, la luz, la búsqueda, la

> manifestación del amor puro e inmaculado. El amor puede contemplarse en el anhelo de la rosa por manifestar su belleza para glorificar a su Hacedor. El amor puede hallarse en la amistad sincera y desinteresada que se convierte en fraternidad. El amor puede sentirse en la armonía de una canción que expresa la alabanza del alma al Dador de la luz. El amor puede hallar su expresión en el cumplimiento del deber que antepone las necesidades de los demás a las del propio yo, como hizo Él al entregar Su vida por nosotros. El amor puede manifestarse a través de la palabra que, en ciertas circunstancias de la vida, puede llegar incluso a ser como el vaso de agua que sacia al sediento, un amor que responde a la máxima «Dios es amor». El amor puede hallar su expresión en las obras que el yo lleva a cabo siguiendo el precepto «Cuanto hagáis al más débil de vuestros hermanos, me lo hacéis a mí». El amor hallará la gloria en la satisfacción del corazón alegre para el que cada día es una nueva oportunidad para ayudar y estar al servicio de las vidas de los demás. El amor se manifiesta, en última instancia, esperando que llegue por fin el día en el que el yo se entregue completamente a Su servicio volviendo a formar una unidad con y en Él. (*262-45*)

En otras palabras, el amor es un estado de ser que descubrimos al tener plena consciencia de Dios. El amor se expresa siempre que nos convertimos en un canal de Sus bendiciones y cumplimos plenamente el fin último de nuestro ser. El amor es la condición que favorece la manifestación de nuestra unidad interior. Con el tiempo, y a medida que nuestra consciencia se amplía, descubriremos que el amor procede de Dios y que, al igual que nuestro Creador, está en todas partes.

El Gran Mandamiento

Al analizar la importancia del amor, las lecturas de Cayce remiten al «Gran Mandamiento». En el Nuevo Testamento, nuestro Hermano Mayor afirma:

> Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. (Mt 22, 37-39)

Haciendo eco de las palabras de Jesús, Cayce señala:

> El primer y último mandamiento constituyen la ley general: Debe amar al Señor, su Dios, con todo el corazón, la mente, el alma y el cuerpo, y al prójimo como a usted mismo. El resto sólo explica, sólo interpreta, sólo manifiesta al individuo, los principios de la ley. Por tanto, la ley es el amor y el amor es la ley. Por tanto, el Señor es uno y el mismo. (*2905-3*)

¿Por qué el Gran Mandamiento nos insta a amar a Dios sobre todas las cosas? Quizá porque si podemos aprender realmente a amar a Dios, todo cobrará sentido. Si somos capaces de manifestar plenamente nuestro amor a Dios, tendremos ocasión de contemplar en todo ser humano el amor del Creador. Según las lecturas, cuando el amor forma parte de nuestra consciencia, podemos sentirlo en la tierna sonrisa de un niño, en la belleza de una rosa, en una amistad desinteresada y, de hecho, en todo cuanto nos rodea.

Otra posible interpretación del énfasis que las lecturas otorgan al Gran Mandamiento se asienta sobre la base del fin

último de nuestra existencia en la tierra: ser un canal de bendiciones, un canal del amor de Dios, para los demás.

> Mantenga alegre su corazón. No considere el servicio hacia Él un deber, sino el privilegio de manifestar en su vida y en su experiencia Sus bendiciones y la oportunidad de canalizarlas a sus semejantes. De esta forma, su propia experiencia se colmará de alegría y de mayores bendiciones. Sepa que hasta que no haga propia su experiencia, hasta que su alma no la haga propia, tan sólo será mera teoría. Así pues, si vive diariamente la oportunidad de estar al servicio de los demás, de ser un canal de bendiciones para los demás, su propia vida, su propia experiencia presente, será fortalecida por el Señor. (*473-1*)

Cayce explicó a los miembros del primer grupo de estudio qué tipo de consciencia personal es la meta final a alcanzar por el hombre:

> Cuando ame a Dios más que a sí mismo, despertará a su propio yo para entrar a Su servicio, para cumplir Su voluntad. Porque debe saber que Él encontrará Su camino en usted. Si es altruista, si es consciente de Su Espíritu y de Su amor, sentirá como Él guía sus palabras, actividades y su entrega al servicio de los demás. (*262-59*)

En otras palabras, el Gran Mandamiento se refiere al amor en esencia. El amor no es un mero sentimiento afectivo o pasional, no es posesivo ni condicional, no es celoso ni inseguro; el amor es un estado de nuestra propia consciencia, es entregar lo mejor de nosotros sin esperar nada a cambio.

El amor es dar

A veces, ese sentimiento al que llamamos «amor» puede ser egoísta e interesado. El amor egoísta es limitado y sólo busca la satisfacción personal. Sin embargo, el amor desinteresado no tiene límites, fluye a través de nosotros hacia los demás. Nuestra capacidad de compartir este amor aumenta a medida que crecemos y nos transformamos personalmente a lo largo de nuestra vida. Pero el desarrollo personal sólo tendrá lugar si el modelo de unidad que guía nuestra vida es relacionarnos y entregarnos incondicionalmente a los demás. En esencia, dicho proceso es el que nos capacita para amarnos verdaderamente los unos a los otros de la misma forma que Dios nos ama. Si reconocemos y observamos la ley del amor, nuestro desarrollo personal está garantizado; una ley cuya máxima es «entregarse activamente»:

> –¿Cuál es la ley del amor?
>
> –La ley del amor es dar. Como reza el mandamiento, «Ame a su prójimo como a usted mismo». «Ame al Señor, su Dios, con todo su corazón, su alma y su cuerpo.» Recuerde, no existe ley alguna superior a ésta: «Dios amó tanto a su creación, o el mundo, que incluso entregó a su amado y único Hijo para redimir a los hombres.» A través de este amor, a medida que el hombre lo manifiesta en su propio corazón y en su propia vida, cumple esta ley y, al hacerlo, la integra en su propio yo. Ésta es la ley del amor. Dar desinteresadamente y sin esperar nada a cambio. El amor es ley, la ley es amar. Dios es amor. El amor es Dios. (*3744-5*)

En repetidas ocasiones las lecturas señalan que Dios amaba tanto al mundo que entregó todo cuanto poseía a su Creación: «la capacidad de ser uno en Él». Puesto que el amor es

ofrecer a los demás lo mejor de nuestro ser, amar y obrar desinteresadamente es una y la misma cosa. De hecho, una de las lecturas (*262-46*) señala que toda la Creación fue obra del amor divino:

> Pues cada brizna de hierba, cada capullo, cada árbol, cada peñasco, cada montaña, cada río, cada lago son un regalo de las Fuerzas Creativas para que el hombre, con su experiencia, sea más consciente del amor de Dios. Y cuando el alma ve que las criaturas de los distintos reinos se preocupan de su descendencia, de preservar su especie, de conservar su entorno, aprende de ellos la lección de la Naturaleza, la manifestación de Dios a los hijos del hombre; porque Él está, de hecho, en Su templo sagrado y es consciente del estado del hombre, si éste es consciente de las leyes naturales, de Dios. Porque el amor es la ley, el amor es Dios. (*1248-1*)

El poder y todos los aspectos predominantes de este tipo de amor trasciende nuestra comprensión. Sin embargo, al igual que Jesús fue consciente de esta relación, manifestando el amor de Dios en la tierra, también nosotros hemos sido llamados para cumplir el mismo servicio. En tanto que hijos de Dios, este sentido del amor divino alcanzará su máxima expresión si permitimos que Dios guíe nuestra vida. Las lecturas nos instan a ser conscientes del significado de nuestra herencia común y de nuestra relación con las Fuerzas Creativas:

> ¿Ha mirado en el interior de su corazón recientemente? ¿Cuál es la imagen más preciada que alberga su corazón? ¿Tiene que ver con la tierra y las cosas terrenales? ¿Está relacionada con la belleza y la esperanza celestiales y no con el odio, la envidia o el egoísmo? ¿Es el consejo que Él dio a

aquellos que le amaron, «Si me amáis, cumplid mis mandamientos; mis mandamientos no son autoritarios, mi yugo no ciñe, mi carga no es pesada»? ¿Ha pensado en su Señor, su Dios, recientemente? ¿Por qué no? ¿Muestra a los demás sólo la apariencia externa de su ser, en lugar de su auténtico yo? ¿Por qué? Aplíquese para mostrar su propio yo a Dios, no a los demás. No condene y no será condenado. Ésta es la ley, la ley divina. ¿Desea conocer la ley divina? Búsquela en sí mismo, pues sólo podrá encontrarla en su propio yo. (*294-198*)

Si abandonamos gradualmente la necesidad de satisfacer nuestros propios deseos y, en su lugar, anteponemos las necesidades de los demás a las nuestras, conseguiremos que las cualidades del espíritu formen parte de nuestra vida consciente. Si logramos que nuestra vida sea el canal a través del cual se manifiesta el ideal de Unidad en la tierra, alcanzaremos la plena consciencia del alma y su anhelo de ser el vehículo de las Fuerzas Creativas. El verdadero amor no espera ser recompensado, fluye en su propia abundancia y por sí mismo.

La manifestación del amor

¿Cómo puede la entidad, con el conocimiento de las actividades de su propio ser en la tierra, a través de sus múltiples experiencias, aplicarse para ser más y más consciente de su propia unidad, para ser consciente de que aplica correctamente la ley del amor en su experiencia?

Tal como Él nos enseñó: «Haced cuanto esté en vuestra mano, el resto se os dará por añadidura.» No se vanaglorie, ni sobreestime, sólo diga: «Aquí estoy, Señor, haced de mi Vuestra voluntad. Permitidme que hoy sea un canal de bendiciones para alguien. Que Vuestro amor, gloria y unidad se

manifiesten no sólo en mi experiencia sino también en aquellos con los que me relaciono cada día.» (*601-11*)

Puesto que el Gran Mandamiento nos recuerda la importancia de amar a Dios con el corazón, la mente y el alma, debemos averiguar cómo podemos materializarlo en nuestro quehacer cotidiano. La respuesta es muy sencilla: a través de la oración, la meditación y la práctica. En efecto, orar y meditar son dos instrumentos imprescindibles para aprender a amar. Es más, a través de la meditación podemos experimentar el verdadero amor de Dios ya que el equilibrio mental nos proporciona una mayor consciencia del modelo divino al que todos aspiramos. En esencia, el modelo de la consciencia de Cristo y el amor son una y la misma cosa:

> Que dicha consciencia esté en usted como lo estaba en Cristo. No a través del yo, sino de los demás conocerá el amor de Dios. Así pues, que su vida sea la manifestación de dicho amor. (*281-65*)

Puesto que Dios es amor, el amor es también eterno. Cuando tenemos un amigo o un amante, el amor que sentimos hacia esa persona no disminuye aunque conozcamos nuevos amigos. De la misma forma que amamos incondicionalmente a una sola persona, debemos también amar a todos nuestros semejantes, incluso a nuestro peor «enemigo» y a aquellos que no nos aman.

> Aquel para quien lo más preciado del amor es entregarse desinteresada e incondicionalmente, sin esperar nada a cambio, abrirá su corazón hasta alcanzar la plena comprensión de su yo. (*470-11*)

En las Escrituras, Jesús enfatiza la importancia de amar a los demás. De hecho, fue Él quien nos dio un «mandamiento nuevo» (Jn 13,34) que reza: «Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros.» Según las lecturas de Cayce, este amor es completamente altruista. Cuando somos capaces de amar desinteresadamente a otra persona, la relación que mantenemos con ella, así como la relación de dicha persona con Dios, se antepone a la relación que pueda tener con nosotros. Se trata de un tipo de amor incondicional, un amor que no espera recibir nada a cambio. Escuchar atentamente a una persona que nos necesita es un buen ejemplo de amor incondicional. Si somos capaces de concentrar toda nuestra atención en sus palabras, actuamos como un canal de amor hacia ella.

Para la gran mayoría, una de las lecciones más difíciles es aprender a amarnos a nosotros mismos. Aunque el amor a los demás es crucial en nuestra vida, sólo podremos amarles si equilibramos nuestra propia autoestima. De hecho, cuando deseemos saber cómo mejorar nuestra relación personal con alguien en concreto, las lecturas nos advierten que, en primer lugar, debemos amarnos y conocernos a nosotros mismos. Aunque a priori nos pueda resultar difícil, debemos luchar por recordar que en nuestro interior todos albergamos el potencial de ser un canal del amor de Dios.

> Por lo que a su componente físico se refiere, el yo crece lentamente porque somos humanos, porque somos finitos; porque nuestra paciencia, nuestro amor, nuestra esperanza, nuestros temores, nuestros deseos, tienen un principio y un fin. Sin embargo, cuando las circunstancias nos son adversas, tal y como Él nos dijo, no podemos caminar solos y, por ello,

nos ha prometido en la consciencia de Cristo darnos fuerza y hacer que nuestra vida sea más rica. (*3161-1*)

Si deseamos avanzar por el camino que conduce a la herencia de nuestro destino, debemos empezar a amarnos (y a amar a los demás) de la misma forma que somos amados por Dios.

Porque, si Dios condenara, ¿qué posibilidades tendría el hombre de encontrar el camino de regreso a Él? Así, cada individuo debe obrar con los demás de la misma forma que su Hermano, el Cristo, su Dios, el Padre, obra en Él y, por tanto, aplicar siempre su consejo: «Perdonadme, ¡Oh Dios!, como yo perdono a los demás. Descubrid mis faltas, ¡Oh Dios!, como yo descubro las faltas de mi hermano.» Así, el hombre debe potenciar más el amor incondicional hacia los demás y conservar su fe. Porque el yo tan sólo puede sembrar la semilla de la verdad si antepone las necesidades de los demás a las suyas propias. Al igual que los hijos de Israel fueron conducidos a la Tierra Prometida por el amor que profesaron al Padre, también nosotros encontraremos el camino de regreso a Él si amamos incondicionalmente a los demás. (*5758-1*)

Conclusión

Porque hay ocasiones en las que debemos poner todo nuestro empeño en preservar la universalidad del amor tal como fue y es anunciado por aquellos que buscan el camino en Él, que es la luz del mundo. (*877-29*)

El amor de Dios no tiene límites. Al igual que el sol irradia su luz y calor a todos y a todo sin prejuicio o condición

alguna, el amor de Dios envuelve a todo el mundo por igual. El Creador ama incondicionalmente lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, a quienes tienen fe y a quienes la han perdido, a quienes odian y a quienes aman. El amor de Dios está presente en cualquier circunstancia y actividad –su presencia abarca toda la Creación–. Amar al Señor, nuestro Dios con todo nuestro corazón, nuestra mente, nuestro cuerpo y amar al prójimo como a nosotros mismos es la ley global de Dios, el propósito de nuestro ser en la tierra:

> El propósito de vivir esta experiencia es glorificar dicha consciencia, la consciencia de Su presencia, de Su Espíritu entre nosotros. Así pues, manifiéstese de igual modo, de modo que ame a los demás día a día como Él le ama a usted. (*1348-1*)

> Recuerde la ley. Poca es la cantidad de levadura que hace fermentar toda la masa. Avance, pues, poco a poco, línea tras línea, precepto tras precepto. No es que el hombre desconozca o no sea consciente de las actividades necesarias para que en la vida de cada individuo se celebre diariamente el día del Señor, pero es necesario recordárselo continuamente. Todos somos hijos de Dios y todos buscamos nuestro camino. Sin embargo, como a veces nos alejamos de él, necesitamos que nos recuerden que debemos amarnos los unos a los otros tal y como Dios nos amó. Porque, aunque nuestra voluntad sea débil, si abrimos nuestro corazón, nuestros ojos y nuestra mente al amor incondicional del Padre, los hijos del hombre serán dignos de llamarse hijos de Dios. (*254-110*)

El amor no es contemplativo, sino consciencia vivida. El amor divino es el amor en su máxima expresión. El amor es un estado de consciencia que permite a Dios obrar a través de

nosotros. El amor no es posesivo o condicional. El amor nunca es celoso o inseguro. El amor se guía por la consciencia de la unidad porque la impronta del Creador se halla en todo el universo.

Al margen de quienes seamos, en última instancia, nuestra herencia común es cumplir plenamente el propósito para el que fuimos creados. Todos poseemos la capacidad de ser un canal desinteresado de la actividad de Dios en la tierra. Sólo de esta forma cooperamos con las Fuerzas Creativas. Hemos olvidado nuestra relación con lo divino, sin embargo somos hijos de Dios cuya responsabilidad no es otra que hacer que la tierra participe de Su espíritu. Conocer realmente nuestro ser de la misma forma que Dios nos conoce, requiere equilibrio y práctica.

Lo mejor que podemos hacer para vivir el amor incondicional es elegir la motivación apropiada, un ideal que encamine nuestra vida y dejar que la mente de Cristo se manifieste en nosotros. La rectitud de nuestro pensamiento y nuestras obras cultivará y potenciará la fe en lo más profundo de nuestro ser. Gradualmente, a medida que nuestra fe aumente, aumentará también nuestra capacidad de ser un canal del espíritu. Nuestra vida será más virtuosa y nuestra comprensión más amplia si somos capaces de expresar plenamente nuestra unidad interior.

Toda alma comparte este mismo modelo de unidad que aguarda hallar su expresión. A través de la amistad logramos la plena consciencia de nuestra relación con los demás y nuestra unión con Dios; siendo pacientes, mayor posesión de la capacidad del alma que favorece que el amor, las leyes y la presencia de Dios fluyan en nuestra vida y se manifiesten en la tierra.

Allá donde nos hallemos, la consciencia de Cristo aguar-

da frente a la puerta de nuestra consciencia presente. Este modelo despertará en nosotros la consciencia de que nos hallamos siempre ante su eterna presencia. Todo cuanto tenemos que hacer para expresar el espíritu de Cristo es superar las cruces que se interponen entre nosotros y el conocimiento de dicha consciencia. Él siempre guiará nuestros pasos. Puesto que Dios es inmanente a todo cuanto es y existe, todo cuanto existe es Dios. Nuestra entrega desinteresada favorecerá el cultivo de la consciencia de esta unidad divina y su manifestación. En última instancia, dicha consciencia y su expresión es el mayor regalo que Dios nos brinda, Su amor:

> Aquel que tenga fe recibirá una corona de luz. Y Su nombre estará por encima de cualquier nombre; porque usted, que ha visto la luz, sabe en quien cree y sabe que en su propio cuerpo y en su propia mente se halla el templo del Dios viviente; sabe que si se entrega a los demás será un río de luz, una fuente de conocimiento, poseerá la fortaleza de las montañas, será el alimento de los hambrientos, el reposo del abatido, la fuerza del débil. Así pues, conserve siempre la fe. (*281-28*)

Somos compañeros y coautores con Dios. De ahora en adelante manifestemos el amor que el Creador nos brinda permitiendo que dicho amor fluya y se extienda por todo el mundo. Y así, día tras día, mientras cumplimos Su voluntad, ser un canal de Sus bendiciones para los demás, seremos, por fin, dignos de ser llamados hijos de Dios.

> El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no es jactancioso, no se engríe; es decoroso; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de

la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. [...] Ahora subsisten la fe, la esperanza y el amor, estas tres. Pero la mayor de todos ellas es el amor. (1 Co 13,4-7 y 13)

Afirmaciones para la meditación

DOCE LECCIONES DE ESPIRITUALIDAD PERSONAL

Cooperación

No mi voluntad, sino la vuestra, Oh Señor, haced que se haga en y a través de mí. Permitid que sea siempre un canal de bendiciones para con los demás. Guiadme para que cumpla vuestra llamada. Escuchad mi súplica: «Aquí estoy, haced de mí vuestra voluntad.» (*262-3*)

Autoconocimiento

Padre, así como anhelamos contemplar y conocer Vuestro rostro, haced que cada uno de nosotros, personal y colectivamente, nos conozcamos a nosotros mismos, para que, siendo partícipes de Vuestra luz, podamos conocer mejor el Espíritu que habita este mundo. (*262-5*)

Ideales

¡Dios, sed misericordioso conmigo! ¡Ayudadme desde mi poca fe! Permitidme ver en Él lo que vos veríais en mi semejante. Permitidme descubrir en mi hermano el rostro de Él, a quien venero y adoro. (*262-11*)

Fe

¡Cread en mí un corazón puro, Oh Dios! Abrid mi corazón a la fe que Vos habéis derramado, pues todo cuanto anhelo es conocer Vuestro rostro. Ayudadme en mi poca fe en Dios, en mi semejante, en mí mismo. (*262-13*)

Virtud y comprensión

Permitid que la virtud y la comprensión habite en mí, pues mi defensa está en Vos, ¡Oh Señor!, mi Redentor; pues Vos escucháis la plegaria de los íntegros de corazón. (*262-17*)

Fraternidad

¡Cuán excelso es vuestro nombre en la tierra, Oh, Señor! Anhelo ser vuestro compañero, pero sé que primero debo mostrarme fraternal con mi semejante. Pues, si no me acerco a mi hermano con humildad, a pesar de la oración y la meditación, jamás podré elevarme hacia Vos. ¡Ayudadme, pues, en mi lucha por acercarme a Vos! (*262-21*)

Paciencia

¡Cuán excelsa es Vuestra presencia en la tierra, Oh, Señor! Sed nuestro guía para que, con paciencia, podamos seguir el camino dispuesto por Vos, el Autor, el Dador de luz. (*262-24*)

La puerta abierta

Al igual que el Padre me conoce, así debo conocer al Padre, a través del Espíritu de Cristo, la puerta que conduce al reino del Padre. Mostradme el camino. (*262-27*)

Ante Su presencia

Padre nuestro que estáis en el cielo, haced que vuestro reino se manifieste en la tierra a través de vuestra presencia en mí; que vuestra palabra obre en aquellos a quienes conozco cada día; que vuestra presencia en mi hermano sea un modo de glorificaros; que la dirección de mi vida sea para los demás la imagen de vuestra presencia en mí y así poder glorificaros. (*262-30*)

La Cruz y la Corona

Padre nuestro, nuestro Dios, hacednos sentir el peso de la cruz que Él llevó, la gloria de Su corona. Bendecidnos y permaneced con nosotros mientras estudiamos juntos en Su nombre. (*262-34*)

Unidad

En tanto que mi cuerpo, mi mente y mi alma son uno, Vos, Oh Señor, en las manifestaciones de la tierra, en poder y en gloria, sois Uno. Haced que en todo cuanto haga, día tras día, sea capaz de comprender y manifestar mejor vuestra Unidad. (*262-38*)

Amor

Padre nuestro, a través del amor que Vos habéis manifestado en el mundo por mediación de Vuestro Hijo, el Cristo, hacednos más conscientes de que Dios es amor. (*262-43*)

Porque estos mandamientos que yo te prescribo hoy no son superiores a tus fuerzas, ni están fuera de tu alcance. No están en el cielo para que hayas de decir: «¿Quién subirá por nosotros al cielo a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica?» Ni están al otro lado del mar, para que hayas de decir: «¿Quién irá por nosotros al otro lado del mar a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica?» Sino que la palabra está bien cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica. (Dt 30,11-14)

–¿Debe ser la consciencia de Cristo descrita como la consciencia interior del alma, grabada en la mente como modelo que aguarda ser actualizado por la voluntad de la unicidad del alma con Dios?

–En efecto. Ésta es exactamente la idea. (*5749-14*)

Él le dijo: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.» (Mt 22,37,39)

La ley global es amar al Señor, vuestro Dios, con todo vuestro corazón, vuestra mente y vuestro cuerpo; amar a vuestros semejantes como a vosotros mismos. Ésta es, pues, la ley global, éste es el fin global de toda experiencia, de la actividad de cualquier entidad individual durante su estancia en el plano material. (*1464-2*)

Otra parábola les propuso: «El Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo. Es ciertamente más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas.» Y les dijo otra parábola: «El Reino de los Cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo.» (Mt 13,31-33)

Puesto que crecéis en el cielo, no os encamináis al cielo, porque el cielo es vuestra propia consciencia. (*3409-1*)

ARE Press

La ARE (Asociación para la Investigación e Iluminación) publica libros, vídeos y casetes para mejorar la calidad de vida, personal, profesional y espiritual, de nuestros lectores. Esperamos que nuestros productos apoyen su búsqueda para actualizar su potencial profesional, para motivar sus relaciones, mejorar su salud y alentarles a hacer los cambios necesarios para vivir una vida afectuosa, gozosa y plena.

A continuación incluimos algunos de los títulos relacionados con las *Doce lecciones de espiritualidad personal*, junto con su número de código por si desean solicitar alguno de ellos directamente:

A Search for God, Books I and II

En 1931, Edgar Cayce ayudó a un grupo de personas a crecer espiritual y psíquicamente. La condición que les impuso fue que debían vivir los preceptos. El grupo tardó once años en «vivir» los veinticuatro capítulos que componen *A Search for God, Books I and II*. En la actualidad, miles de personas siguen estudiando esos mismos principios.

Experiments in a Search for God, Mark Thurston

Basado en los conceptos expuestos en *A Search for God, Book I*, esta excelente obra le ayudará a aplicar y vivir los preceptos universales de las lecturas de Edgar Cayce.

Experiments in Practical Spirituality, Mark Thurston

Contiene aproximadamente cien experimentos que le ayudarán a aplicar las leyes universales en su quehacer cotidiano. Basado en la premisa de las lecturas de Edgar Cayce, según la cual la vivencia y aplicación de las leyes es anterior al conocimiento de las mismas, este valioso libro le ayudará a disfrutar una vida mucho más espiritual.

Face to Face: 12 Edgar Cayce Readings Interpreted for Today, Mark Thurston

Es un manual de la filosofía básica de Edgar Cayce centrado especialmente en los temas y problemas actuales. El libro aborda temas como la misión del alma, las leyes de la sanación espiritual y el desarrollo de la capacidad psíquica.

The World Within, Gina Cerminara

Basado en las lecturas de Edgar Cayce, este fascinante y estimulante trabajo responde, con lenguaje claro y sencillo, muchas cuestiones básicas.

Your Life: Why It Is the Way It Is and What You Can Do About It/Understanding the Universal Laws, Bruce McArthur

Bruce McArthur entreteje una poderosa narración con información práctica que le ayudará a cambiar positivamente su vida. La comprensión y aplicación de las leyes universales le ayudarán a consolidar su seguridad económica, a incrementar sus amistades, a resolver problemas difíciles y a descubrir el verdadero propósito de su alma.

The Edgar Cayce Ideals Workbook, Kevin Todeschi

Uno de los primeros libros del autor de *Doce lecciones de espiritualidad personal.* Este manual le ayudará a contemplar sus ideales desde ángulos muy distintos y a motivar su vida.

Si desea adquirir alguno de estos libros o recibir un catálogo gratuito de nuestras publicaciones, llame al:

1-800-723-1112

o escriba a:

ARE Press
Sixty-Eighth & Atlantic Avenue
P.O. Box 656
Virginia Beach, VA 23451-0656

¿Qué es la ARE?

La Asociación para la Investigación y la Iluminación, Inc. (ARE) es la sede central del trabajo de Edgar Cayce (1877-1945), considerado el mejor psíquico documentado del siglo XX. Fundada en 1931, está compuesta por una comunidad de personas de distinta clase social y tradiciones espirituales, que han transformado sus vidas a través de las lecturas de Edgar Cayce.

Aunque su sede central se encuentra en Virginia Beach, Virginia –donde los visitantes son siempre bienvenidos–, la comunidad de la ARE es una red global de personas que imparten conferencias, actividades educativas y brindan su amistad por todo el mundo. Gente de todas las edades es invitada a participar en programas que se centran en temas tales como la sanación holística, los sueños, la reencarnación, la percepción extrasensorial, el poder de la mente, la meditación, y la espiritualidad personal.

Además de los grupos de estudio y actividades varias, la ARE ofrece a sus miembros prestaciones y servicios, una revista bimensual, un periódico, síntesis de las lecturas de Cayce, conferencias, viajes internacionales, una escuela de quiromasaje, una admirable red de voluntarios y un centro de retiro espiritual para niños y adultos. La ARE mantiene también un acuerdo con la Atlantic University, que imparte un *master* en estudios transpersonales.

Para más información acerca de las actividades de la ARE, póngase en contacto con:

ARE
67th St. and Atlantic Ave.
P.O. Box 595
Virginia Beach, VA 23451-0595
(757) 428-3588 o 1-800-333-4499

ESTE LIBRO HA SIDO IMPRESO
EN LOS TALLERES DE
A&M GRÀFIC, S. L.
CTRA. N-152, KM. 14,9. POL. IND. «LA FLORIDA»
RECINTO ARPESA, NAVE 28
08130 SANTA PERPÈTUA DE MOGODA (BARCELONA)